LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 3 DE MAYO DE 1886 — NUM. 227

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LABOREMUS, cuadro de Mejía

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LABOREMUS, cuadro de Mejía

A la vista de este lienzo, en el cual una mano perita ha reproducido un tipo de antiguo estudiante español, se viene, sin querer, á las mientes aquel *D. Félix de Montemar*, tan elegantemente descrito por Espronceda en su bellísima leyenda titulada: *El estudiante de Salamanca*.

Sí, ese es don Félix; el joven que en medio de su desordenada existencia, conserva el sello de la nobleza heredada; el galán algo Apolo y dos algos pendenciero; dispuesto siempre á enamorar á una muchacha y á empeñar un lance; preocupación del Rector, pesadilla de los alguaciles, desesperación de los catedráticos, á propósito para *un barrido y para un fregado, con tal que ni el fregado ni el barrido* tengan que ver con los libros, ni con las aulas, ni con ninguno de sus deberes estudiantiles. En una palabra, el escándalo de la universidad salamanquina, devoto de Venus, de Marte, de Baco; pero reñido en absoluto con Minerva.

El título del cuadro es un epigrama. *¡Laboremus!*..... No es mala la labor que nuestro estudiante trae entre manos... Al fin del curso se lo dirán de misas, ó de calabazas; mas, ¿qué le importan al mancebo los desaires del claustro si las muchachas de la ciudad se los compensan con sus favores?..... ¡Al diablo los libros! Los libros se han escrito para los tontos y nuestro estudiante sabe más que necesita. Podrá no recibir la borla de doctor en derecho; pero en cuanto á su fama de maestro en duelos y galanteos, nadie se la eclipsa. Lo dicho: Espronceda dió la idea; Mejía ha encontrado la forma. El pintor ha comprendido al poeta.

EL HERBORIZADOR EN VIAJE, cuadro de Nautier

La manía de coleccionar se ha generalizado de una manera asombrosa. Desde los sellos de correo inservibles y las tapas de las cajas de fósforos, hasta las monedas antiguas y modernas y los billetes de banco presentes y pasados, todo es objeto de colección. El coleccionista es, por regla general, un hombre cuerdo que domina todas sus pasiones, excepto una, la pasión de coleccionar.

Hay coleccionista á quien la perspectiva de un tesoro no le decidirá á abandonar las comodidades de su casa durante veinticuatro horas; y emprende, no obstante, un viaje á lo desconocido en busca de un ochavo que se perdió Dios sabe dónde ó de una mariposa que revoloteó entre los árboles del Paraíso.

A esa especie de hombres constantes en su empeño hasta la terquedad, pertenece el ejemplar de nuestro cuadro, señor muy pacífico y muy de su casa, que en estado normal se resguarda del sol y del relente y no da tregua á su esposa quejándose ora de la jaqueca, ora del reumatismo; y sin embargo se da caminatas de horas y más horas, bajo los rayos de un sol abrasador, por el gustazo de aumentar su coleccion con unas cuantas ramitas que, después de todo, resultan ser muchas veces de vulgar tomillo ó yerba buena.

¡Bendito sea, empero, ese ente inofensivo que ha dado ocasión al bellísimo cuadro de Nautier que hoy publicamos!... ¡Cuánta beatitud en el semblante de ese anciano! ¡Cuánta moralidad en su actitud!... ¡Qué bello grupo el de esas jóvenes que le contemplan con cierta compasión burlesca!... ¡Cuán bien entendido se encuentra el lugar de la escena y cómo contribuye al efecto del conjunto!... Cuadros de género, y de este género, son los que avaloran el talento de un artista observador y correcto.

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED estatua de don Maximino Sala

Abierto por el Excmo. Ayuntamiento de nuestra capital público concurso para adoptar el mejor proyecto de una imagen de la Virgen de las Mercedes, que sirviera de coronación á la nueva cúpula del templo de su advocación, existente en Barcelona, tomaron parte en él seis artistas que presentaron proyectos en verdad notables, habiendo recaído el fallo del Jurado en favor de la estatua del aventajado escultor D. Maximino Sala. En rigor, no puede decirse que ésta sea una composición enteramente original, pues el artista se ha ceñido á la idea del arquitecto, el cual deseaba que el remate de dicha estatua representara, á la vez que una estatua, la cruz en que termina todo templo católico; pero esto mismo avalora su mérito, y si el señor Sala ha sabido realizar el propósito del arquitecto, no hay para qué encomiarlo; basta contemplar la obra para conocer que ha estado sumamente feliz y acertado en la disposición que ha dado á los brazos y atributos de la Santa Imagen y de su divino Hijo.

La estatua en cuestión tendrá 5 m. 40, y se colocará, naturalmente, sobre la cúpula, que medirá 60 m. sobre el nivel del suelo. Así como esta clase de obras escultóricas se funden en bronce, la del señor Sala será de chapa de metal, á fin de que el considerable peso que de aquel modo tendría no gravite excesivamente y á tanta altura sobre la cúpula que debe sustentarla.

EL ABATE LISTZ

El eminente pianista cuyo retrato reproducimos en nuestro grabado, nació en Raiding (Hungría) en 1811. Sólo contaba nueve años cuando se presentó por primera vez al público, con tan buen éxito, que desde luego se pudieron presagiar sus futuros triunfos. Desde su juventud, Listz se distinguió por su hábil y admirable ejecución en el piano, hasta el punto de no haberse conocido quien le igualara. Nadie había interpretado como él las obras de los grandes maestros, particularmente las de Beethoven; pero Listz, no satisfecho con su fama de gran pianista, que nadie le podía disputar, quiso darse á conocer como compositor, y muy pronto produjo numerosas obras en diversos estilos, que prueban el gran mérito artístico del autor. Sus composiciones para orquesta han sido oídas con admiración, sirviendo para confirmar el talento del eminente músico. En cuanto á sus cualidades morales, debemos añadir que el abate Listz tiene un carácter caballeresco y que siempre mereció los elogios de cuantos le conocían por sus generosidades, así públicas como privadas. A su iniciativa se debe la erección de una estatua á Beethoven en el lugar de su nacimiento; y cuando ocurrieron las inundaciones de Pesth, en 1837, el noble artista fué quien más contribuyó con cuantiosas sumas al alivio de las víctimas. La ejecución de las obras dramáticas de Wagner en Alemania fué debida también por mucho á la enérgica protección de Listz, siempre entusiasta por los grandes compositores.

ENRIQUE TAYLOR

La república de las letras ha sufrido una sensible pérdida por la muerte de Sir Henry Taylor, que falleció á principios del presente mes, á los ochenta y seis años de edad. Eminente poeta dramático, maestro en la gaya ciencia, había ilustrado la literatura inglesa con sus obras *Felipe Van Artevelde* y *Edwin la Hermosa*, y numerosas composiciones poéticas que le valieron merecidos elogios. Antes de consagrarse á las bellas letras, había servido dos años como oficial en la marina inglesa, prestando después los más útiles servicios á su gobierno en diversos centros oficiales, por lo cual se le confirió en 1869 el título de Comendador de la Orden de San Miguel y San Jorge. Su primera obra *Isaac Comnenus*, publicada en 1827, no obtuvo gran éxito, pero su drama histórico *Felipe Van Artevelde*, que vió la luz pública en 1834, le permitió alcanzar una reputación bien merecida, confirmada después por sus obras *La víspera de la Conquista*, *La virgen viuda*, y otras que sería prolijo enumerar. Escribió también varios poemas notables, y algunos *Ensayos políticos*, que revelaban sus profundos conocimientos en la materia. Compañero de Southy, Wardsworth, Rogers, Charles Austin, Macaulay, Mill, Temyson, Browning y otros, figuraba dignamente en esta pléyade de ilustres escritores, que tanto contribuyeron á enriquecer la literatura de su país.

FUGA DESESPERADA

Es cuestión de vida ó muerte; una verdadera competencia entablada entre las piernas de la liebre y las alas del águila. El cuadrúpedo huye como quien en la ligereza de pies pone su última esperanza; el águila acosa con el estímulo del hambre y el aguijón de la ferocidad. ¿Sucumbirá la liebre? Es muy posible: la inocencia se bate siempre con armas desiguales contra enemigos de raza carnicera.

Este cuadro es verdaderamente animado, y de los tres animales puede decirse que vuelan en realidad. El autor ha hecho un buen estudio de ellos y hasta ha conseguido despertar el interés del que contempla su obra. ¿Quién, con efecto, no daría algo, en semejante trance, por una buena escopeta de dos cañones?

–¿Y por qué no de tres?... – dirá seguramente para sus adentros algún aficionado á las liebres.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

CONSTRUCCIONES MODERNAS DE LEIPZIG dibujo de Strassberger

Leipzig es la rival de Dresde, capital de Sajonia. Fundada á últimos del siglo XV, fué conocida primero con el nombre eslavo de Lipzk, que significa tilo, porque estaba rodeada de gran número de estos árboles. Ventajosamente situada en la confluencia del Elster blanco, del Partha y del Pleisse, en un fértil llano, el comercio la ha enriquecido y la ciencia la ha ilustrado. Hoy por hoy es uno de los centros literarios más importantes de Europa y el más importante sin duda de Alemania.

En una población de esta naturaleza el arte ha de haber encontrado ancho campo para sus manifestaciones; no es de extrañar, por lo tanto, el carácter, á la vez grandioso y elegante, de sus construcciones modernas. A la vista de ellas, y teniendo en cuenta que Leipzig tiene muy escasamente doscientos mil habitantes, se nos ocurre decir: ó en ese país se obran milagros, ó en el nuestro estamos muy atrasados en la ciencia que tales maravillas produce.

NIDO ESCARBADO.... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Como en su casa de usted, dada su delicadeza, no podía entrar á sangre y fuego, como se dice vulgarmente, Enriqueta ideó un medio de que se reconciliasen V. y su padre, de suerte, que llegará V. á ver en ella, lejos de un demonio que venía á introducir más la discordia en su casa de V., un ángel de bendición y de paz, cuya misión principal consistiría en derramar la ventura en aquel hogar antes desierto y desordenado. El medio á que me he referido poco antes no es para V. desconocido; es por el que se ha alcanzado que V. venga aquí, lo cual no era seguramente de esperar, si se hubiera apelado para ello á otros procedimientos más sencillos y naturales. Esto es lo que tenía que decirle. Acabada mi misión me marcho de nuevo. Dejo á V. para que se vista. Señor D. Angel, el almuerzo nos está esperando; con que á vestirse pronto. Hasta luego.

– Hasta después, – respondió Armengol.

Diéronse las manos ambos interlocutores, y D. Arnaldo salió del dormitorio de su joven huésped.

Angel se tiró del lecho, y comenzó á vestirse á toda prisa.

Como se ha visto, Armengol había quedado casi en absoluto silencio durante la conversación del futuro suegro de su padre.

El no pudo imaginarse que éste, á su edad, pensara todavía en los placeres propios de un joven, que en un asunto tan grave como es este del matrimonio, hubiera obrado con la misma ligereza y acaloramiento del que se encuentra en la primavera de la vida.

Aparte de esto, Armengol conoció desde luego que su padre, al contraer segundas nupcias, evidentemente más lo hacía por conveniencia é interés que por afecto ó ilusión amorosa.

– ¡Sin duda esa señora Enriqueta es la muchacha que ví anoche desde esa ventana!

Y entonces, dando nuevo curso á sus ideas, pensó que bien podía inspirar por su hermosura, gracia y distinción, no sólo afecto y cariño templado, sino hasta una verdadera pasión, encendiendo amorosas llamas aun en los pechos más enfriados por los años.

Luego que Angel hubo terminado su *toillette*, salió de su cuarto y se dirigió al comedor.

En él estaban D. Arnaldo y su hija, conversando, al parecer, secretamente, y en voz apenas perceptible, reclinados sobre el alféizar de la ventana que daba sobre el jardín.

Angel hizo algún ruido antes de llegar á ellos, para avisarles indirectamente que se encontraba á sus espaldas y que no quería cometer ninguna descortesía, oyendo cosas que no debía escuchar.

Padre é hija se volvieron de pronto, algo turbados por la repentina presencia de su huésped y le saludaron llenos de satisfacción.

Momentos después, Arnaldo, Enriqueta y Angel se hallaban sentados á la mesa, devorando con buen apetito un suculento almuerzo, compuesto de platos que hacían honor á la cocina del país.

Durante el almuerzo se habló de todas esas cosas que sirven de repertorio á las conversaciones en que los que la sostienen no se llevan otro propósito que pasar agradablemente el tiempo.

Estaban ya en los postres, cuando se oyeron pasos por el jardín y un rumor de voces como de gentes que venían hablando alto.

La puerta de cristales que ponía en comunicación al comedor con el jardín, se abrió, y apareció en su dintel el señor D. Pedro Armengol, acompañado de otros amigos de la casa.

Angel quedó aterrado al ver á su padre, y comprendió que sería de muy mal gusto hacer conocer á todos aquellos señores sus disidencias familiares. De igual modo pensó su padre, y los señores de Armengol fueron al encuentro uno de otro, y abrazándose con cierta frialdad, profirieron sólo estas dos palabras:

– ¡Padre!

– ¡Hijo!

XIX

¡SE AGUÓ LA FIESTA!

Tres días corrieron después de los anteriores, y como nada de verdadero interés había ocurrido en ellos, dejaremos que pasen inadvertidos.

A los cuatro días de la llegada á Cadaqués de Angel Armengol, reanúdanse los sucesos. Para la mejor inteligencia de ellos, procuraremos sintetizar las impresiones de Angel en un *diario* que no escribió, pero en el que no había una sola idea que no cruzara por la mente de nuestro héroe:

«*Día 29 de junio.* – Esta mañana he cumplido mi oferta. Anoche hablaba con Enriqueta acerca de los sucesos de mi vida, y ella se reía á más y mejor de lo que llama mi humor negro y pésimo, atribuyendo á él la mayor parte de las desgracias que me acontecen.

– Usted necesita modificar ese genio, – me dijo.

Yo la contesté:

– Ya sabe V. lo que dice el refrán: genio y figura...

– ¡Ah! el refrán dice una gran mentira. No hay filosofía más perniciosa que la que enseñan esas malvadas sentencias vulgares, donde rara vez se halla una sola gota de bálsamo consolador para las desventuras humanas. ¡Genio y figura hasta la sepultura! Claro es que el jorobado no podrá tener nunca la esbeltez que V.; esto es una pero-grullada; y claro está también, que un carácter viciado y criminal no se corregirá sin grandes esfuerzos. Pero lo que yo afirmo es, que dado el esfuerzo, viene indefectiblemente la enmienda. ¿Quiere V. hacer la prueba? Bueno; yo le enseñaré á vivir, yo le enseñaré á aplicarse esta medicina moral... Y V. en cambio ¿qué me enseñará?

– ¡Ah, Enriqueta! Usted lo sabe todo; V. sabe todo lo que debe saber. Hay seres á quienes ningún adorno del cuerpo y del alma pueden hacer falta, y V. es uno de ellos. ¿Concibe V. á la novatilla con más moños, ni más linda que con sus plumitas blancas y moradas? Pues de igual modo yo no concibo á V. de otro modo que es, ni menos discreta ni más sabia. ¿Usted es? Pues no puede ser de otra manera.

(Continuará)

CELEBRIDADES SEVILLANAS

QUIJÁ EL FLORERO

Por flores me fí á Madrí
Y como es tierra tan fría
Me tuve que dí á surtí
Ar sielo de Andalusía,
Y en er camino encontré
A Quijaíya er florero.
Me cantó cuatro playeras
Copiáas der Chiclanero,
Jarminiyos, nardos y flores
De toos colores.

(Pregón popular)

El día que murió Quijá, debieron haberse vestido las flores de negro luto, y sin embargo, no ha habido quien arroje siquiera un pobre ramo sobre su sepultura; sólo la musa popular, menos ingrata y más generosa que los hombres, conserva indisolublemente unidos los nombres de esos seres hermanos que la misma muerte no ha logrado separar: Quijá y las flores. El pregón que encabeza este ligero artículo es un epitafio que no por no hallarse grabado en mármoles, ha de ser menos duradero que los suntuosos con que dan el último testimonio de su necedad las clases aristocráticas: el pregón que encabeza este artículo es un epitafio vivo, una prueba más de que el pueblo es verdadero artista y de que el arte no muere nunca.

¡Y qué bien pregonaba Quijá! ¡no hubo en el mundo quien pregonara como él! ¡aun me parece que lo estoy escuchando cuando de pie, parado, con la cabeza levemente inclinada, la mano derecha ahuecada colocada sobre el oído derecho y en el brazo izquierdo un gran canasto lleno de vistosas flores, echaba aquel pregón cuya delicio-

sa y no aprendida música era acaso como la de los hoy, contra lo que se piensa, casi perdidos *cantes flamencos*, un motivo de envidia y desesperación para los compositores que no aciertan á trascribir esas partes infinitesimales de nota, esas insólitas expansiones y recogidas de voz, esos quejidos, esos lamentos, esos ayes, esas riquísimas modulaciones que tan bién reflejan las riquísimas variaciones y tonos y colores y tenues y sutilísimos matices del sentimiento humano; aun me parece escuchar á Quijá cuando cantaba:

«¡Qué bonitas!—¡Qué divinas!—¡Qué divinas!—¡Qué divinas!
Encarnaíyas,—encarnaíyas.
De toos colores,—de toos colores.
Tri,—tri,—Ti,—ri,—rí.
Y á cuartito la asucena.
Y á cuartito caracoles.
¡Qué bonitos los claveles!
¡A canela y clavo cómo huelen!»

Si fuera posible que los extranjeros y los españoles que no son de Sevilla hubieran escuchado á Quijá este pregón, que jamás cantó sin que las gentes se detuvieran á escucharlo, entonces hubieran podido apreciar por sí la certeza de lo que venimos diciendo; entonces hubieran podido comprobar también esta verdad innegable; no hay en el mundo, tanto para lo bueno como para lo malo, una raza más original, de mayor sentido estético que la raza andaluza; la misma letra del pregón, que es, hasta cierto punto, sin la música, como cuerpo sin alma, indica ya algo del temple y vigor artístico de los andaluces tan privilegiados por sus cualidades de inteligencia y de sentimiento como de escaso mérito moral: los andaluces tienen, como dijo no sé quién, con mucha razón, un sentido más que los otros hombres, el sentido de *hacerse cargo*, pero les falta una tecla principalísima, la voluntad; por eso somos no sólo incapaces de gobernar á otros, sino incapaces, y esto es lo más triste, de gobernarnos á nosotros mismos. Pero volvamos á la letra del pregón. ¿Qué erudito se atrevería á mejorarla? ¿Quién no ve el mimo, la delicadeza y la ternura con que se celebra y encarece la mercancía, de un modo tal que no parece sino que se trata, más que de vender, de requebrar, esto es, de echar flores á las flores? ¿Quién que tenga ojos no verá también el arte magistral con que queda oscurecido y en segundo término lo de menos valor, poéticamente hablando, que es el precio de la mercancía? Y es que como entre los andaluces, según hemos dicho, todo es original, y Quijá lo era, no pregonaba para vender, sino que vendía para pregonar; por eso se dió, no una ni dos, sino muchas, muchísimas veces, el caso de que saliera sin flores y con el canasto vacío, ó mejor dicho, únicamente cubierto con grandes hojas verdes.

En su buena época, esto es, hará unos veinte años, Quijá era el rey de los floreros de Sevilla. De constante buen humor y de mucha gracia, enérgico, aunque de complexión delicada, y lleno de vida, pues tendría entonces unos cuarenta y cinco años, veíasele recorrer casi diariamente las calles principales y sitios más concurridos de la población con su canasto de flores, echando pregones, unas veces cortos y otras largos, unas veces andando y otras parado, y requebrando y pellizcando, cuando había ocasión, á las *mozas crúas* que lo llamaban, más que para comprarle, para oirlo pregonar; á estos pellizcos y á las quejas, alharacas y chillidos consiguientes alude en el siguiente pregón, que es un verdadero sainete que nada tiene por cierto que envidiar á los del renombrado Ramón de la Cruz y á los del, á mi juicio sin razón, desconocido Castillo, sainete que él representaba remedando los ademanes y el tono de voz de los supuestos é históricos personajes.

«Entro por la puerta e Triana.
Me voy á la puerta e Jeré.
Me llama una mujé.
—Florero *(amariconado)* - ¿es V. Quijá?
—Para servir á usté.
—Pues cánteme V. una copla.
—Me voy ar Puerto.
Me voy á Cái.
En Chiclana no hay
Er riquiyo clavé.
Y no hay torero *(hace como que pellizca á la mujer que está descuidada escuchándole.)*
—¡Ay, florero! déjeme usté quieta.
—Y no hay torero
En la España con salero,
A cuartito la rebaná.
Aonde está Domingues—con el ojiyo e menos.
Aonde está er Tatito—con la pierna e menos.
En San Bernardo.
Regaíyas con vino blanco,
A cuartito la rebaná. *(Hace como que tira otro pellizco.)*
—¡Ay, florero! déjeme usté por Dios.
—¡Qué flores! - ¡qué flores!—¡qué flores!
—Andando, pae cura *(como hablando consigo mismo.)*
—¡Corralera! *(dirigiéndose á la mujer.)*»

Hé aquí ahora íntegro el pregón á que se alude en el anterior.

«Me voy ar Puerto
Me voy á Cái.
En Chiclana, en Chiclana no hay
Er riquiyo clavé
Y no hay torero,
Y no hay torero,
En la España con salero
Aonde está Domingues—con el ojito e menos.
Aonde está er Tatito—con la pierna e menos
A cuartito la rebaná.
¿Aonde está Charpiya?
¿Aonde está Arjoniya?
Er probesito en la Habana ya murió.
En Utrera Juan León.
En Sevilla Juan Pastó.
Venir por flores,
Ar jardín de la alegría
De toos colores:
Estreyitas de la má.
Y arbahaquiya de limón
Y arbahaquiya de limón,
En er carmín,
En er carmín,
Cantillana en Cantillana,
En Chiclana el Chiclanero.
En España con salero
Quijaíya er rosero,
La rosa e la vitoria
Mosquetas encarnás,
Re, pin, pin, pin, pin, pin, pinpín.
Re, quin, quin, quin, quin, quinquín.
Traigo nardos, jazmines,
Resedanes, reinúnculos, violetas
Muy bonitas
Jazminín—rebibibín—binbín,
Jazminín—rebibibín—binbín,
¡Qué flores!—¡qué flores!
Y están regás con vino
E á cuarenta cuartos.
Er que las ve—las yeba.
¡Qué bonitos!—¡qué vivitos!
Mis claveles.
Que á canela y clavo.
¡Cómo huelen!—¡cómo huelen!—¡cómo huelen!»

Como se ve, la primera mitad de este pregón puede considerarse como una relación conmemorativa de las desgracias, muertes y excelencias de los más famosos toreros, tales como Domínguez, Antonio Sánchez, conocido por el Tato, Juan Pastor, Juan León, Francisco Arjona Guillén (Cúchares), el gran Francisco Montes (Paquiro), José Redondo (el Chiclanero), Cantillana, y el banderillero Charpilla. El pueblo conserva en sus producciones la memoria de los hombres que se distinguen en cualquier oficio, profesión ó habilidad: ¡cuántos datos históricos no se han perdido por no consultar estás riquísimas minas de conocimientos! ¡Cuántos nombres de personajes, de héroes quizás, enteramente desconocidos, no existen en nuestros *Refraneros!* Afortunadamente, hoy que la ciencia ha probado que nada, absolutamente nada, es desperdiciable, se recogen con amor estas producciones útiles para el etnólogo y el psicólogo. En la segunda mitad del pregón en que nos ocupamos, se enumeran una porción de flores designándolas con el nombre vulgar, razón que nos mueve á creer que podrá ser leído con gusto por los que se dedican al estudio de la *Botánica popular*, en la que tan lindos trabajos tiene hechos la distinguida escritora italiana señorita doña Carolina Coronedi Berti. Las flores mencionadas en este pregón, son, por lo general, harto conocidas: las llamadas *estrellitas de la mar* corresponde á una especie de flores compuestas de la tribu de las asteroideas, *bellis annua*; la *albahaquilla* de limón, es una especie de albahaca fina que tiene la hoja grande; la mosqueta encarnada, la *rosa índica*, los resedanes, el *reseda odorata*, etc.

Este aspecto de los pregones es por sí sólo lo bastante interesante para movernos á su estudio: por ellos sabemos que hay brevas muy ricas en Almonte, excelentes naranjas en Mairena y Gibraleón, melones exquisitos en la Isla, peras de superior calidad en Priego y Aragón y, muy buenos también, damasecos en la Palma, melocotones en la Sierra, higos en Lepe, peros en Ronda, tomates y calabazas en Rota, papas en Sanlúcar, granadas en Alcalá, uvas moscateles en Chipiona, y á qué más? sandías sin igual en el cortijo de Quijano, próximo á Santiponce.

No todos los pregones de Quijá eran tan largos: uno de los que cantaba con más frecuencia era este, que entonaba unas veces andando, otras parado y echando á andar al decir el último renglón:

Tlibili, tlibili - ¡Tormenta!
¡Vayan buenas!
¡Qué flores! - ¡Jardín de Cái!
Vamos allá, pae cura.

Estos y no más son los pregones de Quijá que hemos logrado reunir hasta ahora: nos han sido dichos por un sobrino suyo, autor del que encabeza este artículo, que también pregona muy bien, siendo hasta ahora el que más ha conseguido imitar á su inimitable tío. Este no tuvo rival en sus pregones, que valieron siempre mucho más que sus flores; mas ¡ay! que su misma habilidad le costó quedarse ciego y perder la vida, pues se dió al aguardiente y ya no vendía ni pregonaba para llevar un bocado de pan á su familia, sino para mantener su vicio; en sus últimos tiempos ya Quijá llevaba siempre su canasto vacío; no parecía sino que las flores habían huído asustadas de su implacable enemigo, de ese horrible veneno que abrasa las entrañas de la pobre y honrada clase jornalera. Compadezcamos y olvidemos las debilidades del hombre, que tan caras pagó, y recordemos que durante mucho tiempo él solo animaba y alegraba las calles de Sevilla cuando entraba por ellas con el sombrero ladeado y su canasto de flores en el brazo izquierdo, gritando:

¡Vayan buenas!
¡Qué flores! - Jardín de Cái!

ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ

EL CIRCO NÁUTICO DE PARÍS

El nuevo circo que los señores Oller han edificado en el solar antes ocupado por el antiguo Salón Valentino en la calle de San Honorato, de París, está construído de tal modo que durante la temporada de invierno pueden alternar en él los acostumbrados espectáculos acrobáticos, gimnásticos y ecuestres con exhibiciones y justas náuticas ejecutadas en el recinto de la misma pista; y además se puede trasformar durante el verano la instalación actual en una vasta piscina de natación, análoga á las de la calle de Rochechouart y de Chateau Landon.

Para que el local reuniera estas condiciones, tan nuevas como originales, ha habido que levantar el edificio con disposiciones arquitectónicas y de construcción especialísimas, de las que daremos á conocer los principales detalles.

En medio de la sala hay una gran cuba de betón, de veinticinco metros de diámetro interior por tres de profundidad en la mayor parte de su superficie; y en el centro de dicha cuba está la pista que tiene 13^{m},50 de diámetro, limitándola una verja metálica sostenida por veinte pilastras de hierro, en las cuales se apoyan las cuchillas también metálicas, en que descansan las gradas y los palcos, sobre los cuales corre una extensa galería. Toda la armazón se puede desarmar fácilmente.

La cuba forma una piscina permanente, en cuyo centro se ha colocado un ascensor hidráulico que sostiene un pavimento calado del mismo diámetro que la pista, sobre el cual se extiende una alfombra de fibras de coco, de cinco centímetros de grueso, puesta en lugar de la capa de arena de las pistas ordinarias, y que, á la par que proporciona á los cascos de los caballos un buen punto de apoyo, tiene la ventaja de suprimir el polvo por completo.

El agua que llena la cuba hasta la altura del pavimento ó plataforma de la pista pasa al través de ella, por los calados que contiene, cuando se baja el ascensor; de modo que la primera parte del programa consiste en quitar la alfombra y bajar el pavimento.

Maniobra para quitar la alfombra. – Esta operación, representada en la fig. 1, no dejaba de ofrecer dificultad, pues la alfombra tiene 13^{m},50 de diámetro, y pesa dos mil kilogramos, y la flexibilidad de este largo rollo no permitía manejarle como un fardo rígido. Se han obviado estas dificultades del modo siguiente: se comienza por replegar los bordes de manera que formen un rectángulo; después, dos brigadas ó grupos de criados enrollan la alfombra paralelamente al eje del corredor de salida, avanzando un grupo hacia otro; unas correas fijas á la parte inferior de la alfombra facilitan el enrollamiento. En seguida se coloca en cada uno de los extremos de aquella una especie de carretón compuesto de dos vigas puestas sobre ruedas, y reunidas sólo en la parte superior con unos travesaños, lo cual permite situar estos carretones encima de la alfombra; se introducen por debajo de la alfombra enrollada cuatro cabos ó cuerdas recias (dos por carretón), que pasan sobre unos ganchos de que están provistos los montantes de las vigas, y se levanta así el rollo. Hecho esto, los mozos le pueden retirar ya empujando los carretones (fig. 1): la operación dura unos diez minutos.

Ascensor que sostiene el pavimento de la pista. – Este pavimento ó plataforma debía tener la rigidez suficiente para poder soportar sin marcadas trepidaciones los choques inherentes á los ejercicios ecuestres. Al efecto está sostenido por veinte soportes de hierros cruzados que radian del centro á la circunferencia, enlazados en sus extremos y en los puntos intermedios por una serie de coronas metálicas: el conjunto reposa en la cabeza del émbolo del ascensor.

Las condiciones impuestas á M. Edoux, encargado de la construcción del ascensor, se resumen como sigue:

1.ª Para las funciones de invierno, es necesario que el aparato pueda desaparecer, aunque sea en medio de una representación, de modo que la pista se trasforme rápidamente en una piscina destinada á los ejercicios náuticos.

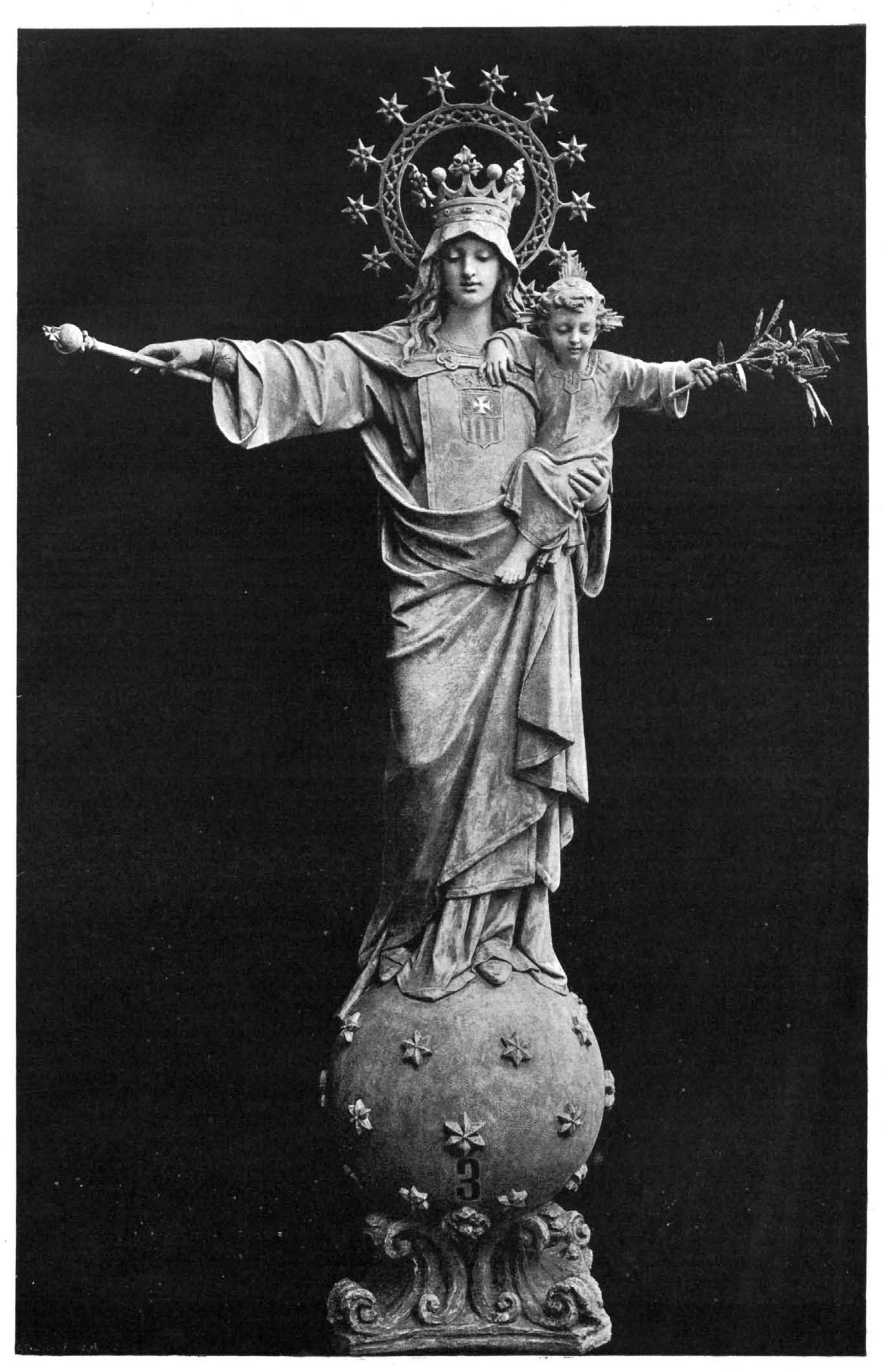
2.ª Durante el verano, el pavimento se mantendrá en la piscina á la altura de 0^{m},90 bajo la superficie del agua, de manera que forme el fondo de la parte del baño reservado para las personas que no sepan nadar; mientras que la parte periférica constituirá el baño grande.

Bajo la acción del agua comprimida el émbolo del ascensor puede subir ó bajar por un cilindro de guarnición estanca colocado en el centro de la cuba; cuatro bombas conjugadas suministran el volumen de agua necesario, que asciende á unos trescientos litros por cada maniobra; la presión varía de 25 á 35 atmósferas, según la mayor ó menor altura de inmersión de la pista. El peso total de este conjunto movible es de unos 30,000 kilogramos, y la altura que ha de recorrer, de tres metros. El descenso exige de uno á dos minutos, y en la subida se emplean de cinco á seis, exigiéndose una fuerza de cinco caballos.

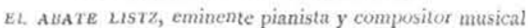
Para guiar en su marcha ascendente ó descendente una plataforma de 150 metros cuadrados de superficie y para



EL HERBORIZADOR EN VIAJE, cuadro de B. Nautier



NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED, estatua de don Maximino Sala
premiada en el concurso abierto por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona, y que debe servir de remate á la nueva cúpula del temple del mismo nombre

EL ABATE LISTZ, eminente pianista y compositor musical



ENRIQUE TAYLOR, notable poeta dramático

fijarla con seguridad una vez terminada la subida ó la bajada, se requerían disposiciones particulares. Lo primero se ha conseguido por medio de correderas fijas en la corona metálica que enlaza las columnas ó soportes del pavimento, y que se deslizan á frotamiento suave por unas guías verticales perfectamente rectas.

La fijación se efectúa por medio del movimiento de reposo llamado de bayoneta: los veinte pilares fijos que sostienen las gradas están provistos de unos pies sobre los cuales se apoyan las veinte columnas del pavimento. Con este fin, cuando el émbolo ha llegado al término de su carrera, se hace girar la pista, por medio de una corona dentada y de un piñón que se puede manipular fácilmente, lo necesario para desprender las correderas de sus guías, y se pone así cada columna derecha con los pilares; después se comunica un ligero movimiento de bajada á la pista, y las columnas vienen á reposar sobre los pies, que están provistos de placas aisladoras de cauchú para amortiguar las trepidaciones.

El descenso se efectúa haciendo la misma maniobra, pero al contrario: levántase primero ligeramente la pista para separar las columnas de los pies, se vuelven á colocar las correderas en sus guías con un movimiento de rotación, y se hace salir el agua por debajo del émbolo.

A pesar de la rigidez de la plataforma y de quedar perfectamente sentada, merced al sistema que acabamos de describir, el constructor M. Edoux ha creído conveniente sostener la pista en algunos puntos intermedios entre la cabeza del émbolo y los pilares de las gradas. Con este objeto ha colocado simétricamente cinco columnas á $1^m,50$ del eje del émbolo: sus cabezas penetran libremente en unos collares fijos á los brazos de un crucero pentagonal, el cual está sostenido á su vez por una corona adaptada á la cabeza del émbolo, de suerte que en el movimiento ascendente las columnas se levantan al mismo tiempo que la pista, y se desprenden enteramente de los collares cuando ésta ha llegado al término de su carrera. Se imprime al crucero y á las columnas un movimiento de rotación análogo al comunicado á la plataforma para aplicarla sobre sus pies ó arrastraderas, y las columnas descansan entonces en unos patines encajados en el fondo de la piscina.

A la bajada, vuelven á acercarse al eje de sus collares, y entran en ellos progresivamente.

Para cumplir la segunda parte del programa (disposiciones para la piscina de natación) los veinte pilares fijos del contorno están provistos de otros tantos soportes articulados, fijos á una altura correspondiente á la que se quiere dar al baño pequeño. En invierno, los soportes están vueltos de modo que no pueden impedir la subida y bajada de la pista.

Alimentación y desagüe de la piscina. – Según hemos dicho antes, la piscina está formada por la cuba central, que contiene 1,200 metros cúbicos de agua calentada á unos 23°. Se la llena la primera vez con ayuda de las bombas, que extraen el agua de un pozo de 80 metros de profundidad; cuando sale tiene unos 12°, y después se la calienta con las aguas de condensación de las máquinas de vapor que alimentan los aparatos del alumbrado: el volumen de agua calentada que se recibe cada hora es de cincuenta metros cúbicos. Como en las máquinas se engrasan los cilindros, las aguas de condensación, antes de llegar á la piscina pasan por dos cubetas desengrasadoras, saliendo de ellas por la parte inferior, suficientemente despojadas de las materias que han recogido. Para mayor seguridad, la misma piscina está provista de una salida para el líquido excedente, formada por una canal circular. Para vaciar el agua progresivamente se emplea un sifón que desemboca hacia el fondo, y en el que el agua caliente, al llegar á la parte alta de la piscina, rechaza poco á poco el agua más fría. Unos eyectores ponen el brazo horizontal del sifón



FUGA DESESPERADA

en comunicación con el aire para que no se llene enteramente de líquido y no recoja una cantidad de este superior á la alimentación.

Si se quiere efectuar rápidamente el desagüe se han de emplear bombas de alimentación de las máquinas motoras, haciendo que se comuniquen con la piscina por una disposición especial.

El agua se mantiene fácilmente á una temperatura de 23°, porque las pérdidas de calor son relativamente escasas, y además se evitan estas pérdidas introduciendo en ella el aire caliente, que sale por debajo de las gradas á la temperatura de 40°.

En verano se retirará el armazón de las gradas, y se dispondrá así de una piscina de 25 metros de diámetro, que se puede alimentar á razón de 50 metros cúbicos por hora, lo cual permite renovar el agua del todo en dos días. La instalación de los cuartos para los bañistas comprenderá dos pisos, uno á la altura de los palcos y el otro al nivel de la piscina; el primero se formará suprimiendo los tabiques de aquellos, que se trasportarán al pasillo inmediato, ahora exterior á la sala; el segundo se organizará en la galería circular que rodea la piscina. Los tableros que ahora están adosados á la pared se trasladarán hasta el centro de la galería, y se practicarán en ellos las debidas separaciones por medio de tabiques: el número de cuartos en cada piso podrá ser de sesenta.

La piscina se compondrá de dos partes de profundidad desigual: la parte céntrica, apoyada en el pavimento, que sólo se bajará 0m,90 y que estará sostenida por los soportes articulados de que se ha hecho mención antes, formará el baño pequeño, puesto en comunicación con la galería exterior por una especie de puentecillo; y la parte periférica constituirá el baño grande, de unos tres metros de profundidad.

Calefacción y ventilación. – Además de las condiciones ordinarias que se debían obtener para asegurar convenientemente esta parte del servicio, era necesario ocuparse en evitar las condensaciones del vapor de agua que no habrían dejado de producirse en las paredes y el techo con grave perjuicio de las pinturas, y hasta de los espectadores, sobre los cuales habría caído aquel convertido en gotas. Se ha conseguido haciendo penetrar en la sala, cuya capacidad es de 15,000 metros cúbicos, una masa de aire muy superior á las necesidades ordinarias de la ventilación, es decir, 40,000 metros cúbicos por hora.

Un ventilador de 2m,25 de diámetro aspira el aire puro sobre el tejado y le impele á las mangas de tres caloríferos del sistema Perret. El aire cálido se difunde por un humeral ó especie de conducto formado por una de las paredes de la galería circular practicada alrededor de la piscina, y llega con una temperatura de 40° á las bocas dispuestas debajo de las gradas, y á la altura del suelo de los pasillos, saliendo por la cúpula superior, cuyos orificios se pueden obturar cuando se quiera. Si la temperatura se eleva demasiado, suprímese momentáneamente la llegada del aire caliente, y la sala se ventila entonces por los intersticios de las puertas; pero en ningún caso se produce corriente alguna de aire frío, puesto que lav entilación se alimenta durante la momentánea supresión de la entrada del aire caliente por el que penetra por los pasillos. De este modo la regulación de la temperatura es sumamente fácil, y se obtiene con notables condiciones de igualdad, entre los 18° y 20°, lo cual se consigue muy rara vez en los teatros actuales.

Para preparar la sala antes de la entrada de los espectadores, se la caldea haciendo aspirar por el ventilador el aire que contiene, y cerrando del todo la evacuación por la cúpula.

Alumbrado. – La electricidad es la que lo suministra totalmente; pero M. Solignac le ha variado hábilmente según las dimensiones de las superficies y la naturaleza de las necesidades que se han de satisfacer. La pista recibe la luz de ocho lámparas-sol de cristales opalescentes, y de una estrella superior de diez bujías Jablochkoff dispuestas horizontalmente; además hay una guirnalda luminosa, compuesta de cuatrocientas lámparas incandescentes de Edisson. Las diversas coloraciones de estas luces armonizan perfectamente entre sí, y con el tono amarillo claro del decorado de las paredes. El vestíbulo de entrada se ilumina con lámparas incandescentes, que forman como otros tantos clavos de oro y hacen que se destaquen las vigas aparentes que hay á los lados de los artesonados del techo. El mismo sistema se emplea para el alumbrado de los pasillos y el de los sesenta palcos que hay en el contorno del circo; unas pantallas de tulipán de tinte sonrosado tamizan la luz en el exterior y la reflejan en el interior, constituyendo así reflectores trasparentes del más agradable efecto. En la entrada hay cinco lámparas de arco voltaico de Street y Maquaire, y cuatro lámparas sol en el café.

Para que no se deba temer ninguna extinción total de la luz, las lámparas incandescentes, en número de 1,200, de medio ampère cada una, están colocadas en tres circuitos diferentes; de modo que si uno de estos llegara á romperse, aun quedaría suficiente luz con la proporcionada por los otros dos; en los palcos, por ejemplo, de cada cinco lámparas, dos están en comunicación con una dinamo Edison de veinticinco caballos, dos con otra y la quinta con una batería de sesenta acumuladores, que se cargan durante el día por medio de una de las dinamos. Las lámparas de arco voltaico y las bujías Jablochkoff se alimentan por dos máquinas de movimiento alternativo del sistema Maquaire, excitadas por dos pequeñas dinamos Gramme.

Las máquinas motoras son tres: dos de ellas, de sesenta caballos cada una, están acopladas al mismo volante que trasmite el movimiento por una serie de cables de cáñamo á una polea de gargantas múltiples que pone en acción las dos Edisson y las dos Maquaire. La tercera máquina es de treinta caballos y, juntamente con una de las dos primeras, puede bastar para el alumbrado. Todas son del sistema Corliss, y han sido construídas por Lecouteux y Garnier.

Las calderas son del sistema Collet y están provistas de parrillas de las llamadas inmergidas de M. Miguel Perret, en las cuales, lo propio que en sus hogares, se pueden quemar combustibles menudos y de poco valor.

Las disposiciones arquitectónicas están muy bien entendidas; el decorado general se ha hecho con un gusto y una riqueza sumamente notables, siendo dignos de llamar la atención los frescos de M. Delaunay, que representan asuntos ecuestres. En resumen, el Circo náutico no merece sólo el favor del público por ofrecer un atractivo completamente nuevo, debido á la ingeniosa combinación de los señores Oller, sino que también es digno de la atención de los ingenieros por constituir una obra llevada á cabo con el mejor éxito, y en la cual se han resuelto las cuestiones técnicas impuestas por el objeto especial á que está destinado.

C. RICHOU

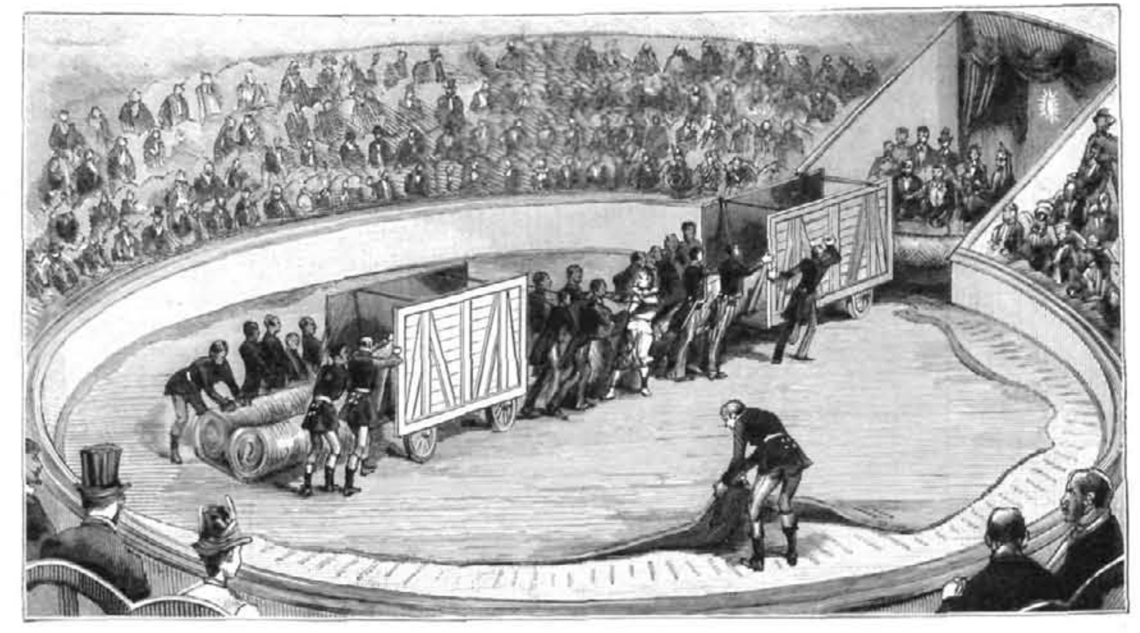


Fig. 1. – El nuevo Circo de París. – Operación de quitar la alfombra de la pista

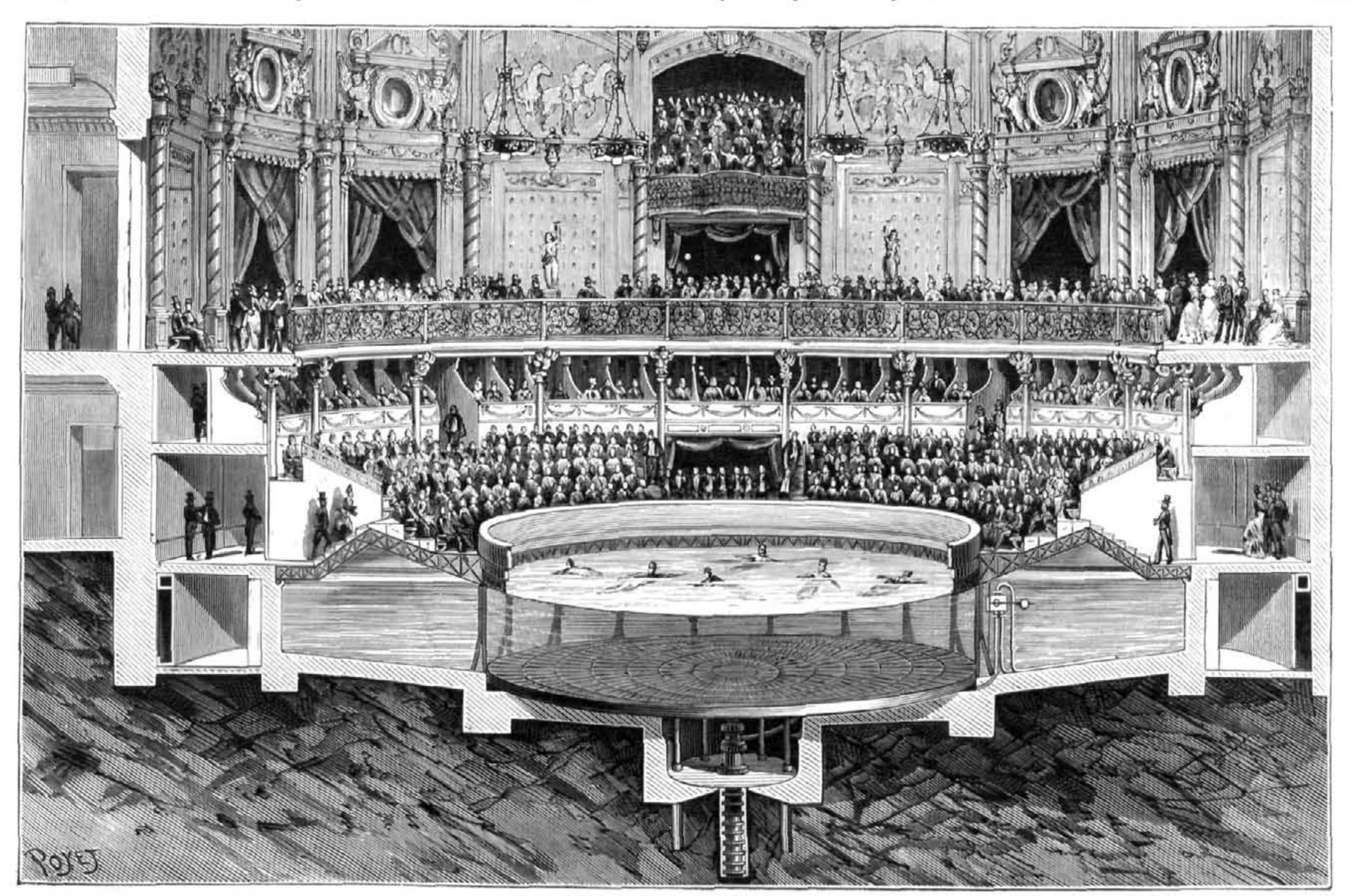
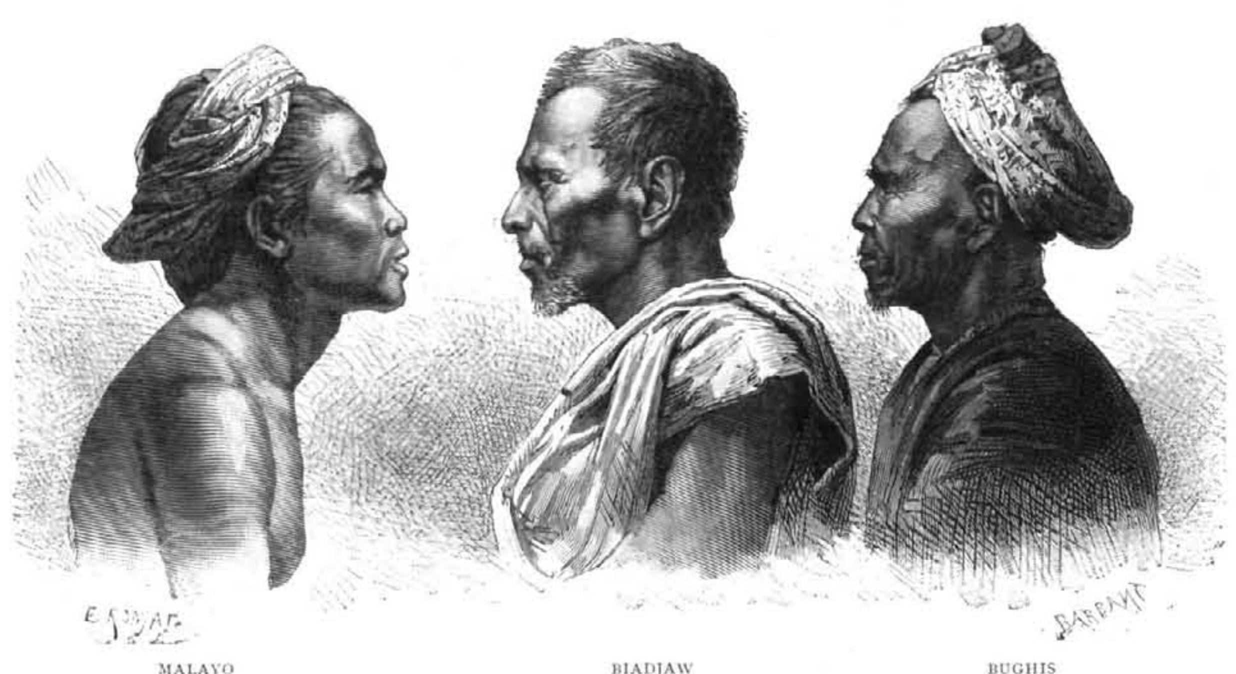


Fig. 2. – Sección del circo náutico (nuevo Circo) en que se ve la colocación de la piscina y del ascensor de la pista



MALAYO BIADJAW BUGHIS
de la bahía de Sandakán (N. E. de Borneo). – Dibujo de E. Ronjat, tomado de unas fotografías de MM. J. Montano y P. Rey

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

V

La bahía de Sandakán (nordeste de Borneo). – El golfo de Davao (sudeste de Mindanao)

20 enero 1880. – El mar del Norte está sumamente picado; una fría lluvia nos oculta las islas y los arrecifes del archipiélago de Tawi-Tawi, que se extiende entre Joló y Borneo, desde el nordeste al sudoeste, y separa el mar de Mindoro del de las Celebes. Anclamos á las diez de la noche en la bahía de Sandakán, delante de *Elok Pura* (bella ciudad en malayo), en el punto que nuestras cartas geográficas designan con el nombre de Tong Papal.

Hace seis meses no se veía caseta alguna en estas montañas, destinadas tal vez á un gran porvenir; Elok Pura es hoy la capital de la *Compañía Británica del Norte de Borneo*, que ha adquirido en completa soberanía de los sultanes de Joló y de Broeni 40,000 kilómetros cuadrados en el norte de Borneo.

El residente (director de la compañía) M. W. B. Pryer, cumplido caballero y notable entomólogo, nos recibe como á cofrades; insiste para que vayamos á su casa; y no pudiendo vencer nuestra resistencia, pues tememos entorpecer los trabajos que en aquella se ejecutan, nos instala en la caseta más nueva de Elok Pura.

Los navegantes del archipiélago malayo, atraídos por el comercio de la naciente capital, que figuran aquí en mayor número son los *Biadjaws*, que por su vida errante han merecido el nombre de *gitanos del mar*; no se les debe confundir con los malayos, á los que son muy superiores bajo el punto de vista antropológico, ni con los *Bughis*, que se hallan á menudo en la bahía de Sandakán. En todas partes, desde Luzón á Borneo, encontramos razas que difieren á la vez de los malayos y de los Negritos; y también vemos que estas razas de un tipo superior son menos poderosas que los malayos, hecho que no se puede atribuir enteramente á la influencia del Islam, pues la conquista del archipiélago por aquellos es anterior á su conversión al mahometismo.

6 febrero. – Después de algunas excursiones al rededor de Elok Pura marcho hacia el río *Sagaliud*, que desagua en el golfo de Sandakán, detrás de *Hadji Pulu*. Voy á estudiar allí los *Buled Upih*, indígenas cuyo tipo antropológico tiene el mayor interés. Anclamos por la noche cerca de Timban, pueblo de emigrados de Joló.

7 febrero. – Emprendo la marcha á las cinco y media de la mañana. La costa se deprime; sus contornos indecisos, y la vegetación de los paletuvios (1), que sustituye á las altas esencias, anuncia la inmediación de la desembocadura del Sagaliud, en el que penetro á las nueve y treinta minutos con la marea baja. Obstruye la desembocadura una barra que franqueo por un canal estrechado, cuya profundidad varía 90 centímetros á 1m,50; pero un instante después hallo un fondo de cinco á siete metros. Las orillas, muy bajas, están sobrecargadas de paletuvios, á los que poco á poco suceden los *nipah*.

Varias corrientes de agua van á verterse en la porción terminal del Sagaliud, y mi guía, despues de interrogar los cuatro puntos cardinales confiesa que no le es posible reconocer el verdadero curso del río. La mayor parte del día se pasa en practicar reconocimientos bajo un sol abrasador, y al fin descubrimos por la tarde el verdadero curso del Sagaliud. A las palmeras nipah sucédense á su vez las altas espesuras de la selva virgen; y á partir de este punto, secundados por la marea, avanzamos entre dos ribazos cubiertos de follaje, en medio de los cuales se precipitan las aguas del río como en una garganta profunda. Hasta mis remeros parecen dominados por la majestad de tan magnífico paisaje: de vez en cuando, el silencio de esta imponente soledad se interrumpe por gritos roncos y rugidos; los árboles de la orilla relucen bajo un polvo invisible; y á intervalos oímos muy cerca un ruido de ramas rotas y abejucos desgarrados, que poco á poco se pierde en lontananza. Además de los ciervos y de los jabalíes, estos bosques sirven de albergue á los elefantes, los rinocerontes, los urangutanes y los monos de otras especies. Inútilmente trato de herir alguno; la cortina de follaje que los oculta agítase en todos sentidos, pero mantiénese impenetrable.

8 febrero. – Llegado á primera hora á Sagaliud, el mísero pueblo de los Buled Upih, recíbenme bastante bien. Estos indígenas, cuyos caracteres son casi europeos, tienen mediana talla, de 1.583 milímetros por término medio, según mis observaciones; y color relativamente claro; distínguense como intrépidos cazadores, y matan rinocerontes y elefantes con malos fusiles, cargados de pedazos de plomo, que ni aun son del debido calibre.

16 febrero. – Después de trazar el curso del río Sagaliud vuelvo á Elok Pura, donde encuentro al señor Rey, que ha formado buenas colecciones, á las cuales agregaré hoy una nueva muestra.

Hace ya largo tiempo que viajamos en los países de los crocodilos, y en condiciones esencialmente favorables para encontrarles, pero aun no hemos visto ni uno solo: todos los europeos formales á quienes hago esta observación me contestan que no han sido más felices que yo; mas por fortuna, hoy llenamos este vacío. Cuatro naturales nos traen un crocodilo joven, vivo y bien atado. Ahora se trata sólo de quitarle la piel; y como padezco mucho por efecto de las picaduras recibidas de las sanguijuelas en los bosques de Sagaliud, confío esta importante operación á mi muchacho Juan, que si bien sufre por la misma causa, no se halla tan aquejado como yo. Juan, que con frecuencia nos ha ayudado en nuestras operaciones, pero que nunca tuvo el honor de trabajar solo, acepta muy contento; instálase cómodamente en la galería, amarra el crocodilo á una viga, le estrangula por el clásico procedimiento del *garrote vil*, y después, con mano firme, practica una incisión en la piel del esternón. En el mismo instante, un estrépito espantoso me hace ponerme en pie; Juan y el muchacho del señor Rey están tendidos boca arriba en medio de instrumentos, de tablas y de cajones derribados; la muerte del crocodilo era sólo aparente; al sentir el escalpelo cortándole la piel, ha roto sus ligaduras y saltado por encima de la balaustrada de la galería; y ahora se dirige hacia la orilla del río, franqueando, como el caballo en una carrera, los troncos diseminados en el suelo. Desde Elok Pura, situado al pie de nuestra colina, se ha visto este drama; todas las puertas se cierran, y la única calle de la ciudad, tan animada á esta hora, queda al punto desierta. Avergonzado, y fuera de sí, Juan se lanza en persecución del fugitivo, agárrale por la cola, y consigue volverle de espalda; el temible animal, ya sin defensa, sufre poco después la operación, y vemos que contiene una enorme cantidad de alimentos, sobre todo peces, reducidos en su volumen por la compresión de las poderosas túnicas musculares del estómago.

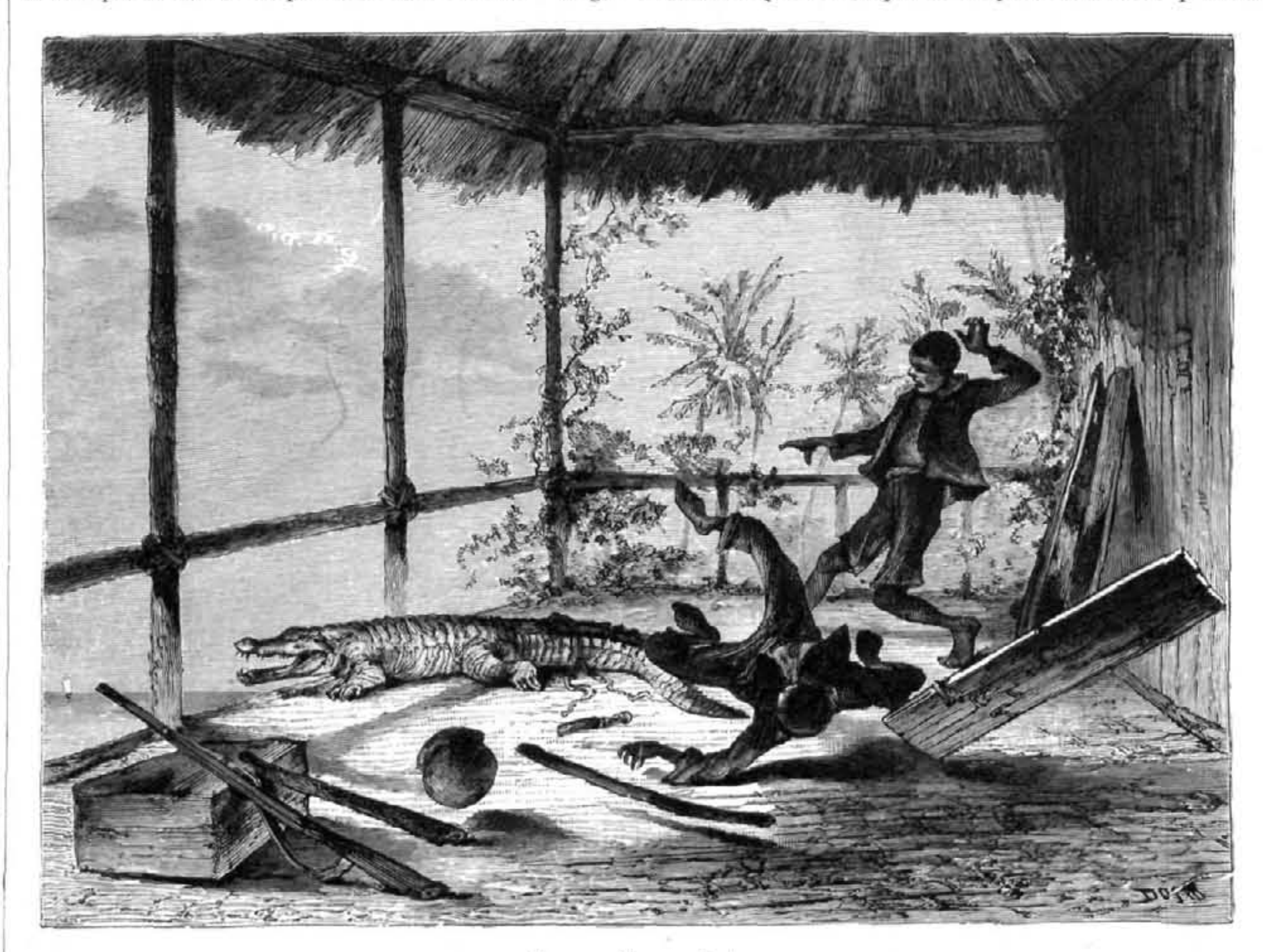
Enfermo, así como Juan, á causa de la fiebre y de las picaduras de las sanguijuelas, estoy prisionero en mi caseta y paso las noches sin dormir, distrayéndome sin embargo un poco la música del kuling-tangan (orquesta malaya), que con motivo de no sé qué fiesta indígena, toca todas las noches. Esperamos con impaciencia un buque libertador, cuando por una rara casualidad ancla en la rada el *Kerguelen*, crucero de nuestra división de los mares de China; su comandante, el capitán de fragata Mathieu, tiene á bien desviarse de su ruta para conducirnos á Joló.

3 marzo. – Nos despedimos de M. W. B. Pryer, que me ha dispensado las mayores atenciones. El *Kerguelen* endereza el rumbo hacia Joló, donde ancla el 4, á las seis de la tarde, habiendo recorrido con una precisión y rapidez extraordinarias este difícil trayecto, en un mar sembrado de escollos, y cuyas cartas geográficas están plagadas de errores.

Aunque padezco mucho, los dos días que he pasado á bordo del *Kerguelen* serán uno de los mejores recuerdos de mi viaje, pues el capitán, M. Mathieu, y su oficialidad nos dispensan la acogida más afable y más cordial.

Es preciso permanecer un mes en Joló, esperando ocasión para ir al sudeste de Mindanao; y paso todo este tiempo en cama, lo cual me permite al menos apreciar los solícitos cuidados del señor Rey y del excelente doctor D. Manual Rabadán, que ha llegado á ser también mi amigo. Debo elogiar también mucho las delicadas atenciones de todos los españoles.

6 abril. – Nos embarcamos á bordo del *Passig*, siempre mandado por el simpático D. José Zavala. La primera persona que encontramos á bordo es el coronel D. Joaquín Rajal y Larre, nombrado recientemente gobernador de la provincia de Davao (sudeste de Mindanao), quien nos asegura que hará uso de toda su autoridad para facilitarnos nuestras investigaciones.



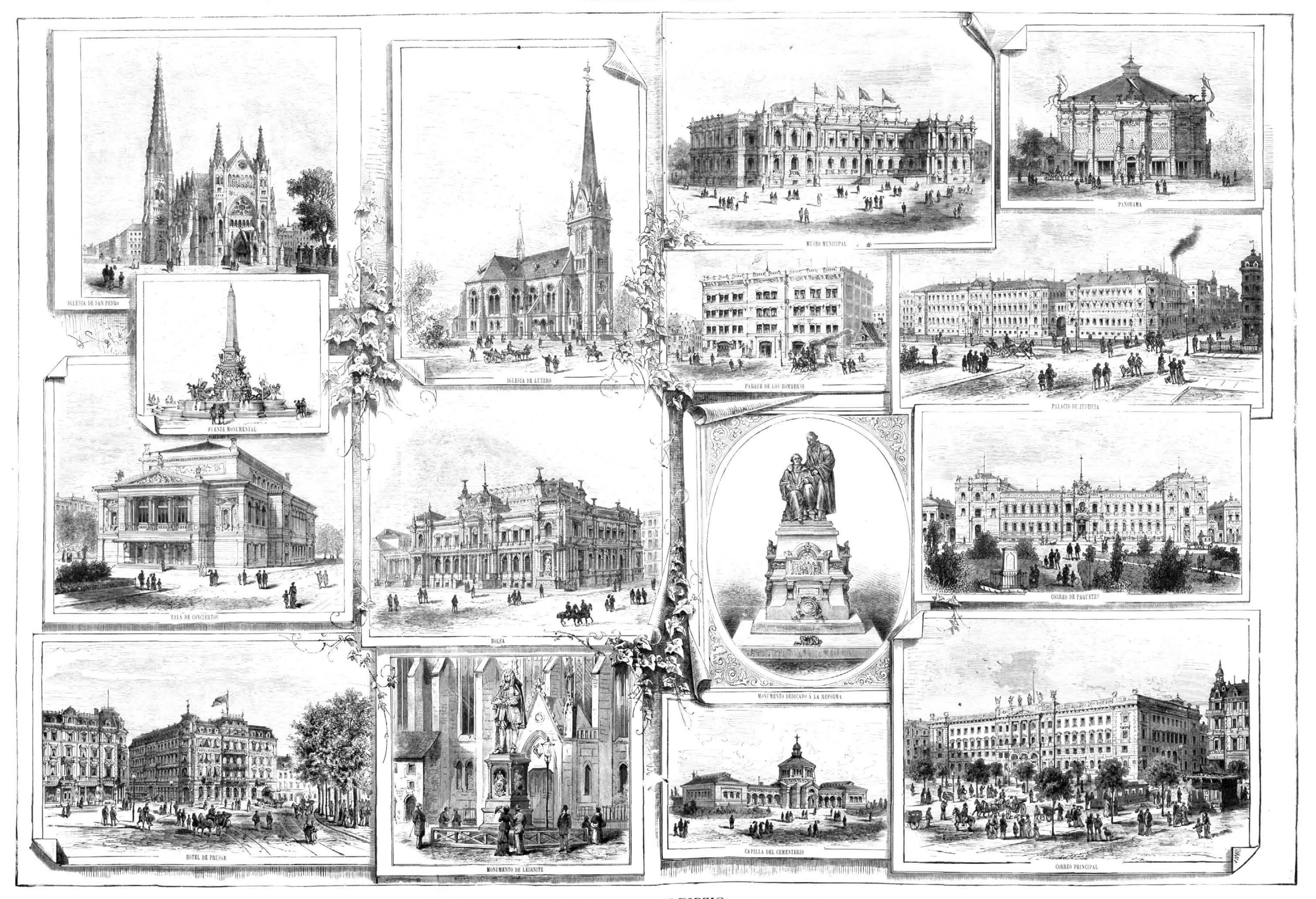
Un crocodilo resucitado

Mindanao es la isla más grande de las Filipinas, exceptuando la de Luzón; su superficie se calcula en 94,400 kilómetros cuadrados. Por el norte, Mindanao da frente á las islas Bisayas; está limitada al oeste por el Océano Pacífico; su costa meridional, bañada por el mar de Mindoro, está recortada por profundas bahías, entre ellas la de Illana, base de operaciones de los piratas, cuyo principal establecimiento dominaba el Río Grande.

(Continuará)

(1) *Avicennia alba* (Verbenáceas).

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



CONSTRUCCIONES MODERNAS DE LEIPZIG, DIBUJO ORIGINAL DE B. STRASSBERGER

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 10 DE MAYO DE 1886 — NUM. 228

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡DESDICHADA!..... cuadro de A. Guinea

Este cuadro resuelve una gran dificultad pictórica, ó sea representar el dolor, el abatimiento, y, lo que es más difícil, la vergüenza, por medio de una figura cuyo rostro esté absolutamente oculto para el espectador. Esa dificultad aparece completamente vencida en este lienzo, verdaderamente dramático. A la vista de esa mujer, sola, sin defensa alguna contra la tempestad que amenaza, estatua de la insensibilidad ó la indiferencia por todo cuanto la rodea, surge espontáneamente un drama íntimo, el drama de la joven vilmente seducida y más vilmente abandonada. Obligada por la miseria se separó de sus padres, y perdida en el desierto de la vida, cometió la torpeza de cogerse á la mano que creyó tendérsela generosamente. ¡Pecó!.... Y tras un día de confianza entrevé una eternidad de remordimiento; antes era el mundo un desierto para ella, ahora el desierto, el vacío, las tinieblas, están en su corazón. ¡Oh! ¡Quién la diera cerrar los ojos de su alma como cierra los de su ajado rostro!... ¡Quién la diera ocultarse de sí misma como se oculta de las gentes que no tienen que acusarse una falta!...

Tal es la impresión que causa esta notable obra, tratada con un talento exquisito y que, sin medios rebuscados ni efectos de relumbrón, conmueve cuanto el autor puede haberse propuesto. Dos tempestades rugen en este lienzo: quien no vea sino la que estalla en la atmósfera, ha de entender poco de la forma que adapta el sentimiento.

EN LA COCINA, cuadro de Francisco Vinea

El autor de este lienzo es de aquellos artistas que opinan que las escenas de la vida moderna son demasiado vulgares para que produzcan el debido efecto tratadas pictóricamente. No es, por cierto, Vinea el único que de esta manera piensa en materias de arte, y aun la generalidad se inspira mejor en asuntos de otros tiempos que en los tipos, trajes y costumbres de nuestros contemporáneos. Parece como que el artista conozca mejor el pasado que el presente, ó que creyendo que las manifestaciones de la pasión tenían forma más dramática en los tiempos que fueron que en los nuestros, busque en aquéllos una inspiración que le niega nuestra menguada sociedad.

Sin aplaudir ni criticar de momento esa tendencia de muchos pintores, diremos que Vinea siente marcada predilección por la época de la dominación española en Italia y que sus paisanos sostienen que sus tipos de soldados y las escenas á que dan lugar se hallan tan exactamente reproducidos, que sus cuadros pueden creerse copias de sucedidos presenciados por el autor. Buena prueba es de ello el cuadro que hoy publicamos, lleno de vida y movimiento: sus grupos hábilmente dibujados y distribuídos, los tipos y trajes de las figuras, sus actitudes, el carácter algo licencioso de la escena, que á pesar de todo no degenera en grosera chocarrería; todo revela conocimiento de causa, investigación, habilidad consumada en la representación de lo que pudiéramos llamar, ampliando el título de nuestro cuadro: En la cocina... de un país conquistado.

SERENATA VENECIANA, cuadro de H. Makart

Nuestros favorecedores conocen ya varios cuadros de este insigne artista, á quien la muerte ha detenido en el camino de una gloria cada día más legítima y una fortuna cada día más acrecentada. Del autor y de sus condiciones nos hemos ocupado en precedentes números: el grabado que hoy publicamos justifica el privilegiado genio de ese hombre que supo, sin salirse de la realidad de las cosas, vagar por los dorados espacios de la más poética fantasía.

En el lienzo «La Serenata» plúgole trasladarnos á la incomparable Venecia en los tiempos de su mayor esplendor; pero rechazando la costumbre generalmente seguida por otros artistas, no ha pintado Makart la ciudad del palacio ducal y del puente de Rialto, la ciudad de las iglesias que parecen museos y de las góndolas que parecen ataudes... Puesto que Venecia ha sido un tiempo la reina del mar, en el mar ha ido á buscar la Venecia del fausto y del poderío, de las mujeres agraciadas y de los galanes trovadores.

La escena tiene lugar en el Adriático; esos buques que flotan sobre las aguas mansas son los rivales del Bucentauro, el palacio flotante de la poderosa República, buques construídos de maderas preciosas, con velas bordadas de oro, palos con incrustaciones de marfil y remos con arabescos de nácar y corales. Makart ha visto en el arsenal de Venecia los despojos de esos buques y los ha reconstruído tales como fueron, por más que esas maravillas del arte naval parezcan elucubraciones de un artista que sueña á orillas de mares de Oriente.

ESOPO, grupo escultórico de Enrique Moller

El autor de este grupo se ha propuesto representar á Esopo, el fabulista, enseñando al pueblo en su período de niñez. Por esta misma razón el autor ha figurado al pueblo en dos niños, el menor de los cuales sólo comprende la parte literal del cuento y le causa proba-



¡DESDICHADA!..... cuadro de A. Guinea, grabado por Sadurní

blemente risa que los animales hablen; pero el otro alcanza algo más y discierne su sentido moral: así lo indica la expresión inteligente de su rostro y á mayor abundamiento la frente, avanzada en madurez, que tiene en la mano y que á estar madura del todo no iría unida á la rama.

Esopo nació por el año 620 antes de nuestra era, se supone que en Frigia. Fué esclavo sucesivamente de varios amos; el último, Jadmon de Samos, le dió la libertad, y Esopo pasó á la corte de Creso, quien le nombró su consejero íntimo y le confió varias embajadas. En una de éstas fué Esopo al famoso templo y oráculo de Delfos cuyos sacerdotes le asesinaron por el año 560 pretextando haber sido insultados por el sabio; mas los dioses, dice la leyenda, le devolvieron la vida. La imaginación popular, para dar á su modo más realce á la sabiduría práctica de Esopo, le atribuyó una fealdad física extraordinaria y no contenta con ésto le hizo jorobado y bufón rústico.

Las fábulas y parábolas de Esopo se trasmitieron en prosa á manera de cuentos de generación en generación, y se sabe que Sócrates se entretuvo en el calabozo poniendo en verso varios de estos cuentos, como hicieron después de él otros.

LAS SEGADORAS, copia del cuadro de Bretón

Uno de los mejores cuadros expuestos por Julio Bretón en el Salón de Bellas Artes de París, es el que representa «Las Segadoras» que hoy tenemos el gusto de publicar en la ILUSTRACIÓN. El artista, á la vez poeta, tiene escrito un precioso poema con el mismo título, y nada mejor que leerle para comprender y apreciar debidamente las bellezas de ese lienzo, cuyos detalles se armonizan singularmente con las estrofas de dicha poesía. Nuestro grabado es una copia fiel de ese cuadro. Hé aquí ahora la traducción de las principales estrofas de dicho poema que se refieren al cuadro.

«El sol, próximo á su ocaso y semejante á un globo de fuego, ilumina la inmensa bóveda celeste con sus postreros fulgores, que coloran de rojizas tintas los prados y la montaña. Las segadoras recogen sus haces de doradas espigas; mientras que el capataz, aplicándose las manos á la boca á guisa de bocina, ordena á las jornaleras que suspendan sus trabajos para entregarse al reposo. A su voz, todos comienzan á desfilar; las mujeres van delante, cargadas con sus gavillas, y detrás van los muchachos, llevando también sendos manojos de la espigada mies. El sol se ha ocultado ya tras la cima de la montaña, y de sus rojos resplandores sólo queda una aureola entre nubes purpurinas. Las segadoras se acercan ya al pueblo, cuyo campanario se divisa confusamente á través de la bruma de la tarde; en la campiña vuelve á reinar el silencio; y allá en el horizonte, limitado por nubes de oro, la pálida luna brilla serena, difundiendo en torno su melancólica luz.»

NIDO ESCARBADO..... FAMILIA DISUELTA

(Conclusión)

Enriqueta se ha puesto muy seria al oir estas palabras. La eterna sonrisa que vaga por sus labios como un reflejo del sol por la superficie del agua, ha desaparecido y se ha puesto pálida. ¿Qué será esto? Yo no puedo descifrar el secreto... ello es que me ha contestado al cabo de un rato:

– Puede V. enseñarme en cambio el inglés.

– Yo me he comprometido á ello y esta tarde he empezado á cumplir mi oferta.

Día 1.° de julio: – Estoy pensando hace media hora en una cosa muy gravísima, mucho. Estoy pensando en el motivo que pude haber hecho que yo mire con tan buenos ojos á Enriqueta. ¿No va á ser *mi madrastra?* ¿Y á pesar de esto la quiero? Anoche, cuando la acompañaba á la playa seguido de su padre y el mío, se le ocurrió á aquél una broma de pésimo gusto.

– Mire V., – dijo á mi padre, – parecen dos novios.

Y se echó á reir á carcajadas.

Mi padre no contestó nada, pero yo noté en su semblante una contracción colérica y que dirigió la más odiosa mirada á su amigo. Enriqueta oyó las palabras de Arnaldo y me miró sonriendo. ¡Vaya V. á saber lo que decía aquella sonrisa! Bien decía Beaumarchais: «¡Ah, mujer, mujer, mujer!...»

Día 3: – El día 15 empiezan los trabajos preliminares de la pesquería. Hasta entonces no podré ocuparme en nada serio. Habré de apelar á mis libros y á conversar con Enriqueta. Progresa á maravilla en el idioma inglés, aun cuando sus labios de grana no aciertan á pronunciar las más sencillas palabras. Esta mañana me preguntó:

– ¿Cómo se dice *amar* en inglés?

– *Tho love*, – repuse yo. – ¿Quiere V. decírselo en inglés á mi padre?

Enriqueta se puso seria lo mismo que en la tarde primera en que yo la llamé bonita, y digo «primera,» porque después se lo he llamado muchas veces. Recuerdo que entonces recobró pronto su habitual alegría; hoy no ha sucedido de este modo. Apenas ha respondido á mis preguntas, y al traducir el *tema inglés*, no ha acertado con tres palabras seguidas.

Día 7: – Mi padre nos ha anunciado después de comer que mañana sale para Barcelona, á donde le llama una carta de su cajero. Enriqueta se ha puesto tan satisfecha como si la hubieran dado la noticia mejor del mundo. ¿Es que no ama á mi padre y desea que se aparte de su lado? Eso bien se ve que... ¿Por qué unirse á él entonces? Arnaldo no hace cosa que su hija no le aconseje, y la menor resistencia de ella desbarataría la boda. Otro misterio. ¡Cuánta duda!

Día 8: – Nuestra lección de inglés ha sido hoy larga.

«Confieso que he visto con gusto el viaje de mi padre, porque su presencia me recuerda siempre sucesos desagradables y tristes. Después de almorzar entré en el gabinete de Enriqueta, y en cuanto me presenté, abandonó su maquinilla de coser y se puso derecha. ¡Esta mujer es demasiado bonita para darla lección diaria de inglés.

Día 10: – »Mañana regresa mi padre y ya no dejará á Cadaqués hasta que se celebre la boda, hasta que se vaya con Enriqueta.

»He invertido tres horas en analizar mis sentimientos hacia ella, y no he sacado nada en limpio.

Día 11: – »Acaba de llegar mi padre. ¡Qué desgracia! Indudablemente: estoy enamorado de la novia de mi padre. Esto es desesperante, atroz, sin comparación posible á cuantos tormentos han ideado los tiranos más crueles de la humanidad.

»Desde que me he dado cuenta de lo que me sucede, mi humor negrísimo é intratable va en aumento.

– ¡De poco sirven mis lecciones! – me ha dicho hoy Enriqueta.

– ¿Ve V. como tiene razón el refrán? ¡Genio y figura...!

– El refrán tiene razón, cuando las gentes no quieren tenerla. Eso sucede aquí.

– ¿Y V. piensa que yo no quiero ser feliz?

– Lo pienso, y estoy segura de ello.

– No entiendo lo que V. quiere decirme.

Nos han llamado para comer y ha sido preciso suspender la conversación.

Día 11 (por la noche): – »No sé qué he advertido en la fisonomía de mi padre. Distintas veces ha fijado en mí y en Enriqueta una impertinente mirada llena de curiosidad y de amenazas. ¿Sabrá qué es lo que pasa por mi alma? ¿Habré yo revelado mi secreto?»

XX

ESGRIMA

La tarde era hermosa y fresca.

Angel Armengol salió de paseo con uno de aquellos amigos que había visto acompañando á su padre el día en que se encontró con él inesperadamente en el comedor de casa de Arnaldo.

El amigo á quien nos referimos era un lindo sujeto, chisgaravís, doctor en Jurisprudencia, *por Osuna*, como diría Cervantes, y el ente más pedante y ridículo de todos los que se pasean por los claustros de nuestras universidades, y pueblan los bancos de nuestras Academias.

Este doctor *in utroque*, era la sombra viva de Angel Armengol.

Desde que trabó con él conocimiento, no perdonaba ocasión ni momento alguno en que no pusiera á prueba la paciencia y comedimiento de Angel, con sus eternas é impertinentes discusiones.

Este las rehuía con todas sus veras; pero el doctorzuelo poseía un arsenal inagotable de recursos y de armas con que seguir librando sus combates.

En los casos en que no había discusión posible, le dirigía á Armengol estas preguntas ó cosa semejante:

– ¿Sin duda, V., señor D. Angel, ignorará esto ó lo otro? Pues voy á decírselo yo á usted.

Y amontonando palabras sobre palabras, vanas, huecas, sin sentido ni interés, formaba una inmensa mole abrumadora con que aplastaba al fin á todo el que tenía la desgracia de escucharle.

Angel, ya fuese porque de los que había en aquella población era el más ilustrado, ó porque lo violento de su carácter le lanzaba con más prontitud á la arena de las disputas, era siempre la víctima sacrificada sobre las aras de la locuacidad del doctor.

Este le seguía por todas partes, le acosaba y le aburría.

La tarde aquella el doctor dió un nuevo giro á sus discusiones, mejor dicho, las dejó de reserva, poniendo en campaña otros nuevos útiles de combate.

El doctorcillo se hizo murmurador.

– Desengáñese usted, – decía, – yo no puedo creer que Enriqueta se case por amor con su padre de V. Yo que soy más experimentado en las cosas de la vida, y tengo gran conocimiento del mundo, le digo que no pueden mover su corazón sino impulsos bastardos ó poco generosos y puros.

Angel no pudo oir con calma estos insultos inferidos en la honra y proceder de Enriqueta por una persona á quien odiaba con toda su alma.

Se le subió la sangre á la cabeza, cegó, y lleno de ira, al mismo tiempo que de desprecio, y alzando la mano, dió una terrible bofetada en la mejilla al infamante doctorzuelo.

Este comenzó á gritar, á gesticular ridículamente, manoteando en el aire, como nadador en el agua, y haciéndose del valiente y del ofendido.

Exigió de Armengol una reparación pública y humillante de la ofensa que le acababa de inferir, y éste le contestó dándole su tarjeta y diciéndole buscara los padrinos que quisiera, para que ajustaran y presidieran el desafío.

Los padrinos de ambos contendientes convinieron en las siguientes condiciones:

1.ª El duelo había de ser á primera sangre.

2.ª El arma con que se había de jugar sería el sable de gran tamaño, llamado de caballería.

3.ª La hora, á las cinco en punto de la mañana del día siguiente.

4.ª El sitio, en la playa.

A la hora y en el punto prefijados, se encontraban reunidos los dos duelistas con sus padrinos, disponiéndose ya para la lid.

Sonaron en el reloj de la ciudad las cinco y media.

Angel y el letrado tomaron los sables y se colocaron en sus respectivos sitios, uno frente del otro.

Los padrinos se retiraron como unos veinte pasos y dieron la señal.

Llegó el instante del combate.

Las hojas de acero brillaron pálidamente al fulgor todavía tenue de la aurora. Después se cruzaron, chocaron varias veces, dejando oir su acompasado paloteo.

La mano de Armengol lanzaba sobre su contrario tajos, reveses y mandobles, en medio de la mayor serenidad y aplomo.

La del doctor temblaba como la de una mujer.

La frente de aquél estaba serena; la de éste conturbada por horribles temores.

Mas aunque Armengol llevaba todas estas ventajas sobre su enemigo, á más de la de manejar con mayor agilidad el sable, aquél era más astuto en sus golpes, aun en medio de su aturdimiento.

Alcanzóle uno de estos en la mano derecha.

Entonces Armengol acometió con brío y decisión al doctorzuelo, dándole un tremendo sablazo en la cabeza.

La sangre corrió á borbotones.

Acudieron los médicos á curar á los heridos, declarando que la herida del doctor era gravísima y la de Angel no muy liviana tampoco.

El padre de Angel, don Arnaldo y Enriqueta, sabedores del desafío, se habían levantado muy temprano y aguardaban con impaciencia en su casa el resultado triste del duelo.

Don Pedro parecía reconvenirse interiormente, porque en efecto, él era el ofendido en aquel caso, y no su hijo.

Una puerta se abrió penetrando por ella Angel.

Enriqueta al verle con una mano vendada, lanzó un grito, brillaron sus ojos con vivo fulgor, y cubrióse su rostro de densa palidez.

XXI

¡ESTO SI QUE ES GRAVE!

Vagos sentimientos, extrañas ideas, encontrados pareceres se revolvían confusamente en el alma de Enriqueta atormentándola y sumiéndola en una perpetua duda, á la que en vano se aproximaba una y otra luz, permaneciendo siempre oscura y envuelta entre sombras.

Muchas veces se preguntaba, en la soledad y silencio de la noche, á solas con su conciencia y su corazón, si amaba efectivamente á Angel, y amándole, si tendría fuerzas para arrostrar una resolución extraña que coronase este amor recién despertado en su alma, pero que no podía acallar ni volver al sueño de la muerte ó de la nada.

Su viva y lozana imaginación le repetía fácilmente como un espejo los encantos y excelencias de Angel.

En alas de esta misma imaginación se trasportaba dulcemente al tiempo futuro, á aquellos días llenos de amor y de ventura, en que al lado de Angel, siendo su esposa, su confidente, su amiga, le sonreiría el cielo, le encantaría la naturaleza, y gozaría su alma de todas las dichas, de todos los placeres, de todas las felicidades con que premian los dioses buenos á los predilectos del bien, del amor y de la hermosura.

Después, cuando Enriqueta penetraba con su pensamiento más hondamente en el misterio real y verdadero que este amor representaba, el rubor asomaba á sus mejillas, y sus labios se entreabrían con la dulce ansiedad con que se acercaría á su boca un cáliz rebosando de licor ó de néctar divino.

De tan sublimes y encantadores ensueños venía á derrocarla y á precipitarla en el abismo de la desgracia y de la realidad el pensamiento de su padre.

Enriqueta respetaba á su padre, como una hija educada en medio de los más sanos principios morales y religiosos.

Y no sólo le respetaba, sino que le amaba.

¡Había sido D. Arnaldo tan bueno y tan cariñoso para con ella!

¡Le había dado tantos gustos!

¿Cómo, pues, negarse al primer favor que le había pedido aquél, de quien en toda su vida no había recibido sino beneficios.

Y luego, ¡le parecía tan feo á la señorita Enriqueta trocarse de súbito, de ángel bueno y glorioso, en ángel rebelde é infernal!

¿Qué había de hacer la encantadora doncella sino resignarse con su suerte y llevar á cuestas su cruz hasta el Calvario?

Enriqueta ni amaba ni aborrecía á D. Pedro Armengol; le era indiferente; en último caso, le estimaba á la manera que se estima y aprecia una cosa cualquiera en sí, no teniendo en cuenta si podrá servirle á uno para nada, ó si podrá perjudicarle en algo.

Enriqueta, al casarse con el padre de Angel, hasta ignoraba si iba al altar en calidad de víctima ó de diosa.

No la movía el interés ni otra ambición mundana, pues era rica, y además humilde, modesta y conformadiza, obedeciendo en todo gustosa la voluntad de su padre.

Esto, cuando no había conocido aún á Angel.

Desde el momento que le conoció y pudo confesarse que le amaba, – porque esta es la verdad, – el espíritu de Enriqueta había sufrido una gran trasformación.

Varios días habían trascurrido desde aquel en que se verificó el desafío entre Angel y el doctor.

Este seguía aún muy grave, con pocas esperanzas de cura; en caso de que sanara de la herida, se presumía que no quedaría muy en su punto su razón, pues la masa encefálica había sido interesada grandemente por el golpe del sablazo.

Angel se hallaba casi por completo bien de la herida de su mano, la cual no había sido dañada tan considerablemente como al principio se pensó.

Durante su breve enfermedad, Enriqueta había sido su más asidua visitadora, habiendo mediado entre los dos jóvenes los más tiernos coloquios y las conversaciones más interesantes.

Ya no cabía duda; Angel y Enriqueta se amaban; habíanse declarado su amor recíprocamente; y la adoración del uno hacia el otro rayaba en los horizontes de la idolatría.

Una noche, por fin, se hallaban los dos paseándose solos por el jardín, á donde, después de cenar, habían salido á respirar el fresco ambiente del Mediterráneo.

Ambos permanecieron callados, henchidas sus almas de vaga y soñadora poesía.

– ¡Angel! – exclamó repentinamente Enriqueta, toda anegada en llanto. – Una desgracia igual nos une á ambos en la tierra: ni tú ni yo tenemos madre. Mira al cielo. Aunque el hombre no crea en Dios, el hijo siempre cree en su madre. Juremos por las almas de aquellas que nos llevaron en su seno amarnos eternamente.

Angel, conmovido, anonadado, cayó de rodillas á los pies de Enriqueta, y juró amarla toda su vida.

XXII

¡SE VAN!

La catástrofe del drama estaba cerca.

Los acontecimientos iban empujando á los personajes hasta hacerles chocar unos contra otros.

Así lo comprendió Armengol, quien después de permanecer durante un rato á la puerta del cuarto de Enriqueta á donde una magnética influencia le atría, decidióse á entrar donde estaba su amor.

Enriqueta se hallaba sola y en su rostro notábase la sombra de una infinita tristeza.

– ¿Qué ocurre? – preguntó Angel, observando la pena que se retrataba en el semblante de su amada. – ¿Qué te sucede?

Enriqueta calló; pero como Angel repitiera sus preguntas, fuéle preciso contestar.

– Nuestros destinos son distintos. Las circunstancias disponen de nosotros y á pesar de que sentimos el uno hacia el otro el atractivo de la simpatía, del amor, jamás podremos unirnos.

– ¡Jamás! – repitió Armengol, – ¿y por qué jamás?

– Sí; es inútil luchar contra los sucesos: vuelvo á decirlo.

– Se vencen los sucesos; se muda su curso cuando hay voluntad. ¿No decías que la voluntad hace prodigios? ¡Me aconsejabas que me valiese de ella como duro escalpelo para curar las dolencias de mi alma, y demuestras carecer de ese precioso don, apenas una dificultad te sale al paso... Yo creo que no puede haber nada más horrible que asesinar los sueños acariciados por el alma. Antes que permitir ese suicidio, que suicidio es cuando no procuramos salvar el objeto de nuestras esperanzas de la brutalidad del mundo, todo es lícito, todo justo... ¡Dentro de una semana es tu boda! Todos lo anuncian; tú ya lo sabes... No... no hay tiempo que perder. ¿Quieres hacerte infeliz eternamente, labrando al mismo tiempo mi desdicha?

– ¿Qué quieres que haga? Indícame un medio de romper el compromiso en que mi padre se encuentra. El cedería á mi deseo si yo se lo mostrara tan enérgico, tan grande como es... Esto me costaría un sacrificio, pero lo haría.

– ¿Qué dudas entonces?

– ¡Ah! No conoces á mi padre si tal dices. Sería para él un disgusto horrible. ¿Cómo se decide ¡él que es la indecisión misma! á decir á tu padre: «Señor mío: su hijo de V. nos ha destrozado cuantos planes comerciales fundamos en su matrimonio de V. con mi hija?» ¡Ah! Eso es demasiado fuerte para poderlo decir sin que se subleve la indignación en un carácter tan vivo y suspicaz como el de tu padre. Mi padre no se atrevería jamás á dar este paso.

– ¿No hay solución entonces?

– No hay solución, – dijo también Enriqueta, ocultando su rostro entre ambas manos.

Un momento de silencio absoluto sigue á estas palabras, hasta que Armengol, sentándose en una silla baja que había cerca de la ocupada por Enriqueta, exclamó con acento de la más firme decisión:

– Y si yo hallase manera de resolver lo que tú consideras insoluble, ¿aceptarías mis planes?

– ¡Angel! eso equivale á preguntarme si aceptaría la felicidad.

– Es que necesitarías emplear toda la fuerza de voluntad de tu alma para llevar á cabo mis propósitos... Mira, Enriqueta, la situación en que nos hallamos es harto grave y difícil para entretenernos en amorosas retóricas. Hay que hablar con franqueza. Hay que plantear el problema con claridad. Ni tú ni yo podemos dudar del mutuo afecto que ha unido nuestras almas con el hilo de oro del amor, como no podemos dudar tampoco de que un azar maléfico ha apartado nuestros caminos, llenándolos de obstáculos, al parecer insuperables.

El caso es anormal y hay que resolverle también con medidas extraordinarias. ¿No es posible realizar pacíficamente lo que anhelamos? No; tú lo has dicho. Solo un camino queda. Dentro de tres horas zarpa del puerto el vapor *Pichweck-Housee*. Huyamos en él.

Enriqueta no contestó al atrevido pensamiento de su novio. Tenía embargado todo su espíritu con una lucha en que tomaban parte los deberes filiales y otros aún más poderosos ímpetus del corazón; pero su vacilación fué breve, tanto como enérgica y definitiva su respuesta.

– Sí, comprendo que es el único camino que nos queda.

* * *

A las tres de la tarde el *Pichwick-Housse*, lanzando todo su vapor por el silbato, salía de la ensenada de Cadaqués. En la ventanilla de un camarote del buque inglés veíanse dos rostros, uno de mujer, de hombre el otro, que miraban alejarse poco á poco la orilla de donde salieron los dos amantes.

El buque continuó su marcha, y cuando el sol se puso, estaba á la vista de Barcelona. No se detuvo allí tampoco, y siguió la costa del Mediterráneo con rumbo al Sur.

XXIII

CAE EL TELÓN

Para acabar esta relación son precisas muchas cosas, pero ni el tiempo ni nuestro humor, que hoy por hoy es malo, nos dejan buscar todos los datos necesarios á fin de terminar debidamente la historia de nuestros personajes.

Como la curiosidad del lector debe, sin embargo, ser satisfecha, copiamos á continuación dos cartas que un amigo de Armengol, á quien dimos á leer las anteriores cuartillas nos remite:

«En la relación que ha escrito V. faltan datos de importancia.

»Prescindiendo de la claridad con que van narrados los últimos sucesos de Cadaqués, lo cual hasta cierto punto les da cierto carácter, pues la verdad es que fueron todos imprevistos, y sin otra explicación lógica que la lógica del corazón humano, conviene que haga V. algunas revelaciones acerca de los acontecimientos posteriores.

»Diga V. que Armengol y Enriqueta llegaron á Londres sin novedad, á bordo del *Pickwick-Housse*, que aprovecharon muy bien el tiempo para amarse primero y para legalizar su posición después. Ignoro si son completamente felices, pero me parece que lo son en el grado relativo de la ventura terrestre.

»¿Y D. Pedro Armengol? ¡Ah! El viejo comerciante se va haciendo intratable. Yo tengo para mí que ha perdido la lucidez intelectual que antes poseía, porque, dígame usted si es posible en otro caso que repita con frecuencia las siguientes frases:

» – ¡Mi hijo! Mi hijo es un grandísimo tunante. Ha nacido para ser mi martirio. ¡Soplarme la dama! ¿qué les parece á Vds. el pillo?

»En cuanto á Arnaldo, que acompaña largas temporadas á su pariente D. Pedro, le escucha con la sonrisa en los labios y le propone alguna vez *disertar sobre el tema* de si tiene ó no razón para quejarse de Angel.

»Haga V. el uso que estime oportuno de estas noticias.»

Otra carta:

«¿Ha leído V. *La Correspondencia* de anteanoche? Habrá V. visto en ella la noticia de que al excelente don Juan le han ascendido el sueldo á doce mil reales. ¡Albricias para él! ¿Sabe V. por qué méritos ha obtenido tan grande distinción?

»¡Ay! ¡Infeliz de la que nace hermosa!»

J. ORTEGA MUNILLA

EL GRANO DE CENTENO

Para comprender que su tarea era obra de titanes, bastaba considerar que el grano de centeno que arrastraban sus casi invisibles antenas era cuatro veces mayor que su cuerpo. Que el granero estaba lejos lo decía el que en toda la extensión que abarcaba la vista no se distinguía ninguna otra hormiga que viniera á ayudarla en su penoso trabajo. Y sin embargo, ella no cejaba. La fatiga la obligaba á veces á detener su marcha; otras, las ondulaciones que el tacón de una bota había producido en la pasada humedad del terreno, la presentaba una barrera que sólo su ingeniosa paciencia era capaz de vencer. Momentos había en que, forzada á abandonar su para ella preciosa carga, rodaba al fondo de un precipicio de tres ó cuatro líneas de profundidad. Pero el activo animalejo no desmayaba, y trepando con más precaución á la empinada cumbre, se deslizaba de nuevo por ella con su tesoro.

Mi hijo, con la cabecita rubia inclinada hacia el suelo, no la perdía de vista un momento. Sin atreverse á respirar siquiera por no interrumpir aquella azarosa marcha, parecía tener concentrada la vida toda en sus ojos azules, desmesuradamente abiertos, de los cuales separaba de tiempo en tiempo el rebelde mechoncillo de cabello con que el viento le azotaba la frente. En ellos se veía un relámpago de júbilo cada vez que la hormiga salvaba un obstáculo, una sombra de tristeza y desaliento siempre que encontraba uno nuevo.

Yo, que le seguía á corta distancia, no le decía una palabra; él parecía hasta haber olvidado mi presencia. Sin embargo, después de unos cuantos segundos invertidos indudablemente en una fructífera exploración, irguió el esbelto cuerpecillo y con la satisfacción del que ha realizado un importante descubrimiento, me dijo:

– Ya sé adonde va.

Y extendiendo el índice de su manecita carnosa y aterciopelada, añadió:

– Allí.

Con efecto, á corta distancia del sitio donde nos hallábamos, la insegura línea trazada por un reguero de hormigas marcaba el punto á que indudablemente se dirigía el trabajador insecto.

– ¿Y qué piensas hacer? – le pregunté, como si efectivamente el problema fuera de difícil solución.

– Ayudarla, – respondió con tono resuelto.

Y sin dar tiempo á que yo pusiera el visto bueno á su designio, asió cuidadosamente á su protegida con dos dedos. Esta, asustada al principio, pareció querer huir, pero en seguida su claro instinto la hizo comprender que nada de hostil tenía la inesperada agresión y todo lo que hizo fué ceñir con mayor fuerza sus antenas al grano de centeno.

Cuando llegué al hormiguero la preciosa carga, empujada por un enjambre de obreras, se perdía en las profundidades del pequeño orificio que servía de pórtico á aquel falasterio.

Tan pronto como el grano de centeno desapareció por completo, mi hijo se volvió á mí. Una sonrisa de satisfacción delataba el legítimo orgullo de que estaba poseído. De su garganta salía ya un grito de júbilo, cuando de pronto se quedó parado como si un súbito terror paralizara sus facultades. Sus ojos acababan de fijarse en el reguero de hormigas en que las huellas de sus diminutos pies habían quedado marcadas por un centenar de cadáveres.

Yo, no sabiendo qué responder á la muda interrogación que me hacía, me limité á cogerle de la mano y llevármele de allí.

Aquel día nuestra vuelta á casa fué menos animada que de costumbre. Mientras el chiquillo hacía sin duda extrañas reflexiones sobre el pasado incidente, yo, mirando sus arqueadas cejas, fruncidas en un gracioso mohín de meditación, murmuraba para mis adentros:

– ¡Ay! hijo mío, no será el último disgusto de este género que lleves en la vida. La mayor parte de las veces, cuando creas haber realizado una buena acción, si te tomas la molestia de volver los ojos, verás que son mucho mayores los males que inconscientemente has causado.

Por supuesto, esto ni se lo dije entonces, ni se lo diré nunca. Hay cosas que vale más saberlas tarde ó no saberlas. Sólo ignorándolas es como se puede contribuir á que este viejo mundo siga su marcha.

ANGEL R. CHAVES

LOS CANDELEROS DE PLATA

POR DON PEDRO M.ª BARRERA

Excepto la señora Decorosa, abuela del pescador Cosme Mourelo, nadie ignoraba en Bayona de Galicia que éste bebía los vientos por Socorro Patiño, hermosa huérfana de diez y siete años, cuyo menor encanto era la hermosura. El señor Liberato, otro pescador, más conocido con el apodo de Ourogue (1), había recogido á la huérfana cuando acababan de destetarla, y la conservaba á su lado queriéndola como á una hija. No merecía menos la pobre muchacha: ella cuidaba de ir á la fuente para que en los baldes de la cocina no faltase nunca agua; ella tenía tal arte para guisar, que con unas tristes patatas preparaba un plato capaz de abrir el apetito á las piedras; ella hacía las más primorosas puntillas y colchas de *crochet*, labores en que las bayonesas son una especialidad; ella recogía la pesca cuando llegaban las lanchas, metía en tierra los aparejos y componía con una agilidad pasmosa los agujeros que en las redes hacía el pescado; y atendiendo á todo en la casa, y ocupándose en faenas tan diversas, todavía le quedaba tiempo para asistir al anochecer la mayor parte de los días á rezar el rosario en la iglesia del convento de las monjas dominicas.

Las circunstancias de Cosme y del señor Liberato eran completamente distintas. Aquél no había cumplido cinco lustros; éste pasaba de los catorce: el primero iba á la pesca todos los días que el vendaval, la niebla ó la intranquilidad del mar no impedían que las lanchas saliesen del puerto; el segundo hacía ya bastante tiempo que después de cerca de medio siglo de vivir casi constantemente á bordo, se limitaba á ir al muelle ó á la playa, y, todo lo más, á cruzar la bahía cuando en la aldea frontera del Panjón le calafateaban ó carenaban alguno de sus barcos: había tenido Cosme la suerte de no servir en la marina de guerra; al señor Liberato le echaron la zarpa al cumplir la edad reglamentaria y sirvió día por día en *barco de rey* el número de años exigido por las ordenanzas: aquél, por último, no contaba con otros recursos que con el producto de la pesca; éste, además de la pesca, tenía una casa, la lancha espinelera (2) de más toneladas del distrito marítimo de Bayona, otras tres lanchas sardineras, dos botes, dos gamelas y unos diez mil duros que invertía en hacer préstamos á la gente de su oficio cobrando un rédito insignificante.

El nieto de la señora Decorosa era uno de los veinte marineros que desde octubre hasta San Sebastián se metían treinta millas mar adentro persiguiendo al besugo en la gran lancha de Ourogue: marzo y abril los pasaba tras la merluza: el resto del año el viejo le entregaba uno de los botes, y con otro hombre y un chiquillo que él buscaba, hacía guerra á muerte á congrios, pajeles, salmones y fanecas en todo el espacio comprendido entre el puerto, las islas Cíes y el cabo Silleiro.

La víspera de un domingo de Ramos habían salido á las ocho de la mañana, como de costumbre, las lanchas pinchadoras ó espineleras. El tiempo era bueno, y según los inteligentes, cuatro horas después todas debían estar largando los aparejos. Poco á poco el horizonte se fué envolviendo en negros nubarrones; arreció por momen-

(1) Anguila.
(2) Espineleros son los que pescan besugo.



EN LA COCINA, cuadro de Francisco Vinea



SERENATA VENECIANA, copia del celebrado cuadro de Hans Makart

ESOPO, grupo escultórico de Enrique Moller

tos la marejada, convirtiéndose al cabo en veloces olas que azotadas por rachas huracanadas producían espantosos remolinos; espesa bruma se cernió sobre montañas de rabiosos espumarajos; las nubes parecían conjunto de torrentes y cataratas, y se confundían los rugidos de las rompientes con los del vendaval. En la carretera y en los peñones de la costa hormigueaban las familias de los pescadores, queriendo en vano divisar entre la bruma y el revuelto oleaje las frágiles barquillas donde el que menos tenía un ser querido. Los botes y gamelas habían dispuesto del tiempo preciso para tomar puerto y varar lejos del alcance de las recias sacudidas que en la playa producía la tormenta; pero ¿cuántas lanchas zozobrarían? ¿cuántos marineros de los que horas antes dejaban la villa rebosando vida no debían volver jamás? La noche cerró sin que el tiempo abonanzase: noche horrible en que hubo quien soñó despierto con quillas vueltas, remos y mástiles dispersos, cadáveres arrojados á la orilla del mar. Al día siguiente el terrible viento sur había desaparecido; el cielo estaba despejado; la mar ligeramente picada. En toda la mañana no cesaron de entrar lanchas. La llegada de cada una producía un alboroto: ¿se habían encontrado á punto de naufragar los recién llegados? ¿volvían buenos? ¿habían visto á los demás?...

– Afortunada y milagrosamente, aunque muchos pescadores regresaban en un estado deplorable y casi todas las lanchas necesitaron carena, ni en hombres ni en barcos hubo que lamentar baja alguna.

Poco después una persona desconocida, según aseguraban las monjas, regaló unos candeleros de plata para que luciesen en el altar de Santa Rosa de Lima.

Llegó el mes de mayo, y mientras campos y montañas se llenaban de follajes y flores, la mar, constantemente picada, obligaba á los pescadores á permanecer en tierra un día y otro día.

– Cuando el temporal amaine, – dijo Cosme al señor Liberato, – ya será ocasión de ver cómo se da el congrio este año.

– Será. ¿Y tú piensas buscarlo siempre en el mi bote *Lucero*?

– ¿No le conviene?

– Me conviene; pero no es de mi conveniencia de lo que quiero que hablemos, sino de la tuya.

– Pues la mía es preferir su bote al de otro.

– No estamos de acuerdo: la tuya es ser patrón de un bote propio.

– ¡Ya! y como el oficio produce menos cada vez y apenas gano para ir tirando la mi abuela y yo, resulta que ó me llueven las onzas del cielo ó no veré ese bote en todos los días de mi vida.

– Estás equivocado. Pregúntale á Socorro si necesitará ella lluvia de onzas para amueblar la tu casa cuando os caséis, y es seguro que después de oirla te parecerá muy fácil lo que ahora juzgas imposible.

Este diálogo tenía lugar en la plaza, enfrente del muelle y del pretil del malecón del puerto, y cerca de la puerta de un hojalatero, trabajador incansable, que siempre detrás de una gran ventana sin reja ni cristales, solía enredar conversación con todo el que pasaba, mientras hacía para la calderada de los marineros una olla de medio metro de altura y más de un metro de circunferencia, faroles, jarros y vasos, ó convertía las latas de petróleo en calderos para cocer mondaduras de patatas, verduras, harina de maíz ó salvado.

– ¿Va por allí Socorro? – exclamó Cosme señalando hacia el pretil: y el señor Liberato, sonriendo maliciosamente, contestó:

– Por allí va: anda y que te diga eso que tú no sabes.

La muchacha cruzaba con una cesta de ropa en la cabeza, de lo cual dedujo Cosme que iba á lavar, y que desde el muelle al riachuelo del Burgo bien podían caminar juntos un cuarto de hora largo, yendo á paso de buey como es de razón cuando agrada el palique y más que el palique la compañía.

– ¡Eh, amigo Ourogue! – gritó el hojalatero, sin dejar la labor que tenía entre manos.

– ¿Qué tripa se le ha roto? – preguntó el viejo acercándose á la ventana.

– Estoy pensando que aunque ya no navega ese cuerpo y el mío no ha navegado nunca, nos relameríamos de gusto si pudiéramos embarcarnos en esa lanchita que se llama Socorro.

– Tiene patrón que la gobernará mejor que nosotros, amigo latonero.

– ¡Buena pareja va hacer con Cosme!

– Buena. El es todo un hombre de bien y un pescador de mucho mérito.

– Y ella una rapaza que no se encuentra mejor ni con candiles.

En tanto que los de la ventana ponían por las nubes á los novios, prueba evidente de que no siempre que se juntan dos personas es para desollar viva á una tercera, Socorro explicaba á Mourelo de qué manera pensaba adquirir todos los enseres necesarios en la casa de un pobre. El procedimiento no podía ser más sencillo: ganaba de salario veinte reales mensuales: además podía calcularse en otro tanto el producto de cocer y arreglar pulpo para cebo de los anzuelos, y de meter en tierra la pesca y los aparejos á la llegada de las lanchas: además, los días que iba á la Palma á atar malla en los rapadizos (1) de las redes, le daba una peseta el señor Liberato. Durante el invierno, que no suele haber redes, se hacía á ratos dos colchas de *crochet*: gastaba en ellas unas siete libras de algodón del número doce, que le costaban cincuenta y seis reales, y vendía cada colcha en cuatro pesos. Entre todo podía calcularse que ganaba y ahorraba al año cuarenta duros, puesto que no teniendo que gastar nada en comer, ni en vestirse porque esto lo hacía con la ropa que desechaba la mujer de Ourogue, ni en calzado porque no le usaba más que los días de fiesta y conservaba casi nuevos un par de zapatos que al cumplir los quince años le habían regalado sus protectores, claro está que sus ingresos quedaban intactos.



LAS SEGADORAS, copia del cuadro de Julio Bretón

(1) Agujeros.

(Continuará)

COMUNICACIONES PERMANENTES
CON LOS TRENES EN MARCHA

COMUNICACIONES PERMANENTES CON LOS TRENES EN MARCHA

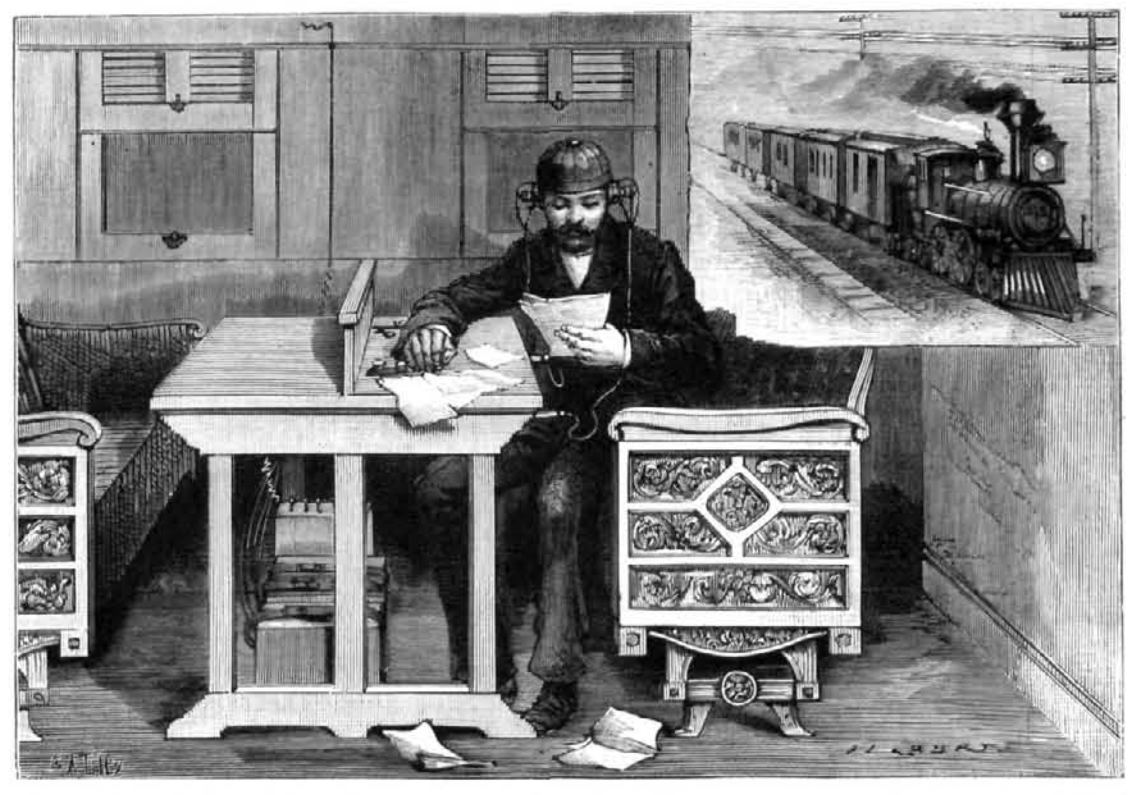


Fig. 1.—Comunicaciones telefónicas de los trenes en marcha, sistema Edisson. - Empleado provisto del aparato telefónico, recibiendo un despacho en el interior de un wagón en marcha

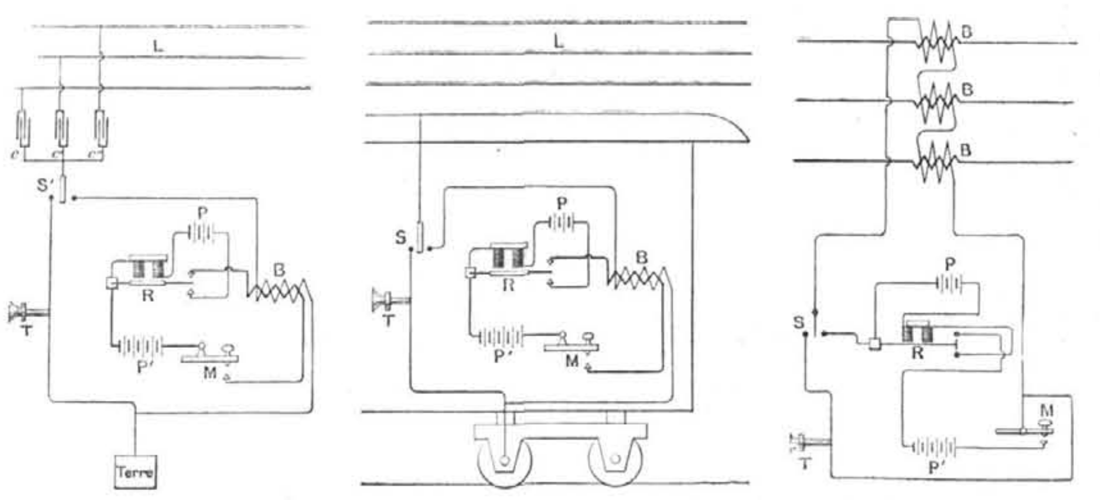


Fig. 2. - Estación con condensadores *Fig. 3.* - Estación en el tren en marcha *Fig. 4.* - Estación con trasformadores

Los accidentes que se producen con demasiada frecuencia en los caminos de hierro vienen á comunicar un carácter de actualidad cada vez más triste á la difícil cuestión de las comunicaciones permanentes, telegráficas ó telefónicas, entre los trenes en marcha y las estaciones vecinas, cuestión de tanto interés é importancia. Sin ánimo de insistir en la evidente utilidad de la solución de semejante problema, vamos á dar cuenta de los proyectos propuestos, ó ya ensayados, indicando más particularmente aquellos que, desde hace un año, excitan algún interés en América, y de rechazo en Europa. Sólo nos ocuparemos de las comunicaciones *permanentes*.

La idea de establecer estas comunicaciones con los trenes en marcha es ya muy antigua. El primer medio propuesto consistía en un rail especial *continuo* colocado entre los dos ordinarios, sobre el cual un frotador movible establecía un contacto permanente. Este sistema se probó durante un mes, en 1856, en una línea de ensayo establecida entre Argenteuil y Saint Cloud; pero se debió renunciar á la práctica al cabo de este tiempo.

Un estudio más profundo de la acción eléctrica á ciertas distancias, el descubrimiento de los diapasones eléctricos, y por último del teléfono, han aumentado considerablemente los recursos del ingeniero-eléctrico, y varios inventores han investigado para ver si sería posible utilizar estos nuevos descubrimientos, suprimiendo la comunicación metálica permanente, y sustituyéndola con acciones inductrices, que se trasmiten con mucha rapidez á través de todos los dieléctricos, en particular el aire. Este principio es el que caracteriza los nuevos sistemas, ya muy numerosos, y que pueden subdividirse en dos grandes clases, á saber:

1.ª Sistemas de inducción *magnética*, en los que se utilizan las acciones magnéticas de la corriente.

2.ª Sistemas de inducción *electrostática*, en los cuales intervienen las acciones electrostáticas.

Cada una de estas clases es además susceptible de las subdivisiones fundadas en la naturaleza de los aparatos de trasmisión y receptores que, según los casos son postes telegráficos, teléfonos, ó una combinación de ambos.

Sistemas de inducción magnética. – El primer aparato telegráfico con los trenes en marcha, fundado sobre el principio de la inducción magnética, fué imaginado por M. Lucius y J. Phelps, y establecido hace más de un año, por vía de ensayo, en una línea de veintidos kilómetros de longitud, en Nueva York, entre Harlem-River y New-Rochelle-Junction. Desde que comenzó á funcionar ha prestado servicio diariamente, y hace muy poco tiempo evitó una desgracia, anunciando al conductor de un tren en marcha que otro que le precedía acababa de sufrir un percance, habiendo quedado detenidos varios coches que obstruían el paso. Hé aquí el principio del sistema Phelps:

En medio de la vía, entre los dos rails, se fija un conductor, aislado en una vaina de madera; por una de sus extremidades se comunica con la tierra, y por la otra con el manipulador de la estación. Este manipulador permite enviar al conductor una serie de corrientes largas y cortas, que obran sobre el circuito inducido movible que va en el tren, circuito formado por un carrete vertical que tiene noventa vueltas, y que ocupa toda la longitud del furgón telegráfico, presentando unos 2,400 metros de largo, de los que mil se ponen muy cerca del conductor colocado entre los rails, y otros mil tan lejos como sea posible.

Las extremidades libres terminan en un poste telegráfico instalado en el furgón: aquí se presentan dos casos, según que éste *reciba* ó *trasmita*.

Para la *recepción*, el carrete inducido se enlaza con un poste muy sensible que cierra el circuito de una pila local sobre un *sounder* (resonador). Para la *trasmisión*, la pila se cierra sobre el carrete inducido por medio de un *buzzer* (vibrador), que envía una serie de corrientes interrumpidas á dicho carrete, las cuales inducen sobre la línea una serie de otras que hacen funcionar un teléfono en la estación receptora, permitiendo leer las señales Morse al sonido. M. Phelps, considerando que el teléfono no se podría emplear como receptor sobre el tren, á causa del ruido, se sirvió de un poste y de un *sounder*, que producen *clics* perceptibles á tres metros del aparato, aunque el tren lleve toda su velocidad.

La construcción del poste era sumamente delicada, pues debía obedecer á corrientes inducidas muy débiles, manteniéndose al mismo tiempo insensible á las sacudidas, trepidaciones y movimientos, con frecuencia muy fuertes, del tren en marcha. Este resultado se obtuvo construyendo una armadura de escaso volumen, para que el momento de inercia fuera muy breve, y haciendo mover aquella en un campo magnético sumamente intenso, constituído por dos poderosos imanes permanentes.

Sólo se han verificado hasta aquí estas comunicaciones entre un tren en marcha y una estación; pero concíbese que sería posible establecerlas entre dos trenes en movimiento. Bajo el punto de vista de la práctica, sin embargo, esto último no ofrece tanto interés, pues la utilidad de comunicarse es principalmente para el tren y la estación de donde salió, que le tiene así bajo su dependencia hasta que cambie de línea.

M. Phelps había previsto hasta el caso de una estación completamente aislada, puesta en comunicación con la línea por inducción, para lo cual emplearía un carrete inducido *fijo*, de la longitud necesaria, paralelo con el conductor principal. Tales son los principios aplicados en el sistema Phelps.

Sistemas de inducción electrostática.—Hace algunos años, hacia 1881, M. Wm.-W. Smith pensaba que sería posible establecer una comunicación permanente con los trenes en marcha, sirviéndose de acciones electrostáticas, y hasta pidió un privilegio para utilizar este orden de ideas, pero como no persistiese en su plan, un día se apoderaron de él M. E.-T. Gilliand y Edisson, desarrolláronle é hicieron posible la aplicación.

El principio consiste en formar un vasto condensador, una de cuyas armaduras, que es fija, está constituída por los hilos telegráficos que costean la vía; mientras que la otra, movible, se forma por los techos ó cubiertas de los trenes, que siendo metálicos se aislan convenientemente, enlazándolos entre sí por la electricidad, no siendo el dieléctrico otra cosa sino la capa de aire comprendida entre los hilos del telégrafo y los techos de los coches. Cada vez que se eleve la potencia de los hilos telegráficos ó de los techos de los coches, se encargará este condensador de armadura movible; y su carga producirá una *corriente* de carga momentánea, que puede utilizarse para hacer funcionar un receptor apropiado. Para tener cargas sensibles, capaces de ejercer su acción en los receptores, es preciso servirse de altos potenciales, puesto que la capacidad del condensador es débil, y esto se conseguirá con el auxilio de los *trasformadores*.

Los telegramas llegan á las estaciones bajo la forma de señales Morse y se reciben en dos teléfonos, que el empleado que va en el tren se fija en las orejas permanentemente (fig. 1) por medio de un casquete, quedándole las manos libres.

Como las combinaciones son muy numerosas, nos contentaremos con indicar una de aquellas de explicación más sencilla. La fig. 2 indica el arreglo de una de las estaciones, y en la fig. 3 se representa cómo está dispuesta la estación ambulante en el tren. Se verá que ésta última comprende cuatro circuitos diferentes: 1.° el circuito de un vibrador sometido á una pila especial P, y en el que se producen unos quinientos contactos eléctricos por segundo; este vibrador funciona de continuo durante todo el tiempo de la *trasmisión;* 2.° el circuito de una pila P', que se comunica con el circuito inductor de hilo grueso de un carrete de inducción B, al que se envían corrientes interrumpidas cada vez que se oprime el manipulador M; 3.° el circuito inducido del carrete B, que en la posición de *trasmisión* se comunica por una extremidad con la tierra, mediante las ruedas del coche y los rails, y por la otra con el techo aislado de los coches por medio del comunicador S; y 4.° el circuito del teléfono T, que toca con la tierra con una extremidad, comunicando por la otra con el techo de los coches en la postura de recepción.

Oprimiendo la llave se producirá, por medio del carrete B, una rápida serie de corrientes de alta tensión, que se comunicarán en la línea ó la red de líneas paralelas bajo la forma de cargas y descargas sucesivas.

La fig. 2 demuestra cómo estas cargas de la red de líneas podrán cargar á su vez los condensadores c, c' c'', obrando en el teléfono receptor y haciéndole emitir una verdadera serie de sonidos largos ó cortos, según que se oprima más ó menos tiempo la llave del manipulador M.

En la estación fija se pueden sustituir los condensadores con carretes de inducción, ensartados en uno de los circuitos en la línea misma, y que cierra en el otro localmente, sea sobre el teléfono, en la posición de recepción, ó sobre el manipulador ó el vibrador en la de trasmisión: este es el arreglo representado en la fig. 4, explicándose la acción fácilmente por lo que hemos dicho de las otras combinaciones.

Inútil parece decir que en todas estas aplicaciones se utilizan los hilos telegráficos ordinarios sin distraerlos de su servicio; entonces conviene aplicarles las disposiciones anti-inductrices y graduadoras de M. Van Rysselberghe, para que las trasmisiones telegráficas ordinarias no se perciban por los teléfonos.

M. Phelps, cuyo sistema de inducción magnética hemos dado á conocer, ha obtenido privilegio también para nuevas disposiciones fundadas en la acción electrostática. Por una de ellas queda suprimido el *buzzer* ó vibrador, así como el carrete de inducción, y los sonidos se reducen á *clics* característicos en el momento de cerrarse y romperse el circuito. Por último, sustituyendo la llave de Morse con un micrófono, M. Phelps se propone *telefonar* con los trenes en marcha; pero esto se reduce á un proyecto que no ha sido sancionado aún por la experiencia.

El problema de una comunicación telegráfica permanente con los trenes en marcha se puede considerar hoy, pues, como resuelto; mas por ahora no creemos que esté llamado á desarrollarse mucho más en la práctica; es preciso, en efecto, no perder de vista que el sistema ha de inmovilizar una ó varias líneas para una sola comunicación, y que para obtener varias á la vez con los mismos conductores, en secciones diferentes, será preciso aislar éstas telefónicamente, separar los partes á la llegada, etc., y realizar, en fin, trasmisiones telefónicas musicales simultáneas.

Si hemos de creer á los diarios americanos, estos fenómenos de cargas y descargas habrán conducido á Edisson á un verdadero descubrimiento relativo á la manera de propagar cargas eléctricas á través del aire.

E. HOSPITALIER

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

La isla está administrada por un gobernador general, brigadier, que reside en Zamboanga, hallándose dividida en cuatro gobiernos particulares, Cottabato y Davao en el sud, Misamis y Surigao en el norte. Sólo las costas son bien conocidas, aunque algunas de las cartas hidrográficas de esta región dejan mucho que desear; pero en este momento la comisión hidrográfica permanente de las Filipinas se ocupa en hacer el trazado de la parte de costas de la isla que no ha sido objeto de recientes trabajos.

El suelo de esta grande isla, fértil, accidentado, y de difícil acceso, está ocupado por pueblos que pueden dividirse en cuatro grupos:

1.° Los indios Bisayas, todos católicos, y sometidos á España; compréndense también bajo este nombre muchos indígenas *conquistados* hace largo tiempo, es decir, convertidos al cristianismo. Se encuentran pocos Bisayas fuera de los pueblos, situados casi todos en la costa ó en su inmediación: el número de estos indígenas no excede de 150,000 almas.

2.° Los Malayos ó moros, todos mahometanos, diseminados principalmente en el sud, en la cuenca del Río Grande, y alrededor de algunos lagos del interior.

3.° Varios chinos, cargadores y mercaderes, establecidos en los pueblos.

4.° Los *Infieles*, indígenas de razas muy diversas, salvajes idólatras é independientes, que ocupan el interior de la isla.

El número de los moros y los infieles reunidos se calcula en 300,000 mil almas; pero la evaluación sólo puede ser aproximativa, porque estos pueblos son en gran parte desconocidos.

Se ha de tener presente, para comprender el estado de Mindanao, que es una grande isla, cuyas dimensiones extremas llegan á 470 kilómetros, poco más ó menos, de norte á sud; y á 490 de este á oeste, ocupando los españoles los cuatro ángulos; de modo que dominan todas las costas.



Río Sagaliud. Golfo de Sandakán (nordeste de Borneo)

9 de abril, á las siete de la tarde. – Después de tocar en Pollok, magnífico puerto natural de la costa Sud, y en Cotta Bato, que domina las orillas del Río Grande de Mindanao, penetramos en el estrecho de Sarangani, formado por las islas del mismo nombre y la punta Panguian. Nos detenemos al oir un cañonazo y á los pocos minutos sube á bordo el teniente de navío D. Enrique Ramos y Azcárraga, seguido del Dr. D. Gabriel López y Martín. El señor Ramos, comandante de la estación naval de Davao, cruzaba aquí hacía algunos días con una de sus goletas para vigilar á los moros de la costa, ocupándose á la vez en trazar la carta de las islas Sarangani.

El señor Ramos, avisado de nuestra próxima llegada por una carta del cónsul, M. Dudemaine, viene á buscarnos y nos asegura que no podríamos elegir mejor terreno que la provincia de Davao para continuar nuestras investigaciones, añadiendo que podemos contar sin reserva con todos los medios de que dispone.

10 abril. – El *Pasig* avanza por la costa oeste del golfo de Davao, cuyas altas montañas, bosques y praderas reproducen el paisaje que vemos desde Pollok.

Sobre estas montañas, á larga distancia por el oeste, elévase el Matutun, al pie del cual se deslizan las aguas de Río Grande. Cerca de Davao, en la costa misma, descuella majestuosamente el Apó, el gran volcán cuyas pendientes, cubiertas de bosque con frondosos valles, no hollados aún por la planta del europeo, nos ofrecen desde nuestra llegada el atractivo de una ascensión importante y magnífica.

A las dos de la tarde el *Pasig* ancla á milla y media del pequeño río de Davao, cuya desembocadura está obstruída por una barrera. Los cuidados y las molestias que nos causan nuestros numerosos cargadores en casos de traslación, disminuyen mucho esta vez, gracias á la falúa de la estación naval, que por orden del señor Ramos recoge todos nuestros equipajes y los desembarca.

El P. Minovés, de la Compañía de Jesús, cura de Davao, nos recibe afectuosamente, é insiste para que nos instalemos en su casa; pero temiendo molestarle, nos alojamos en dos casas próximas, gracias á la intervención del doctor López; yo me hospedo en la del amable D. Juan Junquero y Luján, oficial de infantería, que tiene un piso bajo con jardín, muy conveniente para la instalación. Aunque mi compañero Rey está enfermo, aquejado de dolores hepáticos y de una ardiente fiebre, debidos á la humedad, muy pronto se nos prevee de todo lo necesario, gracias al concurso de todos los españoles residentes aquí; tomamos á nuestro servicio dos muchachos, con la seguridad de obtener una barca; compramos caballos, y ya nos será posible correr en todas direcciones.

(Continuará)

Viaje á Filipinas. – Una calle de Davao (sudeste de Mindanao)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO V — BARCELONA 17 DE MAYO DE 1886 — NÚM. 229

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL MÚSICO DE ALDEA, cuadro de Vicente March

Bien pensada, bien sentida y bien ejecutada, la obra de March es un cuadro de costumbres recomendabilísimo. La escena tiene color local; los personajes están bien colocados; sus actitudes son naturales; todos hemos visto á ese pobre ciego que vaga de aldea en aldea y de alquería en alquería, cantando frecuentemente esas coplas de autor desconocido, saturadas de poesía popular, en que el concepto brota inculto como la violeta en el bosque, como la amapola en los campos.

¡Pobre bardo de rústicos labradores y de fruteras zafias!... ¡Quién te contara que en otros tiempos tu acatarrado instrumento abría de par en par las puertas de los góticos castillos y que las crónicas narran sucedidos de castellanas que partieron tálamo y patromonio con oscuros trovadores!... Otros tiempos, otras costumbres..... En nuestros prosaicos días, gracias que artistas de la valía de March consagren su talento á pintar la triste figura y más triste suerte de ese trovador de la actualidad!

TAREA ENOJOSA, de una fotografía de Stevens

¡Cuán agradable sería la existencia en la primavera de la vida, si la humanidad no se hubiera empeñado en contrariar á la naturaleza!... ¿A quién le sugirió el diablo la triste idea de inventar gramáticas y aritméticas y esas tristes jaulas llamadas colegios, en que se pudren de fastidio los párvulos y adolescentes de ambos sexos, cuando el sol baña los campos, brotan las flores y cantan los pájaros, seres felices á quienes les importa un grano de mijo (lo de un bledo se deja para los hombres) de que dos y dos hagan cuatro ó hagan cuatrocientos?... Para jugar al volante, vestir y desnudar las muñecas ó dar un asalto á la despensa, supremas ilusiones de la infancia, ¿qué falta hace saber cuántos dioses hay en el cielo ó cuántos artículos en el idioma?...

Así discurre para sus adentros la niña de nuestro cuadro, sujeta á la mesa de su estudio por una mamá desconocedora de las ventajas de la ignorancia. Y que tales son los pensamientos de esa niña, lo demuestra de una manera gráfica su semblante, su actitud, su distracción, cuantos síntomas externos pueden revelar las evoluciones del cerebro ó los impulsos del corazón. Feliz, felicísimo ha estado el autor de esta reproducción; raras veces el artista ha traducido tan fielmente en un retrato el estado de ánimo de un personaje. Ejecutada la obra con los menos accesorios posibles, nada distrae al espectador de su objeto principal, único diríamos mejor; y cuanto más se le contempla, más crece la admiración que legítimamente inspira.

EL ARREPENTIMIENTO, cuadro de A. Freye

Hay en esta obra un doble estudio, el estudio del orden físico y el del orden moral, del exterior y del interior humano, del cuerpo y del afecto dominante. En el primer concepto demuestra el autor conocer perfectamente la estructura anatómica; hay en ese hombre algo más que carne y huesos; hay músculos, tendones, nervios, cuanto produce la tensión, sostiene la masa humana y da lugar á contracciones violentas, consecuencia ó expresión de un no menos violento estado del ánimo. Este estado se revela, no tan sólo en la actitud, sino en el semblante de nuestro personaje. Y aquí entra el estudio moral de la persona.

Sí; ese hombre ha cometido una falta; harto lo indica su mirada fija en el suelo, como si, levantándola, temiera encontrar la de aquellos que hubieran de afearle su conducta. Esa falta provoca una manifestación de arrepentimiento, no de remordimiento, dos sensacio-



EL MÚSICO DE ALDEA, copia fotográfica del cuadro de Vicente March

nes distintas que el artista no ha confundido ciertamente. En ese rostro alterado ha impreso sus huellas el dolor, pero no la desesperación; la tempestad se cierne sobre su cabeza, pero no ha estallado dentro de su pecho. En una palabra, la obra de Freye es fruto de un estudio profundo que demuestra la potencia de su autor.

A las dificultades inherentes al asunto ha agregado el artista las del dibujo, escogiendo una presentación de la figura en condiciones tan difíciles que únicamente pueda resolverlas quien haya hecho del desnudo un estudio tan á conciencia como lo ha hecho el autor de nuestro cuadro.

MARINERO FINLANDÉS, apunte de A. Edelfelt

El finlandés es individuo de una raza típica. Si se compara el apunte que hoy publicamos con el publicado en el nuestro número 224, se echará de ver la perfecta semejanza entre uno y otro marinero. Esto aparte, el tipo de Edelfelt es una nueva prueba de la precisión con que observa y la firmeza con que dibuja.

EL VETERANO, *cuadro de Carlos Spigweg*

Cuéntase del célebre cantante Verger, padre del actual barítono del mismo apellido, que habiendo sido atacado de una grave enfermedad en su juventud, se metió en cama bajo profundo y dejó el lecho tenor de fuerza. Algo parecido ocurrió al autor de nuestro cuadro, que enfermó boticario y convaleció pintor. La espátula, en manos de Spigweg, se convirtió en pincel, á la farmacia reemplazó el taller, y de sus buenos tiempos del mostrador y de las manipulaciones conservó, y conserva aún, por raro privilegio, una dosis de buen humor, que trasciende casi siempre á sus obras de arte, y entre éstas á sus deliciosas caricaturas, que le han conquistado merecida popularidad en Alemania.

No pertenece á este género su *Veterano*, delicioso y típico cuadro de costumbres militares. Lo primero que llama la atención en este cuadro es la mescolanza de *parterre* y de fortaleza que tiene el lugar de la escena. Tal es, empero, el aspecto de la mayor parte de las fortificaciones alemanas: los cañones asoman en ellas envueltos en guirnaldas de rosas y las terrazas de las ciudadelas, vistas á distancia, pudieran tomarse por jardines ingleses. Profundizando en la causa de esta antítesis, cualquiera deduciría que el imperio comprende el mal efecto que produce, á propios y extraños, la ostentación de una fuerza que protege, de manera bien triste y costosa, los destinos de un pueblo.

De lo dicho resulta que el veterano de Spigweg, salvo su uniforme y el formidable cañón del primer término, puede ser confundido con el más pacífico rentista que haya fumado una pipa en el confortable jardín de su casa de campo.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

CAMINO DEL MERCADO, cuadro de A. Moreau

Surca las mansas aguas del lago la barca que conduce á la bella labradora, y á la que, sin serlo, es igualmente bella. Otro tripulante, agraciado joven, se dirige al mercado igualmente. ¿A qué mercado?.. A un mercado de corazones; y sin duda para no perder el tiempo, entabla negociaciones por el camino.

Todo es notable en esta obra; pero en donde su autor ha estado más feliz, es en la expresión de los semblantes, perfecto reflejo del estado de ánimo de los personajes. El de la labradora, en particular, es un modelo de malicia delicioso.

LOS CANDELEROS DE PLATA

POR D. PEDRO M.ª BARRERA

(Continuación)

– ¡Ay, miña vidiña(1)! – dijo Cosme: – mientras no nos casemos el mi bote no parece.

– ¿Qué bote?

– Uno que según la cuenta del señor Liberato puedo adquirir siguiendo el sistema que tú empleas para tener muebles. Yo entrego á la mi abuela hasta el último ochavo de lo que gano, y parece que no alcanza para que nos veamos libres de deudas.

– Así será; pero si el señor Liberato dice otra cosa, ten por seguro que no debes tener deudas y que debes tener bote.

– ¡Buena es esa! ¿Querrás creer que los dos últimos días que salí al mar no pude fumarme un mal pitillo porque el estanquero se negó á dar á la mi abuela un brigadier (2), con pretexto de que le debo ya no sé cuántos?

– ¡Si serás parbo (3) y más que parbo! ¿No comprendes que no hay motivo para que debas ni para que te falten cigarrillos, si lo asegura el señor Liberato?

Tenía Cosme fe tan ciega en su amada, que desde aquel momento quedó persuadido de que su abuela carecía de condiciones para manejar y distribuir dinero, y de que llegaría á ser dueño de un bote sin esperar á casarse y sin necesidad de la consabida lluvia de onzas.

Cesó el mal tiempo y comenzó la pesca del congrio. Mourelo salió con el compañero y el chiquillo de costumbre. Siendo inútil la vela porque no corría ni un soplo de brisa, avanzaron penosamente á fuerza de remo y fondearon á la caída de la tarde. Como el congrio lo pescan de noche, mientras ésta cerraba echaron sus cordeles con anzuelos pequeños, y calada tras calada lograron sacar veinticinco pajeles. Después cambiaron los anzuelos, y cuando entre seis y siete de la mañana siguiente encapillaron en la proa del bote la montera para alar el cabo del rizón, con los pajeles tenían unas dos arrobas de congrio y tres hermosas merluzas. Regresaron al puerto viento en popa: gracias á ello bastó una hora escasa para recorrer la misma distancia en que invirtieron la tarde anterior tres horas de continuo remar. A favor de la marea pudieron atracar junto á una de las rampas del muelle, en vez de hacerlo en la playa. Allí esperaban la llegada del bote el señor Liberato, Socorro y la encargada de pedir limosna para la fiesta de Santiago, que todos los jueves anda desde las calles al puerto y desde el puerto á las calles con un cepillo y un santito de talla montado en un caballo blanco y envuelto en amplia capa roja.

(1) Vidita mía.
(2) Brigadier: mazo de diez cigarrillos de papel que se expende á cinco céntimos.
(3) Parbo: tonto.

– ¡Para el santo! – dijo Cosme echando desde el bote dos pajeles á la rampa. – ¡Para ti! – añadió echando cuatro magníficos á los pies de Socorro.

– ¡Buen principio de temporada! – exclamó Ourogue, comprendiendo que la gente volvía satisfecha.

– ¡Bueno! – contestó Cosme: – más de veinte panchos (4), tres merluzas y dos arrobitas de congrio y enguiachos (5).

– Si todos los días fueran lo mismo, habría que levantar altares á santa pesca de liña (6).

Marchóse la mujer del cepillo á vender los pajeles del Apóstol: recogió Socorro pescado y aparejos: Cosme y su compañero saltaron á tierra después de dejar listo el bote, y el muchacho separó la embarcación para fondear á unas cien brazas del muelle.

No pasarían de tres las horas que aquellos infelices marineros dedicaron á descansar del trabajo y vigilia de la noche anterior y reparar las fuerzas para la siguiente. Al medio día se reunieron con el dueño del *Lucero* á fin de repartirse el producto de la pesca.

– Por las merluzas, – dijo el viejo, – se han sacado quince reales. Por los panchos cuatro y medio. Por lo demás hay que poner cuarenta y nueve libras á real y un can pequeño (7) la libra.

Cosme garrapateó números y más números en un papel, y concluyó diciendo: – Pues todo junto suma tres pesos y medio, ocho reales, un can pequeño y dos céntimos de peseta.

– A ver si es eso lo que hay en este pañuelo.

Desataron un pañuelo de hierbas que de un bolsillo de la chaqueta sacó el señor Liberato, y entre plata menuda y calderilla encontraron la misma cantidad que arrojaban los garrapatos de Cosme. El otro pescador advirtió que había que rebajar tres reales y dos cuartos de la carnada.

– Quedan tres pesos y medio y cinco reales, – exclamó el muchacho con un airecillo que parecía decir: ¿ustedes creen que yo soy rana?

– Pues rebajamos también un real de vino para cada uno de vosotros, – añadió el viejo, – por ser hoy el primer día que vais al congrio este año y quedarán tres reales menos.

A continuación hizo cuatro montones de á diez y ocho reales y le resultó un sobrante de tres que repartió para el vino ofrecido. Se guardó un montón; dió la mitad de otro al muchacho; uno y medio á Cosme, y el cuarto á su compañero. Hecho el reparto, pronunció estas palabras: – No queda nada para añadir al producto de la pesca de esta noche.

La distribución del dinero se hacía siempre en la misma forma, subordinándola á una regla fija convenida de antemano, que consistía en dividir el fondo común en partes iguales, después de sacar el importe del cebo: de esas partes una correspondía al bote, otra á cada uno de los dos marineros, media al tercer tripulante, que se daba por muy satisfecho con ganar á su edad nueve reales cuando los hombres ganaban diez y ocho, y la otra media á los aparejos. De la parte del bote, el dueño tenía que dar la mitad al patrón, y por consecuencia de todo ello, en el reparto hecho por el propietario de los aparejos y el *Lucero* tocaron á Cosme veintiocho reales, diez y nueve al otro pescador, diez y ocho al viejo y diez al chico.

– Guárdeme ese peso, – dijo Cosme al señor Liberato, entregándole cinco pesetas.

– Tú tendrás bote, – contestó el último sacando una hoja de papel que dobló y entregó al primero, después de escribir en ella: – Día 11 de mayo, un peso.

Cosme, que admitió á regaña dientes aquella especie de resguardo, vió que el papel no estaba en blanco. Temiendo una equivocación lo desdobló y leyó lo siguiente: – Cuesta el casco de un bote, de veinticinco á treinta pesos. La vela, de brin, con rizos y todo, de diez y siete á diez y ocho pesos. El rizón de hierro, peso y medio. Cabos del rizón, de quince á veinte brazas para fondear en la bahía: uno de esparto para el buen tiempo, medio peso; otro de *liña*, de una pulgada de espesor para tiempo malo, cuatro pesetas: para fondear en alta mar, uno de esparto de cien brazas, dos pesos; otro de *liña*, tres pesos. Las drizas, con motón, dos pesos. El timón, medio peso. Cinco *liñas* para pescar el congrio, de cien brazas cada una, tres pesos y medio. Cuatro remos, un peso y ocho reales. El palo, cinco ó seis reales. La verga, dos reales. Dos achicadores, cuatro reales. Dos bicheros, seis reales. La caña del timón, dos reales. Cuatro boureles, cuadro reales. La montera para alar el cabo del rizón en alta mar, tres reales. Veinte anzuelos de varios tamaños, medio peso. Un farol, tres reales. El asiento en la matrícula del puerto, seis reales y dos canes pequeños. Los derechos de arqueo diez y seis reales. Total, cuatro onzas, poco más ó menos.

Cuando Cosme concluyó de leer, enternecido dió un apretado abrazo á su buen amigo Ourogue, y oyó que éste, reteniéndole en sus brazos, le decía de nuevo: – Tú tendrás bote.

Era necesario aprovechar el tiempo para hacer una porción de cosas antes de volver á la mar. Cosme comenzó por ir al estanco á tomar un *brigadier* y pagar los atrasados. El estanquero, que además de tabaco, papel, sellos y fósforos, vendía lienzo, licores, aceite, vinagre, loza, velas, gaseosas, conservas, azúcar, dulces, cacharros de cocina y todo cuanto Dios crió, le presentó una cuenta de más de cien reales, cuyos detalles ponían de manifiesto que

(4) Panchos: pajeles.
(5) Enguiachos: congrios pequeños.
(6) Liña: cordel.
(7) Can pequeño: moneda de cinco céntimos de peseta.

la mayor parte de la deuda tenía por origen los frecuentes trinquis de aguardiente con que la señora Decorosa se había remojado el gaznate. El nieto, avergonzado, ofreció pagar la trampa de la abuela poco á poco, advirtiendo que en lo sucesivo no respondería más que de lo que personalmente pidiese. Desde el estanco pasó á una panadería y compró dos libras de pan de maíz. Profundamente afligido dirigióse después á su casa, donde su abuela le recibió con gesto de perro de presa porque había tardado en llevarle el dinero que impaciente esperaba. Como si esto fuera poco, le dió la noticia de que no había podido preparar comida, por culpa de él que no ganaba lo necesario, y porque en la tienda se negaban á fiarle el puñado de habichuelas que cocidas con sal solía ser, amén del pan de maíz, el alimento cuotidiano de aquella gente.

– Desde mañana, – dijo el pescador, esforzándose por aparecer sereno, – no nos faltará comida ningún día.

Dejó sobre una mesa una libra del pan que llevaba; guardóse la otra en un bolsillo del pantalón; se echó al hombro una chaqueta, único abrigo con que se resguardaba del rocío de las noches, y se dispuso á salir.

– Pero oye, tú, mi nieto, – gritó deteniéndole la señora Decorosa: – ¿y los veintiocho reales que me ha dicho el rapaz... á quien he visto por casualidad, que te han correspondido en el reparto?

– Esos, y todos los demás que me vayan correspondiendo, – contestó el joven, – no correrán peligro de que se empleen en aguardiente.

Siguió á tales palabras una marimorena mayúscula: gritos, aspavientos, amenazas; de todo echó mano la vieja para defender el incuestionable derecho que creía asistirle á recibir y manejar el fruto del trabajo de Cosme. Desgraciadamente para ella, Cosme se mantuvo firme, y á cada chaparrón de injurias y destemplanzas replicó sin rodeos que allí no volvería á faltar comida ni habría más dueño que él de lo que pudiera ganar exponiendo su vida á todas horas.

– Si está conforme, – dijo para concluir, – vaya por las tardes á la tienda y á la panadería, que yo dejaré pagado diariamente lo que nos haga falta: si no le conviene el trato, puede irse á donde quiera, sin perjuicio de volver á mi lado cuando necesite casa, alimento y cama: esto no se lo negaré nunca.

Una hora después Cosme bogaba en el *Lucero* hacia el cabo Silleiro y la señora Decorosa enteraba á todas las vecinas de las *mil infamias* que acababa de cometer con ella su nieto. Y las vecinas, entre las cuales había de todo como en botica, la acabaron de exasperar emitiendo pareceres tan encontrados como los que resultan de estas frases:

– Si las mujeres debíamos morirnos antes de llegar á viejas.

– Como si lo viera: niega el dinero á la su abuela para gastarlo con alguna pájara de cuenta.

– Yo le arrancaría los ojos antes de dejarme pisar de ese modo.

– Tiene razón Cosme, porque todo lo que él gana es poco para que alguien que nos oye se emborrache.

– Peor sería que se casara, porque la su mujer no aguantaría lo que él aguanta.

– Le ofrece cama para dormir, alimento para matar el hambre y casa para cobijarse: ¿puede pedirse más á un pobre?

– ¡Nada, nada! átele corto, que él amainará y volverá al buen camino.

Desde entonces la casa del pescador fué un campo de batalla, en el que la vieja atacaba al enemigo apenas le echaba la vista encima, y el enemigo rechazaba imperturbable los ataques repitiendo invariablemente estas palabras: – No se canse, mi abuela; no vuelvo á darle el dinero aunque me lo pida puesta en cruz. – Llegó un día en que la señora Decorosa comprendió que tenía perdido el pleito; pero, ¿cómo había de poder vivir si no volvía á entonarse el cuerpo con frecuentes libaciones alcohólicas? No sirviendo para mangueletera (8), porque estaba ya para pocos trotes, ni para hacer calcetines, porque se eternizaba en ellos, se dedicó á ir á los montes por leña: de este modo lograba reunir algunos reales que sólo paraban en sus manos el tiempo necesario para meterse en el primer chiscón que encontraba al paso. Enteróse, al fin, de que Cosme pensaba casarse con Socorro y dedujo de ello que la huérfana tenía la culpa de todo lo que aquél hacía. Contra lo que era de esperar, ni armó camorra á su nieto ni habló mal de la novia ni se dió por entendida de tales amores: buenas ganas se le pasaron, sin embargo, de vomitar mil abominaciones, de arañar á Cosme y de morder á la que le tenía sorbido el seso; pero el recuerdo de lo inútil de todos sus altercados por manejar el producto de la pesca, y cierto puntillo de amor propio ofendido por la existencia de unas relaciones sobre las cuales no se le había pedido su parecer ni se le había hablado nunca, le hicieron sospechar que encender otra guerra civil á lo único que podría conducir sería á precipitar los acontecimientos y adelantar una boda que necesitaba impedir á toda costa. Guardó, pues, silencio, y para desahogarse de algún modo, solía decir, cuando había bebido algunas copas de más: – ¡No se casará!... No vendrá aquí una extraña que comenzaría por hacerse ama de todo y acabaría por echarme á la calle á pedir limosna. ¡Y esa relamida de Socorro que tuvo valor para decirme un día que estaba siendo el escándalo de Bayona con mis borracheras!... digo, no estoy segura de que fuese ella quien me lo dijo;

(8) Mandadera.

pero sí, ella debió ser; como será la que va ahuchando ¡hambrona! el dinero de mi nieto; como es la que á mis años me obliga á subir á los montes para tener con qué medicinarme cuando el histérico me agobia. ¡No, no se casará! ¡ni con ella ni con otra! ¡no se casará!

Era en pleno invierno. Las mejores lanchas salían del



puerto á la una de la madrugada á fin de estar al amanecer en las calas donde suelen pescar el besugo. Mientras éste dura se quedan por turno en tierra dos tripulantes de cada lancha, que salen después á buscar en el pueblezuelo de Cangas el pulpo para la cornada y vuelven el mismo día por la tarde. Esos marineros llevan á Vigo la pesca, excepto cuando hay mucho temporal y se teme que las barcas zozobren. Un día que tocó á Cosme quedarse en tierra, bajó el señor Liberato á la playa y le dijo: —Tengo ya en mi poder cinco onzas tuyas. Al volver hoy de Vigo y Cangas, no dejes de llegar al Panjón á tratar de la construcción del tu bote.

(Continuará)

APUNTES ARTÍSTICOS

ENRIQUE SERRA

En verdad que los apuntes artísticos que publiquemos en esta sección, no podrán dar nunca acabada idea del carácter ni de las tendencias del artista en cuyas carteras los recojamos. Sin embargo, son, digámoslo así, pensamientos vertidos al acaso, que mañana ú otro día sorprenderemos en sus cuadros, son ideas primeras que se revelan aisladas para armonizarse más tarde en obras de trascendencia.

El álbum del artista es la cartera del literato: en él se van aglomerando detalles; con éstos se harán conjuntos. En la colonia artística española que vive en Roma, no faltan extraviados para los que ser artista consiste en tener estudio en la vía Marguta, prendarse de algún modelo (no de virtud) y pintar cuadritos ligeros, *manchas de color*, de fondo nulo y de forma impropia: no faltan los



que suponen que para presentarse como artista español, es menester que en sus cuadros aparezcan picadores y toreros, cuadros en vista de los que cualquier extranjero puede pensar que los trajes de lidia son los característicos de una clase y que con ellos pueden presentarse y se presentan en bautizos, bodas y funerales. Para revelarse artista español en este género, no hacía falta abandonar la patria. ¿No tenían más cerca la calle de Toledo? ¿No es de más carácter el barrio de la Macarena?

Afortunadamente estas son excepciones: la colonia artística española que vive en Roma y que pensamos dar á conocer en esta sección, la colonia española de Pradilla y los Benlliures, de Vallés y Querol, de Sala y Villodas, de March y Muñoz, honra la patria y pone muy alto el amadísimo nombre de España. A ello contribuye, juntamente con los demás queridos compatriotas, el honrado catalán, el fiel amigo y el bravo artista Enrique Serra. ¿Cuántos cuadros ha pintado? Muchos y buenos: desde *El Arbol Sagrado*, representación de tradiciones de otras épocas, publicado en el núm. 188 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hasta su última producción que podríamos titular *En verdad que es bella*, Serra ha recorrido todos los tonos, ha cultivado todos los géneros y en cada uno de sus cuadros ha dado prueba de su amor al estudio y ha revelado la conveniencia y necesidad de los apuntes. Hemos citado dos cuadros, obras de las que, una no es posible hacerla de memoria; otra, sin apuntes del natural, no tendría su verdadero carácter.

El árbol herido por el rayo quedaba consagrado á Júpiter; bajo él se colocaba el ara y en ella se hacían sacrificios al padre de los antiguos dioses. El conocimiento de esto se adquiere en cualquier parte, pero la vista del encantador paisaje que ha servido á Serra para fondo de su cuadro, hay que venir á la campiña romana para disfrutarla. Mirados estos paisajes con la prevención que crea *la Malaria*, no son bellos ciertamente, pero cuando se les contempla como partes de la naturaleza, entonces se advierten en ellos notas que llegan al corazón: llanos muy llanos; malezas en el primer término, débiles cañas á la izquierda, en el fondo azules montañas, á la derecha



grupos de viejos árboles y en el centro juncos que cimbran reflejándose en las turbias aguas de insalubres pantanos. El gris abunda, el verde es oscuro, el dorado de las matas secas recuerda los ardores del sol y todo dispone á la melancolía, todo engendra sueños y todo contribuye á la formación de cuadros en que abunden las notas misteriosas. Al tomar apuntes de estos paisajes, hay que tomarlos también de las gentes que los cruzan en todos sentidos: la atmósfera viciada y lo yermo de aquellas tierras, hacen oficio de penitencia, y el trabajo que exigen es penosísimo silicio, de aquí esos rostros macilentos, esas figuras que parecen frailes escapados y que Serra ha sabido copiar tan perfectamente.

Dejemos la nota triste, abandonemos ya la campiña romana, cuyos tipos recuerdan penitentes y anacoretas, y fijémonos en esas airosas jóvenes de amplias formas y mirar ardiente. Son venecianas, cuyas facciones apuntó el artista y le han servido para hacer la figura capital de su último cuadro, tipo ideal en su encantadora sencillez, que baja descalza las gradas del muelle en el *Canalazzo*, excitando codiciosas miradas de audaces soldadones, cuyas fisonomías no sabemos donde sorprendió Serra, pero que pertenecen á tiempos que pasaron y de las que aun se ven en nuestros días, pues parece que aquí en Italia, lo mismo los hombres que las cosas se han empeñado en conservar carácter.

Trajes, armas, edificios, ruinas, todo puede estudiarse aquí del natural; de todo esperamos hallar apuntes en las carteras de nuestros compatriotas y lo presentaremos á los abonados á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA como recuerdos de esta clásica tierra de héroes y artistas, que tanto interés despierta por su historia y por sus tradiciones.—A. FERNÁNDEZ MERINO

LA CRUZ DE MAYO

(CUADRO DE COSTUMBRES DEL SIGLO XVII)

I

Pardiez que nadie diría sino que la villa en que tiene asiento la ostentosa corte de la católica majestad del rey don Felipe IV, salió de las manos del Creador de todas las cosas hecha como de encargo para no darse punto de vagar en eso de los festejos.

El 25 de abril, tomando pretexto de solemnizar el día que la Iglesia dedica al evangelista San Marcos, se entregó á grato solaz y tumultuoso esparcimiento en la fiesta del *Trapillo*, y ya anteayer, que era 1.° de mayo, repitió con creces la holgura en la no menos celebrada festividad de *Santiago el Verde*.

Pero, ¿qué mucho que media docena de días le dieran sobrado espacio para el descanso, cuando ya torna á las andadas, y sin curarse de que por no ser día de fiesta, y sí solo de misa, tuvo que ocuparse en sus habituales tareas, sálese otra vez de quicio y se desparrama por sus estrechas calles y poco regulares plazuelas, buscando en las emociones de la alegría, algo que distraiga el tedio de sus ocios?

La Invención de la Santa Cruz es hoy, y todos saben que en tal día se elevan en cada calle cien improvisados altares al sacrosanto signo de nuestra redención, ante los cuales se pasa la tarde y buena parte de la noche, dando paz á las animadas agitaciones del *turdión* ó de la *zarabanda* para hacer razón al ventrudo jarro de aloque que remoja la aspereza producida en las gargantas por la pesada pasta de las tortas y roscones que el día anterior amasaron las manos de las villanas de Vallecas y Villaverde.

Lo más sabroso de la fiesta, sin embargo, no es esto. Añeja costumbre es en la villa que cada barrio escoja de entre sus mozas la más garrida y apuesta para presidir el festejo, y como á ésta, que recibe el nombre de *Maya*, además de reconocérsele el envidiable privilegio de la hermosura, se la otorga el fuero de absoluta reina, doncella casadera hay que un dedo de la mano y tal vez algo más diera por alcanzar tan señalada distinción.

Hoy por hoy, tal merced ha recaído en Anilla, la hija única del más renombrado maestro de hacer broqueles que registró en sus fastos la calle de las Carretas, y como á Dios gracias aun tiene su padre en el fondo del arca unos cuantos centenares de reales de plata vieja que tirar por la ventana cuando el caso llega, ni en el altar que se alza en el zaguán de su casa faltan candelillas y lazos de Colonia con sus puntas de hojuela, ni en las orejas y torneado cuello de Anilla se echan de menos arracadas y gargantillas de piedra de luces tan finas y de tantos quilates como los que luce más de una dama de lechuguilla y copete.

Si al tanto de las nuevas que por los mentideros corren estuviéramos, el solo antecedente apuntado nos bastaría para no extrañar que apenas llegada la noche, entrara en su casa D. Diego de la Revilla, rico mayorazgo de Extremadura, y recién venido á la corte al lado de su tío el corregidor, ni menos nos produciría asombro, que cambiado el severo traje negro con que bajó poco antes á hacer la rua en el Prado Viejo, se pusiera, según uso, el traje de noche de más vivos colores y tomara rumbo desde la calle de los Convalecientes, en que tenía su posada, á la de las Carretas.

Pero, ya que al tanto de estas cosas no estemos, bueno será que tras él sigamos, y de este modo fácil nos será venir en conocimiento de cuáles son sus pensamientos.

II

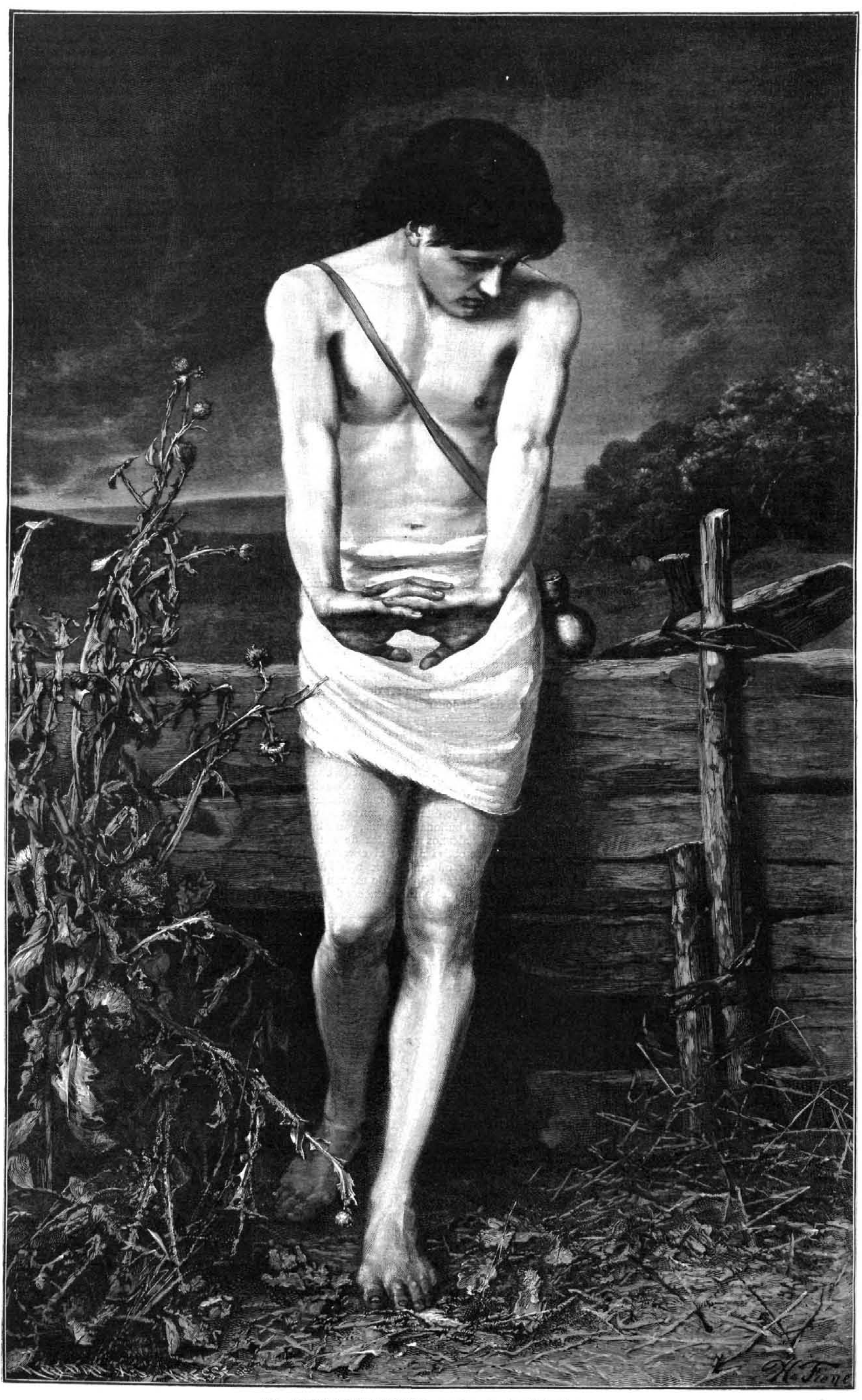
Aunque á decir verdad no brilla la corte de S. M. don Felipe *el Grande* por la seguridad que ofrecen sus calles alumbradas sólo por el fulgor de las estrellas y por algún que otro farolillo que la piedad encendió ante una imagen, no siempre para gloria del arte pintada, lo cierto es que esta noche toda precaución sobra, pues los más apartados sitios de la villa se ven de tal modo concurridos que, tan difícil como meter una lanza en Orán, sería para los capeadores dar un asalto contra no bien guardada bolsa ó mal defendida persona. La causa de ello es que por más que en la fiesta del día le toca á la gente villana desempeñar la parte activa, ni los más lucidos galanes, ni las más encopetadas damas desdeñan acudir á las cruces, los primeros con el fin de recuestar de amores á las doncellas de saya de sempiterna y medias de cordellate; y las segundas para ver, y sobre todo para ser vistas, que es la razón que á todas partes las lleva.

Esta es la causa por la que nuestro mozo galán, aunque más por gallardía que por precaución llevara la espada de vaina abierta sujeta en tiros cortos, harto convencido estaba de que en tal noche no había de hacer uso de ella á no ser que la empleara con los mozos de silla ó con los rodrigones, obligada escolta de las señoras más ó menos alcurniadas que tornaban á sus hogares fatigadas por el peso de los apretados manojos de lilas con que la villanesca cortesanía las obsequiara. A esto fué sin duda debido el que, cosa que raras veces en el año sucedía, llegara al taller del broquelero sin haber tenido que lamentar ningún mal encuentro.

En cambio el que tuvo allí fué tan envidiable que



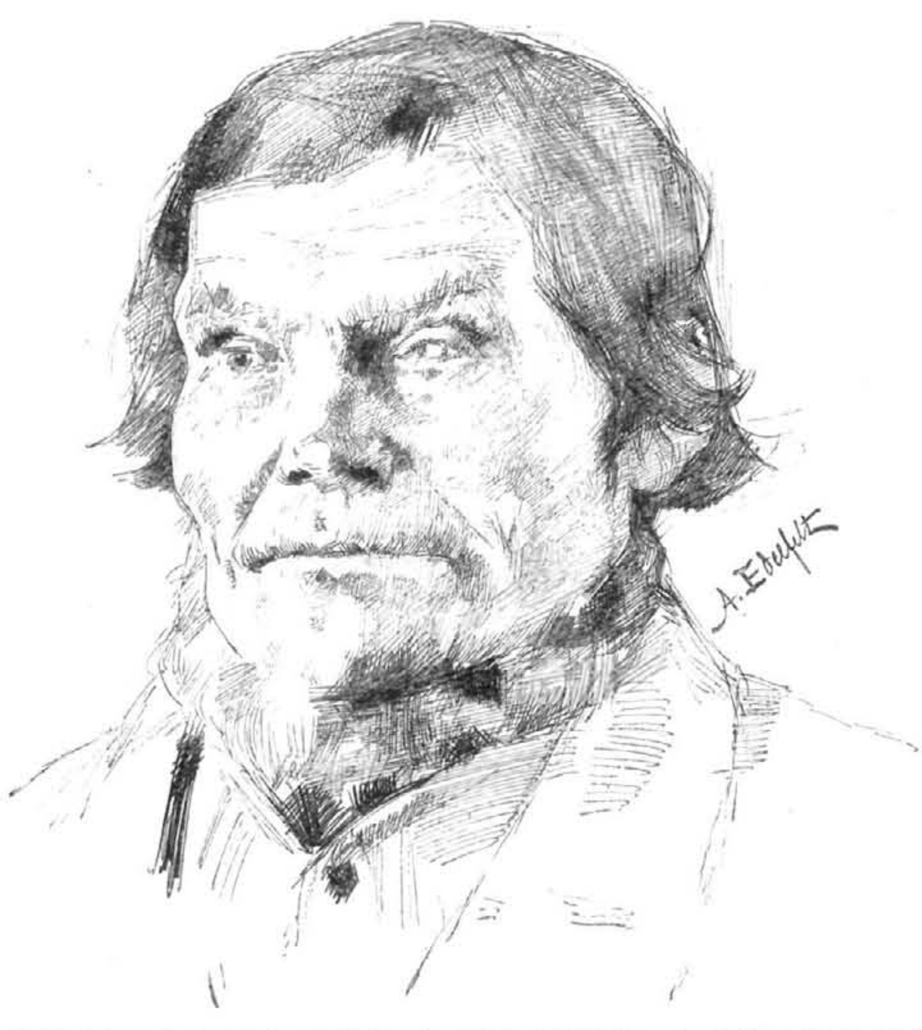
TAREA ENOJOSA, de una fotografía de H. Stevens



EL ARREPENTIMIENTO, cuadro de Arminio Freye

no hubiera sido preciso tener tan poco seso como el hidalgo tenía, para perderle del todo. Amén de que Anilla con los adobos de la compostura había hecho ganar en más de un tercio su belleza, que ya de suyo era pasmosa, tan desvanecida por los vapores de su postiza soberanía se encontraba, que pareciéndole sin duda muy inferiores á sus merecimientos cuantos mancebos de su condición ponían los ojos en ella, no encontró sujeto más digno de ser escuchado que el linajudo mayorazgo extremeño. De aquí que las que hasta entonces habían sido esquiveces se tornaran en marcadísimas muestras de deferencia, y de aquí también que el hidalgo, contenido hasta aquella sazón por el encogimiento, perdiera el miedo hasta el punto de hacer tan público alarde de los favores de la Maya, que constituyéndose como por derecho de conquista en su obligada pareja, paseara sus altaneras miradas por el concurso como retando á todo el que fuera osado á disputarle su sabrosa presa.

Los celos que en los hombres producía y la envidia que en las mujeres despertaba, de tal modo sacaban de su quicio á Ana, que más que mortificación, regocijo producían en ella las aceradas burlas de que todos la hacían blanco. Sus ojos despedían chispas de orgullo; sus antes no más que sonrosadas mejillas tenían ya los colores de la grana, y su voz de suyo dulce, tornábase empalagosa al contestar á las ternezas de su nuevo galán, cuando de pronto, no sólo en ella, sino en el festivo senado, á pesar de que el vino tenía á medio trastornar más de una cabeza, produjose tan súbito cambio que no se diría sino que el festejo se había cambiado de pronto en mortuorio.



TIPO DE MARINERO FINLANDÉS, estudio del natural de A. Edelfelt *(tomado del álbum de M. Baude)*

La razón de tan rápida mudanza era, á no dudar, la entrada en escena de otro hombre, que, como sombra obediente á desconocido conjuro, había salvado los umbrales de la puerta y que, á fuer de cristiano, después de desembarazar su frente del ancho fieltro que la cubría, había doblado devotamente la rodilla ante la engalanada cruz.

III

Contraste extraño formaba el recién llegado con don Diego de la Revilla, pues si en éste toda la elegancia provenía del atildamiento con que sabía acicalar su persona, en aquél era bizarría el mismo descuido con que su luenga y no muy bien traída capa besaba sus carcañales, defendidos por las descomunales estrellas de sus espuelas, y le daban marcial apostura lo mismo los descosidos y desolladuras de su coleto de gamuza que las manchas que decoraban el follado de sus gregüescos y su tan mal compuesta como bien arrugada valona.

Si estos detalles no estuvieran diciendo que algunos de aquellos desperfectos debió adquirirlos en la lucha que aun sostenían nuestras armas contra hugonotes y luteranos, bastarían á darle por soldado el tostado matiz de su tez surcada en algunas partes de horrorosas cicatrices, su crespo bigote torcido en ademán de tomar por asalto los ojos y más que todo ello la desenvoltura de sus maneras y la altivez de sus miradas que, como acostumbrado que estaba á sostener las de la muerte, ni á nadie temían, ni nadie era capaz de hacerlas retroceder un punto.

Verle, y quedar Anilla más pálida que la cera de las candelillas que en el altar lucían, fué tan uno que, como si su pánico fuera contagioso, atragantóse en la garganta del lindo Medoro cierto trasnochado madrigal más culto que las Soledades de Góngora que comenzaba á enderezar al objeto de sus amores, y sin ser dueño de sí mismo, á punto estuvo de abandonar el asedio de la plaza cuando ésta estaba ya punto menos que rendida. Sin embargo, bien pronto su condición altiva le hizo olvidar todo peligro, y cobrando su natural osadía, midió de alto á bajo la gallarda persona del soldado que, con paso firme, aunque sin mostrar impaciencia, hacia él se adelantaba conservando en la diestra el ancho fieltro y apoyando la izquierda en la guarnición de la toledana que le pendía del talabarte.

– Seor caballero, – dijo éste último con acento un tanto ceceoso y no sin cierta burlona cortesanía, – mucho siento privar á vuesarcé por algunos momentos de tan sabrosa fiesta; pero, como me obliga á ello el encargo que allá abajo recibí de un muy mi amigo que murió á mi lado en el cerco de Ostende, en la precisión me veo de rogarle salga hasta la calleja vecina para escuchar dos palabras.

– Con gusto las oiré, – replicó disimulando mal su cólera el mancebo, – y creed que tan impaciente estoy por oir la encomienda de vuestro amigo, cuanto que pienso enviarle al otro mundo la respuesta por medio de persona que sin duda estimó mucho en esta vida.

– No poco os lo agradecerá su ánima, – contestó sin perder su calma el soldado, – y á su vez crea voacé que haré cuanto pueda porque el mensajero sea de vuestra confianza.

Dicho esto, D. Diego estrechó nerviosamente la mano de Maya; ésta, sin poder reprimir un grito salido de lo más hondo del alma, cayó al suelo sin sentido, y mientras su padre y muchos de los convidados acudían en su socorro, el soldado y el mayorazgo se lanzaron á la calle oprimiendo las guarniciones de las espadas.

IV

Algunos momentos más tarde sobre las desiguales piedras de la calleja vecina yacía el cadáver de un hombre, cuya persona trataba de identificar un alcalde de corte, que, seguido de numerosa hueste de alguaciles, según añeja costumbre, había llegado bastante tarde para no poder impedir aquella muerte.

Como ni él, ni los corchetes conocían las lívidas facciones del muerto, ya se encogían filosóficamente de hombros, como diciendo: «uno más,» cuando de pronto dos transeuntes que, atraídos por el rumor de la ronda, asomaron por la esquina más cercana, llegándose al cadáver, murmuraron casi á la par:

– ¡Pobre mozo! Dios haya recogido su alma.

– ¿Le conocíais por ventura? – preguntó el alcalde.

– Como que me honro con la amistad de su tío el corregidor, – respondió uno de los recién llegados, – y aun soy algo deudo de la rica heredera con quien esta misma semana debía contraer matrimonio ese desventurado mozo.

– ¡El sobrino del corregidor! – gritó el alcalde con espanto.

Y volviéndose iracundo á sus secuaces, añadió:

– Entonces preciso es que el matador parezca Si no dais con él echad mano al primero que os venga en mientes. Lo principal es ahorcar á alguien.

Y como si aquellas fueran todas las exequias de don Diego de la Revilla, cargaron con él cuatro corchetes y tomaron rumbo á la posada de su tío el corregidor sin decir palabra.

Sólo el que había reconocido aquellos despojos, murmuró al que le acompañaba:

– Tal vez por forastero os sorprenderán estos lances. Mas tened entendido que tan comunes son en nuestros días, que no parece sino que la Iglesia más creó sus festividades para que ofendamos á Dios con nuestros delitos, que no para que le demos grato solaz con el espectáculo de nuestra piedad y devoción.

ANGEL R. CHAVES



EL VETERANO, cuadro de Cárlos Spigweg

CARTA DE AMÉRICA

San Francisco. – La ciudad China. – Los jardines de Woodwards

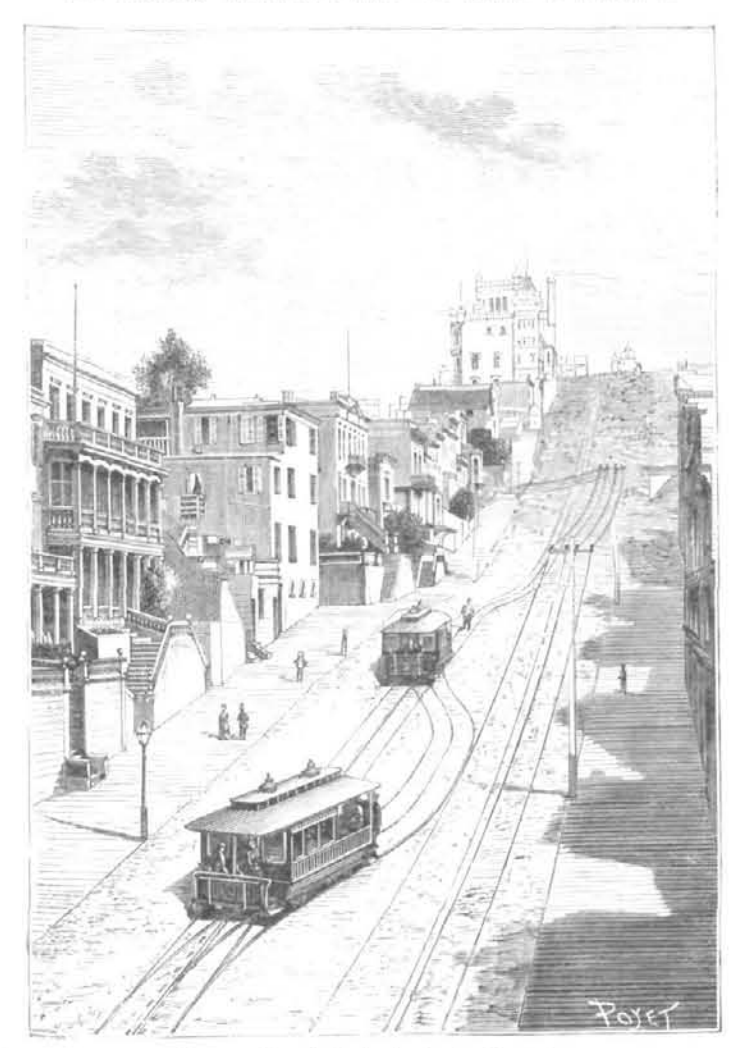


Fig. 1.—Tranvía funicular de San Francisco

San Francisco es una ciudad de que se ha hablado mucho; y cuando se ha visto, compréndese que los viajeros se muestren deseosos de visitarla. Apenas cuenta cincuenta años de vida; mas á pesar de esto, reserva cosas admirables para los extranjeros.

La llegada á San Francisco es propia para recrear la vista y excitar el interés. La línea férrea termina en Benicia, donde es preciso pasar á una inmensa barca, magnífica por cierto, y destinada sólo á cruzar la bahía de San Pablo, á fin de continuar la marcha desde San Costa. La barca del pasaje, el *Solano*, es soberbia: en su puente hay cuatro rails para colocar los trenes; un plano inclinado, provisto de charnelas por una parte, y sujeto con cadenas por la otra, á manera de puente levadizo, permite bajar los coches y la máquina á la enorme embarcación; y lo mismo sucede en la otra orilla, para tomar de nuevo la vía del camino de hierro, porque es preciso obedecer á la diferencia de altura de las aguas. La maniobra se hace sin ruido y muy fácilmente; esta manera de trasportar todo tiene algo de audaz á la par que de elegante, y es típico del país. Como el *Solano* no tiene la longitud de un tren, éste se divide en dos mitades, y únese sin dificultad en la otra orilla.

Poco después de salir de San Costa llegamos á Oakland, donde todo el mundo se apea, porque ya se divisa la bahía de San Francisco. Se ha de pasar á otra enorme barca, que puede contener seis mil personas, donde hay inmensas salas de espera, galerías cubiertas para los viajeros, etc. En veinte minutos se atraviesa la bahía, y durante ellos, la admiración crece de punto. La ciudad de San Francisco, asentada en colinas de unos cien metros de elevación, parece aproximarse y venir al encuentro de los viajeros, con los innumerables buques que ocupan sus aguas. Se ven los muelles, las playas, y el suntuoso palacio que corona las alturas, todo lo cual resplandece y anuncia de antemano la alegría y el placer.

Por fin desembarcamos y me dirijo al *Hotel palacio*. El establecimiento tiene bien merecido su nombre, porque verdaderamente es un palacio, pero su arquitectura es por demás singular. El patio, sobre todo, muy grande y cubierto, recuerda esos monumentos de estuco recortado que se venden en las calles, y en los cuales se pueden poner luces. Las ventanas, guarnecidas de papel rojo, son luminosas, y así es que se puede tener al punto un magnífico castillo iluminado á *giorno*. He aquí lo que es el Hotel palacio; pero debo añadir que la organización del establecimiento es admirable: se puede estar con la mayor comodidad; hay magníficas habitaciones, gabinetes tocadores, sala de baños, y cuanto se pueda apetecer; no faltan tampoco elegantes salones para los bailes, los banquetes y las reuniones de toda especie: es verdaderamente maravilloso.

La ciudad, una de las más pintorescas, sería de difícil acceso, á causa de sus numerosas colinas; pero aquí tienen los *Cable railway* (cables carriles); y he aquí el sueño realizado para el público, porque es el medio de trasporte más agradable. No se necesitan caballos, y la celeridad es igual en la subida que en la bajada; los asientos de los coches son cómodos, y nada mejor se puede pedir; como hay cierto número de estos *coches de cables*, nunca se ha de esperar. San Francisco tiene además tranvías con caballos. El movimiento en las calles es considerable, aunque no tanto como en Nueva York. Es muy grato para el viajero utilizarse del cable carril, sólo por cinco sueldos, para recorrer esa ciudad tan pintoresca por sus numerosas cuestas y pendientes (fig. 1), donde á cada momento se disfruta de vistas deliciosas de la ciudad y de la bahía.

Una de las grandes curiosidades de San Francisco es la *ciudad China*: la colonia de los chinos es muy interesante, y con seguridad lo más divertido que hay en San Francisco. No sé por qué este lugar tiene la reputación de ser espantoso y repugnante por la suciedad. Con frecuencia me han dicho que los chinos son seres detestables, y que se debería expulsarlos de América; y hasta me han citado hechos horribles que se atribuyen á esa gente; pero á mí me parece que todo es una exageración. La causa del odio

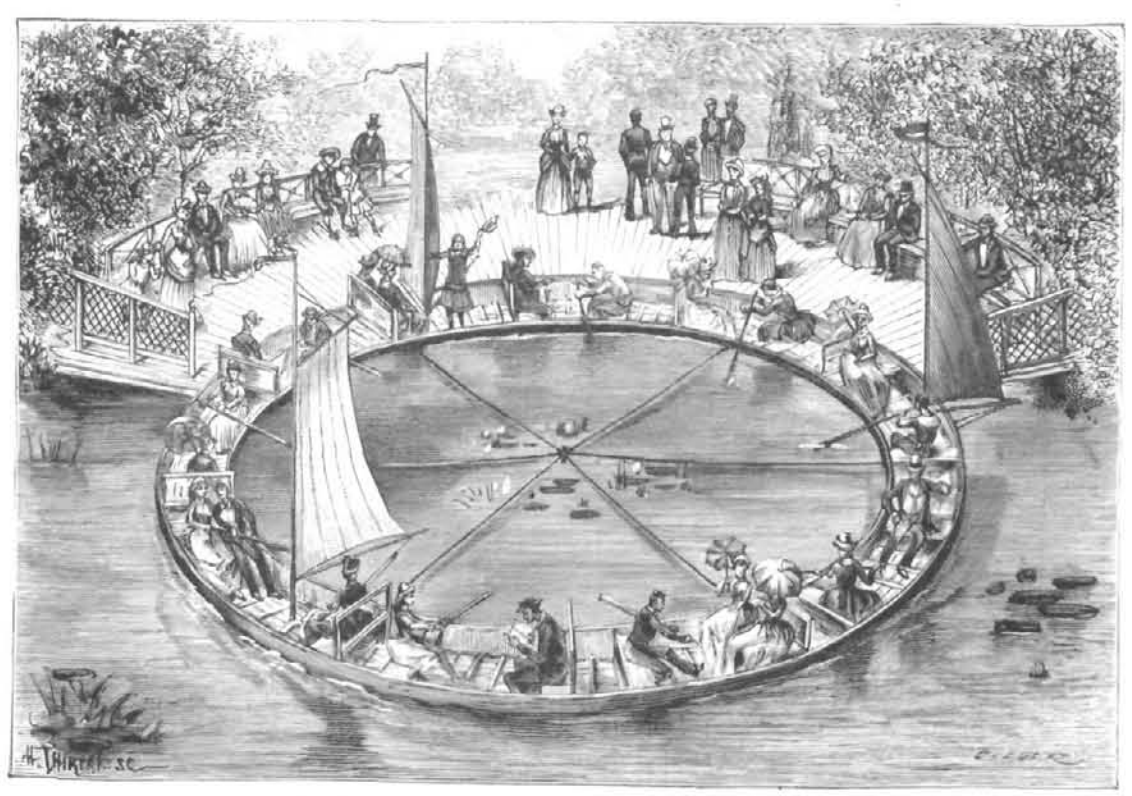


Fig. 2.—El barco rotatorio en los jardines de Woodwards, en San Francisco

contra ellos se explica por lo siguiente: los chinos trabajan casi por nada, y conservan lo poco que ganan; pero cuando han economizado una pequeña fortuna, vuelven á su país. Los americanos dicen que perjudican á sus compatriotas, trabajando á tan bajo precio, y que se llevan los duros á China sin dejar ninguna ganancia á los Estados Unidos. Sin embargo, por todas partes se ven las huellas del útil trabajo de los chinos, que siempre aceptan el más penoso, ejecutándolo pacientemente sin quejarse. Situado en el centro de la ciudad, el barrio chino tiene una calle principal muy alegre, bordeada de tiendecillas al estilo chino, de tal modo que aquello parece una feria perpetua. Los pirotécnicos, los relojeros, los fruteros, los comerciantes en telas, y otros, rivalizan en celo para tener sus tiendas limpias y brillantes, y siempre llaman la atención por sus colores charros y sus farolillos. A cada paso se ve una multitud de chinos, con sus túnicas de seda negra, el acostumbrado casquete que les cubre el cráneo, y su larga coletilla. Se puede entrar en los almacenes y en los cafés, donde los chinos fuman el opio, ó en las callejuelas donde habitan, sin que se moleste á nadie. En el gran teatro chino se representaba una función con mucho aplauso: la platea, que tiene cabida para 400 ó 500 personas, está adornada con sencillez, y hay una galería en el primer piso. Creo que entre los espectadores yo era el único europeo, y observé que todos los chinos parecían divertirse mucho. Yo no comprendía ni una palabra, pero distraíame mucho ver los brillantes trajes de los actores, la alegría de los concurrentes, todos del sexo masculino; y sobre todo oir la música. En el escenario no hay decoraciones; el principal adorno es la orquesta, colocada en el centro, orquesta que se compone de tamtams, cítaras, é instrumentos de madera muy sonoros; los músicos no se detienen apenas, y hacen un ruido atronador, acompañándole las voces de los actores que salmodian ó cantan muy alto. Los personajes de la pieza trabajan delante de los músicos, y pueden salir de la escena por una especie de biombos de tela colocados á derecha é izquierda.

Los trajes y sobre todo las caretas de los guerreros y de los dioses eran muy curiosos; las telas de seda, con placas doradas, de mica muy brillante, producían á la luz del gas gran efecto; de modo que el golpe de vista era encantador.

En la colonia China hay algunos sitios que conviene visitar con un agente de la policía; allí hay casas para dormir, donde muchos chinos pasan la noche en salas de techo muy bajo, sin ventilar. Yo no sé cómo pueden estar



Fig. 3.—Tienda de limpia-botas en San Francisco

allí tantas horas apiñados y dormir, pues siempre se percibe un olor repugnante y malsano. Hace poco tiempo que la autoridad ha mandado cerrar esos míseros asilos.

Las calles de San Francisco, en los barrios americanos, están llenas de magníficas tiendas, y por todas partes se ven cafés-cantantes y teatros, que ofrecen numerosas curiosidades. En todos los puntos de los Estados Unidos es raro encontrar un sirviente americano que se preste á limpiarle á uno el calzado, pues lo consideran como un acto deshonroso; y he aquí por qué solamente los negros se encargan de esta tarea, y tal vez algunos pobres italianos.

En todos los hoteles se encuentran siempre, por lo tanto, negros dispuestos á servir al que los necesita por tal concepto, y las calles están llenas de tiendecillas de limpiabotas, donde los concurrentes pueden sentarse en buenas butacas, y leer los diarios, mientras que el negro desempeña su cometido por una módica cantidad

Además de todos esos centros de recreo, en las extremidades de la ciudad hay preciosos jardines que sirven para los conciertos al aire libre ó los bailes públicos: los *jardines de Woodwards* son los más concurridos.

El director organiza fiestas nocturnas, con espectáculos de todo género: hay invernaderos llenos de magníficas flores, un aquarium, colecciones de animales disecados, focas y serpientes de cascabel vivas, una colección de fieras, una cámara negra que califican de mágica, restaurán, etc. En medio de este conjunto, hay también una diversión para los niños, que me ha parecido deliciosa: es el *barco rotatorio* (fig. 2). En un pequeño estanque adornado de plantas acuáticas se ha instalado una especie de barco circular con banquetas, en el cual caben unas cien personas; se baja fácilmente á este barco de nuevo género, pues hállase colocado casi al nivel de una especie de muelle, en el que se ha construído un bonito embarcadero, protegido por la sombra de los árboles.

Este barco singular tiene tres mástiles con velas, que recogen el viento á menudo, lo cual sirve de ayuda á la máquina, y además hay remos en los bordes interiores, para que los niños se ejerciten. El barco rotatorio está

sujeto por un eje central, oculto en las flores por seis alambres de hierro. Ya se comprenderá que no puede volcar, y además de esto el estanque es muy poco profundo.

Alrededor de San Francisco hay sitios muy propios para las excursiones: el más agradable de visitar es el hotel de Monterey con sus deliciosos jardines y su establecimiento de baños á orillas del Pacífico; el maravilloso valle la Yosemita, y los árboles gigantes de Calaveras y Mariposa, son dignos de visitarse; pero nada diré de esta excursión, porque se han dado ya numerosos detalles sobre esos sitios.

A. TISSANDIER

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)



Viaje á Filipinas.—Dato bagobo de viaje

La pequeña ciudad de Davao, conocida también con el nombre de Vergara, es cabeza de distrito de Nueva Guipúzcoa, la cual se extiende por la costa sud de la grande isla, desde la bahía de Sarangani, donde confina con la provincia de Cotta Bato, hasta la bahía de Mayo en el océano Pacífico: sus límites septentrionales son dudosos, pues el centro de la isla es aún más ó menos independiente. En el interior, en medio de las montañas volcánicas, llenas de espesos bosques, viven aún en estado salvaje los *Infieles* de razas diversas, que trataremos de ver; en las costas, particularmente en la desembocadura de las corrientes, están acampados los moros, cuyas depredaciones dieron lugar al establecimiento de los españoles en estos parajes. La especie de cordón litoral que los malayos forman es aquí mucho menos compacto que en otros puntos del gran archipiélago de Asia. En 1847, Oyanguren, oficial de rara energía, obtuvo del gobierno de Manila autorización para emprender por su cuenta y riesgo una campaña contra los moros de Davao (1). El último conquistador partió en un pequeño bergantín, detúvose en Caraga, pueblo bisaya de la costa del Pacífico, reclutó doscientos voluntarios, y presentóse delante de Davao, que era entonces, como hoy, capital de la región; apoderóse de ella muy pronto, é impuso su autoridad en todas las costas que limitan actualmente la provincia. Desde aquella época la dominación española no ha sufrido nunca una agresión formal; todo el rencor de los moros se resuelve en asesinatos y piraterías, reprimidos estos últimos años por el establecimiento de una estación naval en Davao, estación mandada por un teniente de navío, y compuesta de tres falúas con setenta y cinco marinos cada una; hay un pequeño arsenal, cuyos dependientes, gracias á la fina atención del señor Ramos, nos prestan los más útiles servicios. La provincia está gobernada por un coronel que tiene á sus órdenes una compañía de indígenas disciplinados, compuesta de unos doscientos hombres acuartelados en Davao. Estas fuerzas son suficientes para asegurar la tranquilidad de la costa. En cuanto á la conquista del interior, España tiene el mayor interés en alcanzarla con una política firme y paciente; y los acontecimientos de los últimos años demuestran el valor de este sistema; las expediciones militares en un país accidentado, desconocido, y con frecuencia desierto, exigirían esfuerzos que no estarían en proporción con resultados siempre mezquinos.

2 junio. – Hacemos una exploración en todos sentidos, y nuestras excursiones son casi siempre fructuosas. Los habitantes de esta región se hallan casi en el estado de barbarie, aunque se cuenta con grandes recursos para el comercio y la agricultura; la falta de puertos es el mayor obstáculo para el progreso. Las costas este y oeste del golfo de Davao se hallan expuestas al rigor de los monzones, y á la violencia de las corrientes; la desembocadura de todos los ríos, poco importantes, está obstruída por barras; sólo la bahía de Malalac, en la costa oeste, tiene un buen anclaje, según dicen.

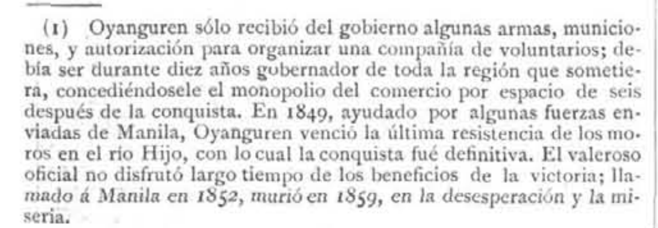
Las costas del golfo son en general peligrosas, y hay grandes bancos que impiden acercarse á ellas; en muchos puntos, donde las corrientes tienen menos violencia, y á profundidades que varían de cincuenta centímetros á doce metros, extiéndense considerables arrecifes de políperos. El trabajo de los zoófitos, los restos acarreados por las corrientes y los terremotos, poco intensos, pero casi diarios, modifican de continuo el relieve de la costa, donde predominan, en suma, los fenómenos de levantamiento. En épocas pasadas, cuando el volcán Apó era muy activo, estos fenómenos fueron sin duda mucho más intensos.

Una alta cordillera, que sigue generalmente la dirección de norte y sur, se corre paralela á la costa oeste, dominada por el volcán Apó, cerca de Davao, y en varios puntos presenta inmensas depresiones circulares, antiguos cráteres cubiertos hoy de espeso bosque. El Apó, en el golfo de Davao, y el Matutún, en la cuenca del Río Grande, constituyen el punto de reunión de las dos cordilleras volcánicas (prolongaciones de la japonesa) que pasan por los volcanes Taal y Magón en la isla de Luzón, y que después de haberse reunido aquí se corren hasta las Molucas.

Toda la región del golfo es esencialmente volcánica; su fértil suelo se compone, por lo regular, de los detritus de las rocas eruptivas; pero en muchos puntos, incluso las grandes alturas, las grutas y vestigios de políperos revelan la acción prolongada del mar; estos puntos son bien conocidos de los indígenas, los cuales saben por experiencia que los cafetales no prosperan en los terrenos sumergidos en otro tiempo.

La provincia de Davao es salubre, hasta en la costa, excepto en todos los puntos costeados de paletuvios, y en aquellos, muy raros por fortuna, en que la depresión del suelo ocasiona la formación de grandes pantanos, en los que se descomponen los restos de los bosques sumergidos. La diarrea, la disentería y la fiebre intermitente son las afecciones dominantes. Entre los indios bisayas y los indígenas hacen estragos, y también atacan á los europeos, con menos frecuencia, es verdad, pero mucho más gravemente, no siendo raro encontrar bisayas que durante muchos años han sufrido á intervalos accesos de fiebre.

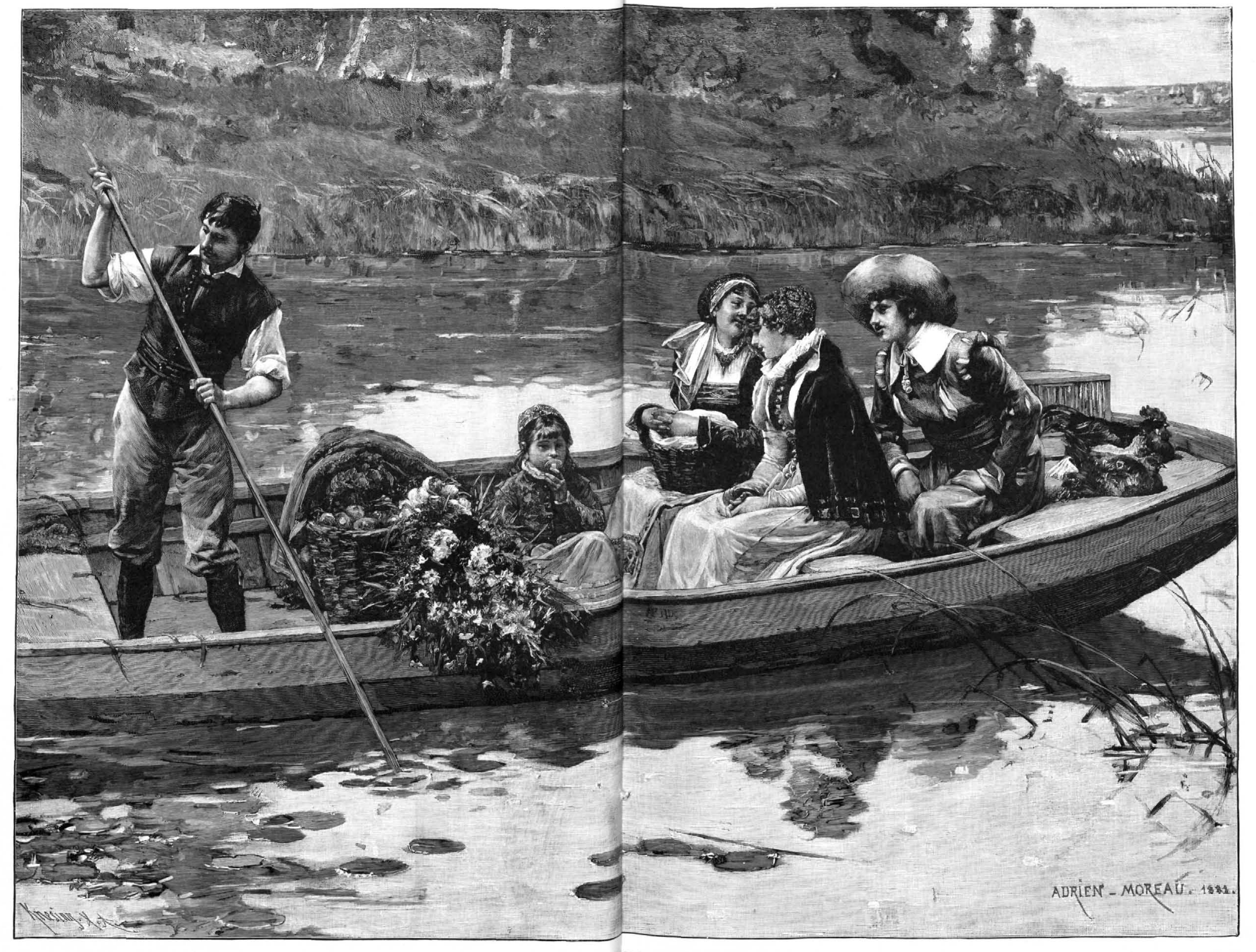
(Continuará)



(1) Oyanguren sólo recibió del gobierno algunas armas, municiones, y autorización para organizar una compañía de voluntarios; debía ser durante diez años gobernador de toda la región que sometiera, concediéndosele el monopolio del comercio por espacio de seis después de la conquista. En 1849, ayudado por algunas fuerzas enviadas de Manila, Oyanguren venció la última resistencia de los moros en el río Hijo, con lo cual la conquista fué definitiva. El valeroso oficial no disfrutó largo tiempo de los beneficios de la victoria; llamado á Manila en 1852, murió en 1859, en la desesperación y la miseria.

Viaje á Filipinas.—Río de Davao (Mindanao)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



CAMINO DEL MERCADO, cuadro de Adrien Moreau

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 24 DE MAYO DE 1886 — NUM. 230

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL MESTIZO, dibujo de José María Marqués

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL MESTIZO, dibujo de Marqués

El autor de este estudio es tenido por distinguido paisajista. Pero he aquí que se ha empeñado en probarnos lo general de su talento artístico, y por vía de muestra nos remite al estudio que hoy publicamos. Aun dejando aparte la verdad del tipo, en que la sangre africana reclama sus derechos, la obra de Marqués es recomendable por su ejecución franca y vigorosa, de que ya nos tenía dados algunos ejemplos en la última exposición Parés.

Torre de 300 metros de altura, proyectada para la celebración del centenario de 1889 en París

En el proyecto de la Exposición universal que se trata de celebrar en París en 1889 figura la construcción de la torre colosal de 300 metros de altura que representa nuestro grabado.

Esta torre gigantesca, que será toda de hierro, arrancará del suelo, formada por cuatro pilares que al acercarse unos á otros describirán una curva calculada de modo que oponga el máximum de resistencia al viento. Las cuatro aristas de esta pirámide irán aproximándose así hasta la cúspide ó vértice, en donde se instalarán un faro y una cúpula de cristales con una galería para los espectadores. Estos subirán en un ascensor hasta la plataforma superior, desde la cual podrán contemplar un panorama de 130 kilómetros de extensión: en cuanto al faro, se podrá divisar desde Dijon ó Mans. Además, en otra plataforma situada á setenta metros de altura, ó sea á diez más que la de las torres de Nuestra Señora, se establecerá un restaurant.

Pero esta torre metálica no servirá solamente para los curiosos; sino que desde su cúspide se podrán hacer observaciones meteorológicas y astronómicas en condiciones enteramente nuevas, así como experimentos de física, en especial sobre el movimiento de rotación de la tierra.

El peso de la torre no excederá de seis millones de kilogramos y su coste se calcula en tres millones de francos.

M. Eiffel, el ingeniero que la ha ideado, ha pedido para cubrir los gastos, el precio de entrada durante los diez primeros años, porque la torre debe subsistir aun después de la celebración del centenario de 1889.

Esta pirámide gigantesca, dos veces más alta que la de Egipto, adornará la entrada principal de la fachada del Campo de Marte.

LECTURA INTERESANTE, cuadro de Shade

Cuando una composición artística contiene una *x*, ó sea una incógnita, ha de allegar en sí misma los medios para resolver el problema. La incógnita, en nuestro caso, es la carta, y la solución está en el semblante de la joven lectora.

¿De qué trata la carta?... He aquí el problema, como dijo el gran Shakespeare.

Pues bien, cuando una joven de diez y ocho abriles busca la soledad para enterarse de un escrito, y reconcentra todo el ser en su lectura, y se abisma en ella, y se sonríe cándidamente á medida que los conceptos filtran en su alma, y se siente feliz y sospecha que el ambiente es más puro y que las flores huelen más delicadamente, ¿qué puede ser esa carta que no sea carta de amor?

Bello es el cuadro de Shade: el autor ha pintado una escena plácida y risueña, cual si quisiera darnos idea de la inocencia de la pasión declarada en el escrito y compartida por la hermosa criatura. ¡Oh! si el amor casto, el amor purísimo que engendra las esposas modelo y las madres sublimes, es susceptible de tomar forma de mujer, esa mujer debe parecerse á la hermosa lectora del cuadro de Shade.

VELÁZQUEZ RETRATANDO Á INOCENCIO X, cuadro de T. Moragas

Velázquez y Rubens fueron dos príncipes de la pintura que, cosa raramente vista, vivieron como unos príncipes y como tales príncipes fueron tratados por los verdaderos príncipes de su tiempo. Cuando nuestro gran pintor fué á Italia por vez primera, previo permiso de Felipe IV, que le colmaba de honores y riquezas, realizó el viaje como pudiera hacerlo un poderoso infante. En Venecia dióle hospedaje en su palacio el embajador de España, y en Roma el papa Urbano VIII le destinó suntuoso alojamiento en el Vaticano. No fué en esta ocasión, sino en su segunda visita á la ciudad Eterna, cuando Velázquez hizo el retrato del pontífice Inocencio X, obra que se conserva aún y que asombró á los artistas contemporáneos por su factura, tan valiente y original, que no pudo ser bien apreciada hasta que el lienzo fué colocado en el sitio que previamente se había indicado al artista.

Nuestro compatriota Moragas ha pintado á Velázquez en el momento de retratar á Inocencio X; y en honor de la verdad el gran maestro no tiene por qué estar quejoso del trato que le ha dado su compañero en el arte. Ese es Velázquez, el fastuoso caballero, el pintor de mirada penetrante y pulso firme, el retratista que mereció, como el Tiziano, la admiración y amistad de sus modelos coronados. Échase de ver en esta obra que Moragas ha querido imitar la manera del ilustre D. Diego, y por comprometido que sea el empeño, ha salido de él honrosamente.

¡ABANDONADA! cuadro de Matías Schmid

Matías Schmid, autor de este cuadro, es conceptuado, después de Defregger, el mejor pintor de escenas tirolesas. Natural de Zell, en el Tirol, á su patria ha dedicado todo su talento: la ha estudiado en sus montañas y en sus valles, en sus tipos y en sus costumbres; y aunque en Munich, la moderna Atenas, como es llamada la capital de Baviera por sus aficiones artísticas, hizo sus estudios y en Munich tiene establecido su taller, el fondo de su inspiración está en el país que le vió nacer y al cual se ha entregado en cuerpo y alma.

El cuadro que publicamos es una de las más bellas y sentidas obras que ha producido el grupo ó escuela especialista, cuyos miembros se denominan en Alemania: *Pintores de labradores tiroleses.*

LAS SEÑORITAS DEL TERCERO

Don Lucas Gómez, natural de Trujillo, capitán que fué de carabineros hasta 1860, en que pidió el retiro, ingresando en una dirección en Hacienda, en la que hace veintidos años sirve *día por día*, habiendo llegado á 24,000 reales de sueldo, vive en la calle de Tudescos número..., y tiene tres hijas: Elvirita, Lucecita y Amparo, conocidas en la vecindad por *Las Señoritas del tercero.*

La portera, que al mismo tiempo que desempeña estas funciones, es comerciante, puesto que vende cuellos y puntillas, gorros de niño, de esos que tienen aceritos y abalorios, piqué para festones y otros excesos, mujer entrada en años, y viuda de un ambulante panadero conocido en el barrio por *Libreta*, es la que á fuerza de hablar á todos los vecinos de *Las Señoritas del tercero*, ha logrado que se las conozca por este nombre. Ella ha sido la protectora de todos sus amores; ella ha entregado las cartas de varios estudiantes de Derecho, alféreces de todas las armas, telegrafistas en servicio, y hasta algún topógrafo que en cierta ocasión hubo de dirigirse á Lucecita; ella tose de un modo descompasado en la escalera cuando Amparito habla por el ventanillo con un joven de muy buena familia y auxiliar del Tribunal de Cuentas, para prevenir á la niña que D. Lucas sube; ella, en fin, ha llevado y traído á las niñas más cartas que el correo interior.

Ya se ve: la viuda de *Libreta*, que necesitaba para su manutención comerse dos veces diarias el apodo de su marido, como el comercio da poco, y el dueño de la casa escatima el aceite del farol, y sólo da un real diario por desempeñar la portería, tiene que ayudarse y se ayuda fomentando el origen de todo lo creado: el ramo del amor.

Don Lucas, que, como muchos de los que han sido militares, conserva un aire tan marcial como puede tenerlo un antiguo carabinero, lleva el bigote á la *borgoñona*, azul de puro teñido, levita negra, sombrero de copa en todo tiempo, y un bastón de muleta con un anteojito dentro del puño, con el que todavía mira á las mujeres con mejores ojos que á los contrabandistas cuando estaba en el resguardo; y, á pesar de estas circunstancias y de desear *dar salida* á sus hijas, se opone á todo lo que no sean relaciones serias, por lo cual las niñas tienen que vigilar su vigilancia y la de su mamá D.ª Felisa, verdadero Argos, aunque con un solo ojo, porque es tuerta, más ancha que alta, que cuando tose rompe las ballenas del corsé, que suda y se pone como un pavo en andando cien metros, y cuyo vértigo, cuya manía y cuyo *desideratum*, es tratar *personas decentes*, como ella dice: — A las personas decentes se nos conoce en seguida; yo no quiero que mis hijas entablen relaciones con ningún cursi.

Y como la mayor parte de los jóvenes que obsequian á *Las Señoritas del tercero*, ó llevan los tacones deshermanados, ó la levita vuelta, ó el sombrero demasiado reluciente á beneficio de plancharlo á domicilio con una toalla ligeramente humedecida, ó fuman picado, ó llevan guantes que apestan á tinte, y otros indicios que no acusan la persona decente, D.ª Felisa les hace la oposición desde el primer instante, sin recordar que cuando era Felisa y se casó con Lucas, teniente del resguardo en Figueras, porque Felisita es catalana, Lucas me gastaba unos cuellos y unos borceguíes, y tenía el dedo grueso por la yema tan retostado de apurar las colas, que seguramente no tenía grande aspecto exterior de persona decente.

¡Cosas de la vida! ¡Mudanzas del cosmos que da muchas vueltas! Lo que en su juventud le parecía ideal, le es antipático en la vejez, y de aquí que Elvirita, Lucecita y Amparo, se vean precisadas á utilizar los servicios de la señora de *Libreta* para dar pasto á la parte ideal de sus respectivos individuos.

Elvirita es la mayor: tiene veintiún años y ha paseado su inocencia hace diez años constantemente, el Dos de Mayo, el Corpus, el Viernes Santo, siempre que ha habido formación ó después que ha habido barricadas, por todas las calles de Madrid, llevando á su mamá al margen sudando y con la lengua fuera.

Porque, excepción hecha de las solemnidades militares, en invierno es muy difícil á una familia que tiene 24,000 reales y tres hijas, salir todos los días á paseo; mientras que con un vestido de *chaconá* de á dos reales vara, un velo de treinta, y un clavel doble en la cabeza, ya está una muchacha dispuesta á pasear el Prado, y si aumenta diez céntimos por barba, puede sentarse en el farol número tantos del salón, donde acuden Ramírez, López, González y el hijo del Contador, que espléndidamente las convidan á merengues para lo cual acude la aguadora María, ya conocida de la mayor parte de los *cursis* que están abonados *á diario*, y con quien suelen tener alguna cuenta.

De aquí que, como la mayor parte de los paseos son en verano, D.ª Felisa suda de un modo extraordinario paseando las niñas, principalmente á Elvira y Amparito, porque Lucecita, que es extraordinariamente romántica, suele quedarse en casa en las noches de verano, mirando á la luna y echando de menos los tiempos de los barbacanes, á cuyo pie solían ir á cantar las barbas rubias.

Doña Felisa, al salir de su casa con Elvira y con Amparo, las previene y las dice: — Si vienen Ramírez, López, González y el hijo del Contador á sentarse á nuestro lado, dejadme en medio, y no sentarse de ninguna manera con ellos *por el lado del ojo del defecto*. (D.ª Felisa no ha dicho en su vida que es tuerta.)

Elvira y Amparito, que, como ya he dicho á Vds., son las que más salen con mamá á paseo, son también las que más novios han tenido, relaciones efímeras que muchas veces han durado menos que las flores, y que sin embargo, han ocupado aquellos corazones que sienten la necesidad de amar, más que *la de establecerse* á que constantemente aspiran Lucas y Felisa.

Lucecita sale poco: tiene una pasión por un poeta que ni aun siquiera le conoce de vista, y es feliz pensando que algún día puede que le conozca, y que *le ame*. Tanto recogimiento y tanto amor romántico tienen á sus papás fritos, porque según asegura D. Lucas, que cuando estuvo en el resguardo aprendió algo de literatura, *los poetas se casan muy difícilmente.*

Las Señoritas del tercero, son hacendosas como pocas; es preciso hacerlas esta justicia.

Una amiguita, cuyo padre es redactor de un periódico, les prestó «El Salón de la Moda,» y ellas mismas se cosen los vestidos y se hacen sus patrones, cortándolos de «La Correspondencia,» lo que á Elvira y Amparo les ha proporcionado serios disgustos con Luz, cuando han cortado también el folletín que Lucecita colecciona, porque el héroe, que por más señas se llama Hermenegildo, es trovador y tiene barba rubia, y le recuerda su adorado poeta.

Además, Luz no tiene interés por *ir de moda:* ella, desde que vió *La Huérfana de Bruselas* (por cierto un domingo por la tarde y en galería), prefiere á todo las batas blancas largas, un fichú negro, formando corpiño, muchos tirabuzones y una dalia en el pecho. Como sale poco, apenas gasta calzado, única forma de su romanticismo que agrada á su padre.

Elvira y Amparo son esclavas de su ropa: ellas lavan en casa sus velos con una botella de cerveza (bien entendido que con el contenido, no con el continente) para que se limpien y se *apresten;* ellas, por la mañana en el balcón, con aquellos dedos sonrosados y aquellas afiladas uñas, restregan los bajos del vestido para quitarle el polvo, y después lo sacuden sobre la barandilla para que quede limpio; se dan tinta en las botas cuando *se rien*, y con miga de pan limpian los guantes.

Hacen en casa el *Cold-crean* y el agua de Colonia; se limpian los dientes con carbón machacado; tienen para las tres una sola pastilla de jabón (de La Rosario-Santander), y cuidan de mojarlo poco y dejarlo *bien sequito* para que no se gaste. Se componen las medias, se peinan las unas á las otras; Elvirita peina á su mamá, operación difícil, porque D.ª Felisa es calva y no quiere conocerlo; Amparo recose á su papá, y le quita las rodilleras de unos pantalones de *patencourt*, por el procedimiento de plancharlos poniendo encima una toalla húmeda, y hasta Luz plancha lo fino.

Lo basto, sábanas y manteles, *se estiran*, cogiendo Elvira de un lado y Amparo de otro, tirando cuanto pueden, y luego doblándolo cuidadosamente para dejarlo en una silla baja, sobre la que después se sienta D.ª Felisa, con el objeto de darle la última mano por virtud de una ley física: la de la pesantez.

Las señoritas del tercero comen muy sobriamente, tanto, que á pesar de su romanticismo, hay días que Luz desearía más garbanzos.

¿Qué hay, pues, de extraño, en que estas adorables *cursis*, como decía el malogrado Eulogio Florentino Sanz, tengan la aspiración de que el amor las haga, por medio del matrimonio con *una persona decente*, ricas y felices? Yo las defiendo franca y abiertamente; estas señoritas *cursis* porque son pobres, pero con instintos *subjetivos* de elegancia á que aspiran por el *matrimonio*, constituyen el nervio de las buenas madres de familia.

En Francia, todas ó la mayor parte de las que, como *Las Señoritas del tercero*, son *cursis*, porque su posición, relativamente más brillante que sus medios, no las permite vivir con desahogo, no aspiran al matrimonio *sino al bienestar*, que buscan por cualquier camino.

Para terminar:

Mis heroínas se han casado.

Elvira es capitana en Badajoz.

Amparo telegrafista en Morella.

Luz, miedo me da el decirlo, viendo que el poeta no se fijaba en ella, casó, ¿con quién dirán Vds? Pues con un topógrafo, y, como si esto fuera poco, tiene un chiquitín y lo cría ella misma.

¡Oh, si la viese la huérfana de Bruselas!

J. VALERO DE TORNOS

LOS CANDELEROS DE PLATA

POR DON PEDRO M.ª BARRERA

(Continuación)

Inútil es decir que el encargo fué cumplido al pie de la letra. Sintió el joven entonces irresistible comezón de contar á todo el mundo, y antes que á nadie á su novia, lo cerca que estaba de poder demostrar con un rol que la constancia y la economía hacen milagros; y la comezón subió de punto al referir á Socorro lo que pasaba, porque ella le pagó la noticia con la de que tenía ya comprado casi todo el menaje para una casa.

Como la señora Decorosa había renunciado hacía mucho tiempo á sus irracionales envestidas, y era, después de la huérfana, la persona á quien Cosme tenía más cariño, puede suponerse que no fué la última en oir de los labios del futuro patrón con barco propio que la fortuna

le soplaba viento en popa. Alegre como unas castañuelas puso la abuela el arrugado rostro al saber la fausta nueva, y expresó su deseo de que Dios derramara perdurables bendiciones sobre el nuevo bote y su propietario.

– ¿Y qué nombre va á llevar? – preguntó siempre risueña.

– Yo pienso que se llame Socorro.

– ¡Socorro!... Es un nombre muy bonito... muy bonito.

– ¡Ya lo creo! A mí no se me cae de la boca.

– Tú sabrás por qué.

– Hablaremos más despacio de esto, mi abuela.

– Hablaremos cuando tú quieras. – ¡Malo! añadió mentalmente la vieja. Ya prepara el terreno para darme cuenta de sus proyectos: señal de que las cosas van de prisa; pero no se casará... ¡no se casará!

Hubo al siguiente día horas de sol y horas de lluvia: por la tarde quedó el cielo raso como un pandero y se levantó viento sur, que es muy temido de los pescadores bayoneses. Al anochecer entró la señora Decorosa en la hojalatería de la plaza con la pretensión de que le estañaran un candil que necesitaba tener listo para la llegada de Cosme.

– Siéntese un rato, – dijo el hojalatero: – hay vendaval, y ese maldito viento de bolina impedirá que las lanchas regresen antes de media noche. Charlaremos mientras concluyo esta cafetera que está esperando el cabo de mar desde el invierno pasado.

Tocaban á la sazón una campana del convento.

– Tarde me parece para las oraciones y temprano para las ánimas, – exclamó la vieja.

– Es que las monjas llaman á rezar el rosario.

– Pues entonces en vez de charlar aquí me voy allá á pedir á Dios que no le pase nada al mi nieto.

– Pues á la vuelta tendrá el candil mejor que nuevo.

En la iglesia del convento ardían dos velas en el altar mayor: otra en el de la Virgen del Rosario, y una lámpara colocada delante de las altas celosías del coro: estaba, pues, el templo, casi á oscuras. La señora Decorosa se arrodilló junto á un grupo de contemporáneas suyas, á los pies de la iglesia, debajo de las celosías. Momentos antes de terminar el rezo, dijo al oído de una vecina.

– ¿Ha visto, señora Agueda?

– ¿Qué he de haber visto?

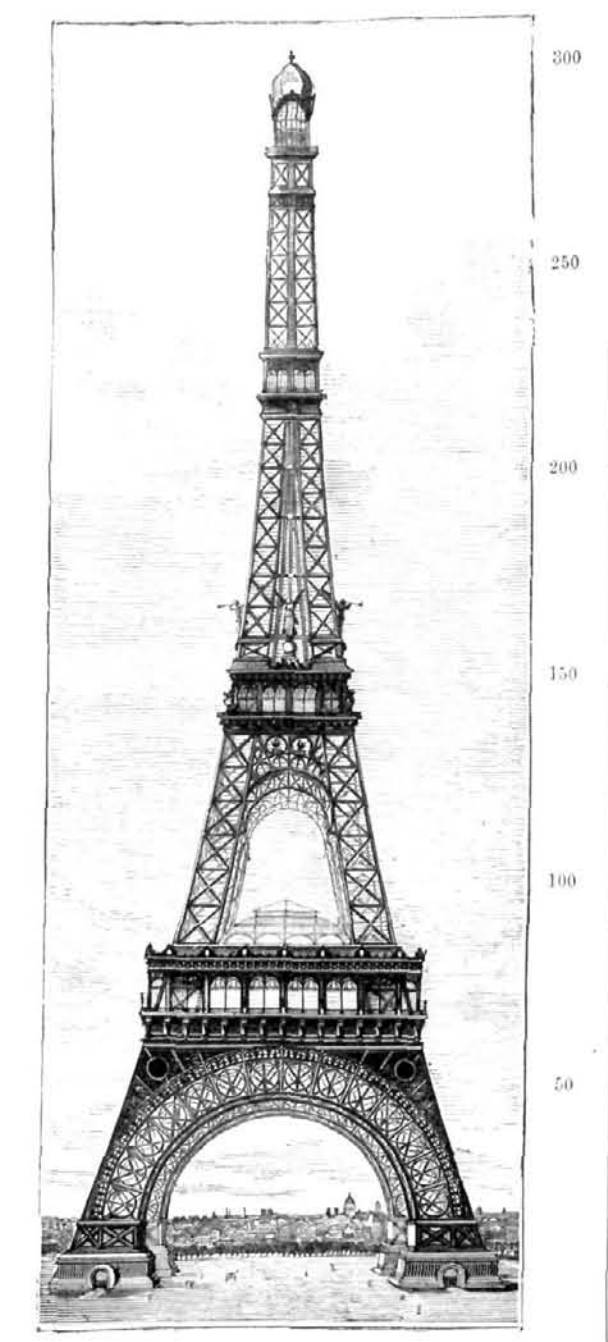
– Juraría que la mujer que está cerca del altar de santa Rosa, ha cogido un candelero.

– ¿Está segura, señora Decorosa? La que siempre se pone allí es la huérfana de Patiño, de quien todo el mundo se hace lenguas.

– Entonces debo haberme equivocado, porque Socorro es una bendita.

Apagó el sacristán las velas del altar mayor: guardóse la de la Virgen del Rosario una devota que costeaba aquella luz todas las noches, y los fieles fueron saliendo á la calle poco menos que á tientas. La abuela de Cosme volvió á la hojalatería á recoger el candil y allí contó muy asombrada, y jurando que se resistía á creerlo, que la señora Agueda y otras habían visto á Socorro llevarse un candelero del altar de santa Rosa. En aquel momento la huérfana y su amo y protector hacían algunos preparativos con objeto de ponerse en camino después de cenar para ir á asistir al párroco de Mondariz, que, además de ser pariente cercano del antiguo pescador, había escrito á éste que estaba enfermo y que tenía hecho testamento nombrándole su heredero.

Con la rapidez del rayo circuló á la mañana siguiente en Bayona la noticia de que habían robado un candelero de plata en el convento, y por la tarde casi todo el pueblo achacaba el robo á la novia de Cosme. Ni siquiera faltó quien atribuyera el viaje de Socorro á Mondariz, que también se hizo público en pocas horas, al intento de desorientar la opinión y las pesquisas de la justicia. En las fuentes, en los lavaderos, en la pescadería, en el puerto, en el mar, en el campo, en los caminos, en la plaza, en las calles, en las casas, de puerta á puerta, de ventana á ventana, de carreta á carreta, de lancha á lancha, nadie hablaba de otra cosa que del sacrílego robo. Unos aseguraban que el juez había estado en el convento, donde, con el auxilio de la priora, adquirió importantes antecedentes para el más acertado desempeño de su deber; otros decían que se había dado orden de que la guardia civil detuviera á Socorro y la condujera á Bayona; otros citaban los nombres de todas las personas que habían sido llamadas á declarar. Pasaron algunos días sin que de las averiguaciones y trabajos del juzgado municipal trascendiera al público otra cosa que detalles aislados, desprovistos de importancia y contradictorios entre sí; y tanto por esto, que en vez de calmar irritaba la curiosidad general, como por haber sido remitida la sumaria al juzgado de primera instancia, haber resultado falsa la noticia de la detención de la presunta autora del robo, y asegurar algunos de los que habían prestado declaración que el juez quería á todo trance que las sospechas recayeran en cualquiera que no fuese la huérfana, comenzó la gente por decirse al oído que mediaban empeños para que el esclarecimiento del delito no adelantase un solo paso, y concluyó por ser moneda corriente que habían pasteleado el asunto porque se trataba de una mozuela de buen palmito con la cual alguien había visto al mismísimo juez una noche oscura entre unos castillos de tablones en el muelle. Aunque hasta los más sueltos de lengua y de intenciones más torcidas se daban un punto en la boca en presencia de Cosme, el desdichado fué uno de los primeros en saber lo que la respetable opinión pública iba achacando á la mujer que él adoraba con todo su corazón.



TORRE DE 300 METROS DE ALTURA,
proyectada para la celebración del centenario de 1889 en París

– ¿No sabes lo que cuentan? – le preguntó su abuela, apenas empezó á circular la especie de que Socorro no se asustaba por pecado mortal más ó menos.

– ¿Qué ha de saber de tierra el que acaba de llegar de la mar?

– ¡Oh, es una infamia!... en este pueblo ya no se puede vivir.

– ¡Vamos! habrá dicho pestes de mí alguno que me envidia porque voy á tener un bote.

– Si no fuera más que eso, con reirnos del envidioso estaba terminado el asunto; pero se trata de algo más infame: se trata de que están deshonrando á una infeliz que es casi una rapaza y que de seguro es inocente. ¡Pobreciña!... A nosotros nada nos va ni nos viene con que fuera de la nuestra casa se devoren los que mal se quieran; pero clama al cielo que persigan á una cuitada y que nos metan en semejante chapucería.

– Hable claro, mi abuela.

– Claro es lo que he dicho. Lo turbio es que hoy me haya obligado la justicia á declarar acerca del robo que han hecho á las monjas.

– ¿Qué robo es ese?

– Por supuesto que he dicho en redondo que yo no sé nada, ni he oído nada, ni he hablado nada con nadie de tal cosa.

– Pero, ¿qué robo es ese?

– El de un candelero de plata que quitaron hace dos noches del altar de Santa Rosa de Lima. Tú andabas por esos mares: el vendaval me tenía intranquila y fuí al convento á rezar el santo rosario para que Dios cuidase de la tu lancha.

– Mi abuela, acabe pronto.

– ¡Nunca hubiera ido! Así me hubieran dejado en paz, en vez de llamarme para que dijera si es verdad, como se asegura, que el candelero lo ha robado la huérfana de Patiño.

Las últimas palabras fueron un puñal que atravesó de parte á parte el corazón del pescador. El desgraciado dió un grito horrible; alzó abiertos los brazos, y cayó al suelo sin conocimiento. Aterrada la vieja salió de la casa pidiendo socorro. Momentos después, ayudada por algunos vecinos, colocaba sobre un jergón de hojas de maíz al pobre Cosme, mientras otro marinero corría en busca del médico, suponiendo con sano juicio que así lo exigían perentoriamente las circunstancias. Llegó el médico, llevando á todos con su presencia el consuelo de saber que se haría lo que se pudiera; y aunque después de enterarse de lo ocurrido, examinar al enfermo, sangrarlo, ponerle sinapismos y adoptar las demás disposiciones que creyó oportunas, permaneció silencioso, taciturno é inmóvil al lado de la cama hasta que logró ver contrarrestados los efectos de la congestión; al fin, desarrugando el ceño y colocando una mano sobre el hombro de la señora Decorosa, que parecía un palomino atontado, aseguró que no habiéndose producido derrame en el cerebro, no podía resultar parálisis, y que antes de una semana el pescador volvería á la gran lancha besuguera como si nada hubiera ocurrido.

La semana pasó, afirmando el médico que Cosme disfrutaba de nuevo de una salud envidiable; pero á la señora Decorosa no le llegaba la camisa al cuerpo temiendo que su nieto pudiera volverse tolo (1), porque desde el ataque cerebral apenas hablaba, tenía la manía de que nadie se acercase al jergón y ni para que se lo mulleran un poco consentía en levantarse.

– Mi abuela, ¿siguen diciendo que esa ha robado el candelero?... – preguntó una vez á la atribulada vieja, que se apresuró á contestar:

– Siguen, siguen; pero añaden que no la meterán en la cárcel.

– ¿Cómo no la han de meter siendo ladrona?

– No lo será: yo juraría que no lo es.

– Yo también lo juraría... y no tardará en jurarlo todo el mundo.

– Así debía suceder; pero...

– Pero ¿qué?

– Que Bayona está desconocida; que la gente se ha vuelto chismosa y embustera y sin entrañas, para regocijo del infierno. ¿Querrás creer que ahora se susurra que esa *pobriña* sigue en libertad porque entre ella y el juez ha habido sus dares y tomares, y él quiere pagar los favores de ella haciendo que en los papeles resulte que lo blanco es negro? Querrás creer...

Cosme interrumpió á la vieja fijando en ella una mirada indefinible y diciendo con amargura: – ¡Creo, creo, mi abuela! Hasta creo que hay madres peores que las fieras, muchísimo peores que las fieras. Pero vamos andando, – añadió cambiando de tono, – que, á Dios gracias, vivo y muy vivo está el que ha de hacer ver que Socorro Patiño tiene más virtud y más vergüenza que juntos los que se entretienen en quitarla la honra.

(Continuará)

(1) Tolo: loco.

CARTA DE AMÉRICA

El Parque de Yellowstone en el Wyoming. – Los manantiales cálidos de Mammoth. – Los geysers

Desde San Francisco al Parque de Yellowstone hay una distancia considerable, tanto que para recorrerla se necesitarían de cinco á seis días por camino de hierro, y esto sin detenerse. Después de atravesar una parte del territorio de California, cuya campiña, muy bien cultivada, es admirablemente fértil, se franquea el Oregón, pero como aun no está terminada la vía férrea, es preciso servirse de un coche para pasar por las inmediaciaciones de la gran montaña que llaman *Shasta Mount* (4,800 metros). Una vez franqueados los montes se vuelve á tomar el camino de hierro para dirigirse á Portland, y luego es preciso embarcarse en el vapor que presta el servicio en *Columbia river*, magnífico río en cuyas orillas se elevan numerosas rocas volcánicas y columnas basálticas; en el horizonte destácase la montaña *Hood*, cubierta de nieve y semejante á una pirámide inmensa. Cuando se desembarca se ha de tomar otra vez la vía férrea para costear fantásticos lagos, cruzar los interminables bosques del Idaho y de Montana, y seguir las orillas del río Clark. Recorrido todo esto, se comienza á divisar las praderas sin fin de la misma provincia, llenas de caballos y otros animales, y las orillas del Missouri.

El viajero se siente como trasportado á la vista de todos estos magníficos paisajes, y su admiración va en aumento; mas por fin se llega á la estación de *Livingston*: un cambio de tren para ir á Cinnabar; otra carrera en una especie de enorme carro tirado por seis caballos, y se llega, por último, al corazón de Yellowstone Park, á los manantiales cálidos de Mammoth *(Mammoth hat springs)*.

El Parque Yellowstone ocupa en la provincia del Wyoming una superficie de 3,575 millas cuadradas, comprendiendo la de su gran lago que es de trescientos treinta (5.752,175 metros cuadrados). Varias montañas coronadas de nieves eternas, que pertenecen á *Teton's range* (cordillera de los Titanes), tienen cimas que se elevan á 3,500 y 4,000 metros sobre el nivel del mar, y el Parque mismo se halla á 2,000 en sus partes más bajas. Las montañas y el suelo de Yellowstone son de origen volcánico; pero los siglos han pasado, y ahora vemos los extraordinarios vestigios de todos los cambios producidos por la naturaleza.

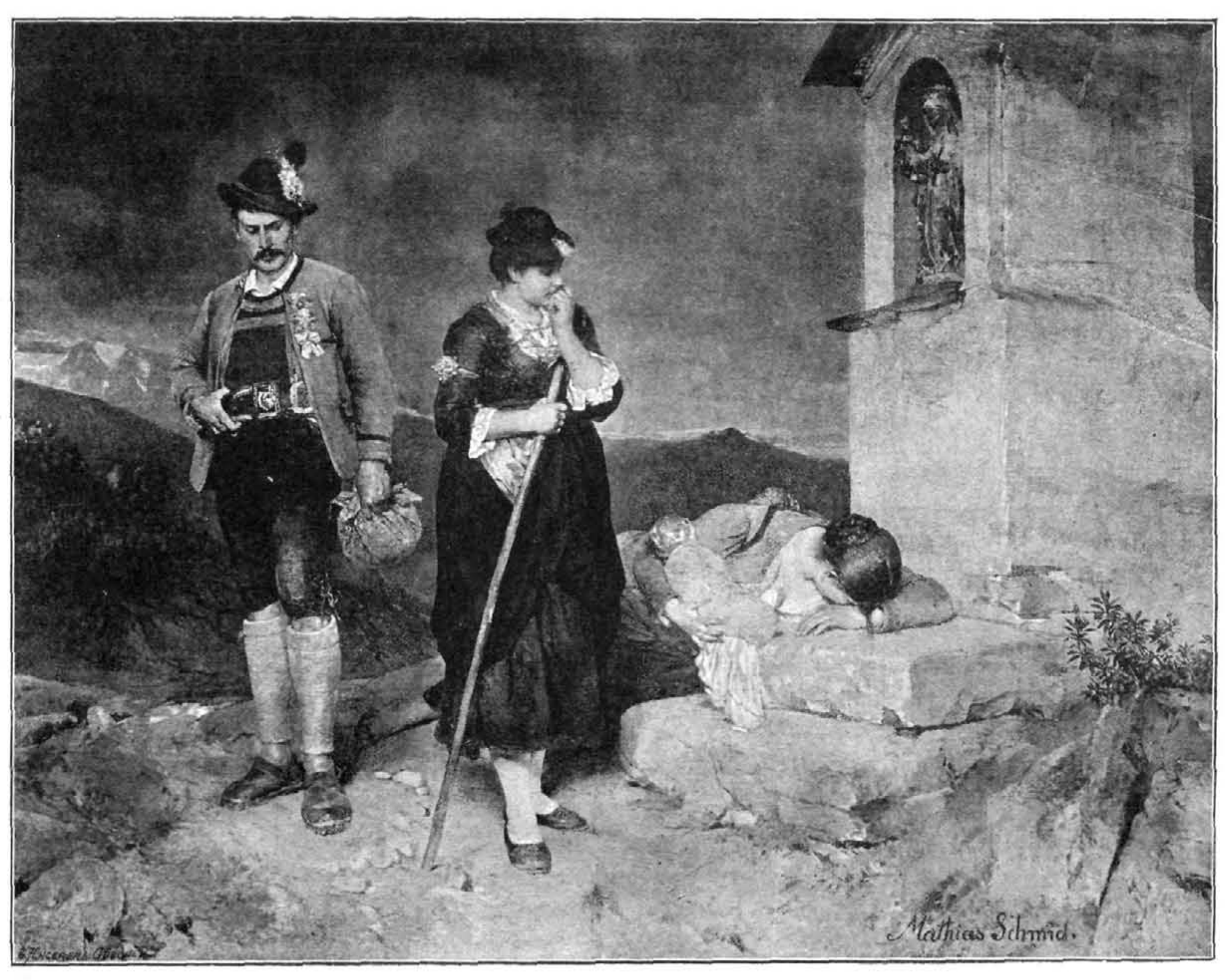
Hace cuatro años era bastante penoso un viaje á Yellowstone; pero hoy, aunque el trayecto es largo, no presenta dificultades. El hotel que se ha edificado, de vastas dimensiones, asemėjase á un gran monasterio, y hállase situado en uno de los sitios más curiosos del Parque. Nunca faltan guías, caballos, y los víveres necesarios para emprender excursiones más ó menos largas, y siempre agradables. Se ha de acampar en los bosques, dormir al aire libre como en la meseta de Kaibal (Arizona) pero nunca falta nada; encuéntrase agua en todas partes, y en los puntos de más importancia se pueden comprar víveres y



LECTURA INTERESANTE, cuadro de W. A. Shade



VELAZQUEZ RETRATANDO AL PAPA INOCENCIO X.



¡ABANDONADA!... cuadro de Matías Schmid

hasta obtener un alojamiento si se quiere. Dentro de dos ó tres años los americanos podrán visitar todos esos sitios tan cómodamente como los que hoy van al Mont Blanc ó á los Pirineos.

El Parque de Yellowstone, ó más bien ese inmenso territorio, tan extenso como una provincia de Francia, es una posesión del gobierno, que procura conservarlo como nosotros un monumento histórico. Para ello tiene allí nueve guardas con su jefe; y cuando es necesario ejecutar trabajos importantes, como abrir caminos, construir puentes, etc., utilízanse los servicios de los soldados, que acampan entonces en el sitio del Parque que se les designa. La caza está terminantemente prohibida; de modo que las aves, las liebres y conejos pueden vivir en paz; sólo se tolera la pesca, y así es que muchos aficionados, pescadores de caña, suelen coger allí un considerable número de truchas.

guramente no se verá en parte alguna un conjunto tan completo y extraordinario. Los paisajes del bosque que es preciso recorrer para ir de un punto á otro, los torrentes y las cascadas distan mucho, sin embargo, de igualar á lo que se ve en los Alpes y en los Pirineos.

Para ver todas las curiosidades conocidas ahora bastan doce ó catorce días de exploración: los desfiladeros ó cañones del río Yellowstone son las primeras bellezas que se deben visitar; se acampa cerca de las cascadas, en medio de los pinos, y se ven las aguas correr á través del estrecho conducto abierto por ellas: están como encajonadas entre muros de trescientos metros de altura.

Estos muros son notables, pues las rocas de que se componen, calcinadas por la acción volcánica, han tomado tintes extraordinarios: el amarillo de azufre, los colores ferruginosos, verdosos, violáceos, negros, ó de una blancura de nieve, se mezclan y confunden en toda la altura

Siguiendo las orillas del río se remonta hasta la misma fuente, es decir, el lago de Yellowstone, situado á 2,475 metros sobre el nivel del mar, con la cordillera de los Titanes y los bosques que cierran el horizonte.

En las orillas del lago y en el camino que se sigue para llegar al mismo, hállanse numerosos manantiales de aguas termales, solfatadas y volcanes de cieno. El primero que vi (fig. 1) está junto al río; en el fondo del cráter, que puede tener de diez á doce metros de diámetro, se ve un cieno espeso é hirviente, y en las paredes laterales, numerosas gotas del mismo, de color gris que al secarse toman las delicadas formas de ligeras estalactitas denticuladas; los vapores dejan caer alrededor, cuando se elevan, un polvo blanco muy fino, que cubre el suelo y los árboles inmediatos. La vegetación muere en las inmediaciones de los manantiales, pero más lejos recobra todo su vigor. En algunos sitios parece que el suelo está cubierto de



Fig. 1. – Volcán de lodo en el Parque Yellowstone (Estados Unidos)



Fig. 2. – Otro volcán de lodo en el mismo Parque



Fig. 3. – Interior de un antiguo manantial de agua hirviente en el Parque Yellowstone

Siempre se habla de las maravillas del Parque de Yellowstone, y no sin motivo, si se trata de los manantiales de aguas termales, del cañón de *Yellowstone river*, de las solfataras, de los geysers, de los volcanes de cieno, etc., pues creo que son cosas únicas en todo el mundo, y se-

del precipicio de la manera más curiosa, y tienen un brillo incomparable, sobre todo cuando se refleja en ellos la luz del sol. Las aguas de color de esmeralda de Yellowstone se precipitan en el fondo de esos extraños abismos, y el espeso y sombrío pinar corona todas las rocas.

nieve, á causa de la brillantez del depósito silíceo. Junto al lago, cuyas aguas son frías como el hielo, se ven los manantiales hirvientes, cuyos tintes de esmeralda ó de azur son admirables. Una trucha pescada en el lago se puede cocer al momento en el manantial, con gran satis-

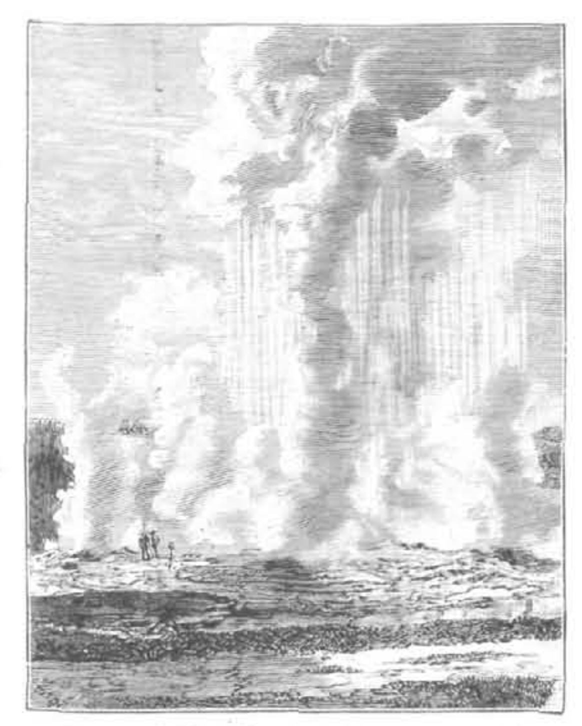


Fig. 4. – El Géyser llamado el *Gigante*, en erupción

facción del viajero. Las aguas termales van á verterse en el lago, dejando en la tierra vestigios de hierro y de azufre, y tintes diversos que indican las diferentes capas de los terrenos con que se han puesto en contacto en las profundidades.

Es preciso recorrer un espacio considerable por los bosques para ir desde el lago á la cuenca superior de los geysers; las etapas, bastante largas, parecen de vez en cuando monótonas, pues hay regiones enteras de bosque quemadas ó muertas; y también se ven pinares muy espesos, que parecen todos de la misma edad. En el bosque escasean los grandes árboles seculares; y al cabo de algunas horas de marcha bajo un follaje cada vez más sombrío, no se deja de experimentar cierta melancolía, por más que todo sea muy pintoresco. Las subidas y bajadas se multiplican á través de los árboles; pero al fin mi guía me señala unas columnas de vapor que se elevan majestuosamente por los aires; allí está la región de los geysers.

Apenas llegados á la inmediación del *Upper Geyser Basin* (géyser de la cuenca superior) percibimos un fragor subterráneo, y casi al punto, una enorme columna de agua hirviente se lanza á cincuenta metros de altura y vuelve á caer resuelta en menudas gotas; los vapores formados suben como una espesa columna á más de doscientos metros de altura cuando el tiempo está sereno, ofreciendo un espectáculo solemne, casi imponente, que difícilmente se olvida.

Permanecemos dos días en este vasto territorio de los grandes geysers, juntamente con algunos viajeros que acampan, como nosotros, debajo de los pinos, ó á orillas del *Fire hole river* (río del agujero de fuego): sus aguas rápidas se calientan al pasar por las tierras de los geysers; de modo que los peces no podrían vivir en ellas, sobre todo porque, impregnadas de las materias de los depósitos sulfurosos y volcánicos de toda especie que los manantiales les envían, serían un veneno para esos animales. Nos bañamos con el mayor placer, á pesar de todo, y después vamos á buscar entre los pinos los manantiales de agua fresca.

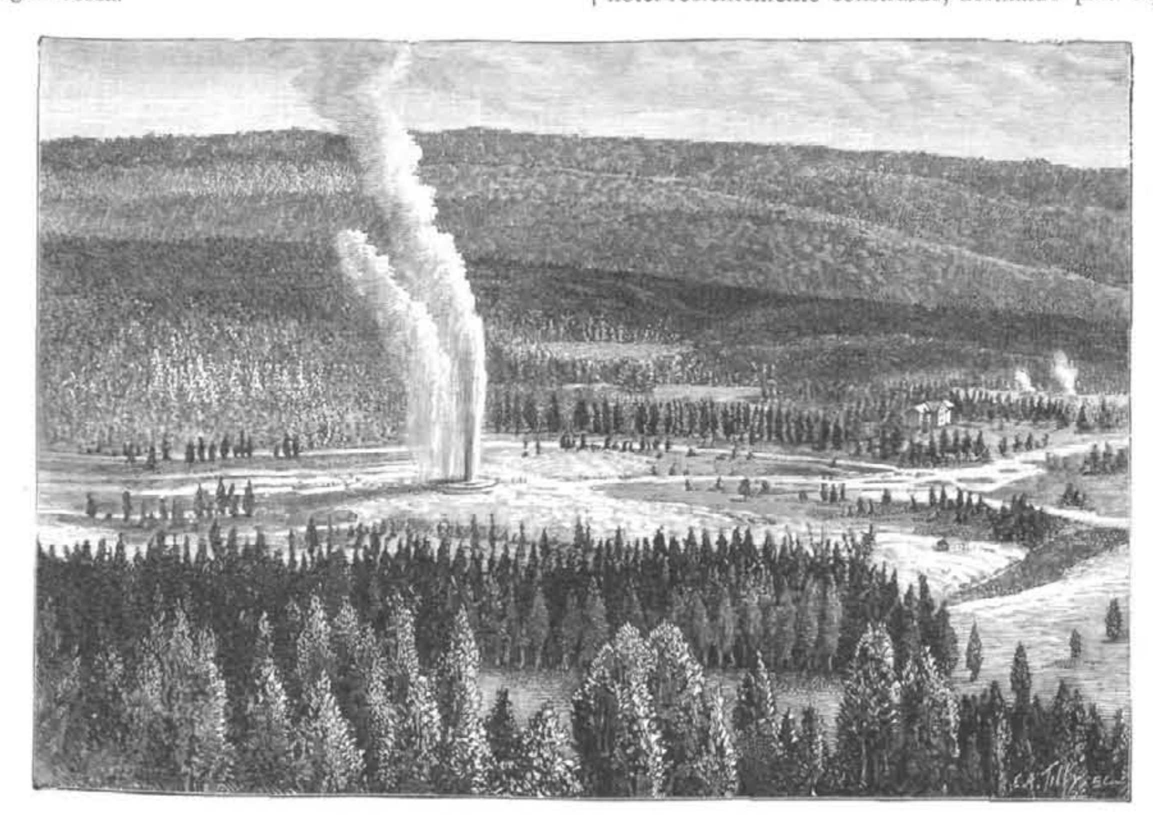


Fig. 5. – El Géyser *Viejo Fiel* en el Parque Yellowstone

La cuenca superior de los geysers es la más importante; en un día es casi seguro ver algunos de esos chorros de aguas naturales, pero la hora de su salida es variable, y no se puede indicar de antemano. El géyser que llaman *Viejo Fiel* es exacto, y á cada sesenta y tres minutos se le verá funcionar; mientras que el *géyser grande*, que está inmediato, sólo arroja su contenido cada veinticuatro horas. Hemos esperado casi dos horas con algunas señoras y otros viajeros el momento de la erupción, sentados todos en la blanca alfombra que cubre el suelo, sufriendo los rayos del sol, pues los pocos pinos achaparrados que aquí hay apenas prestan sombra. Cuando las damas comenzaban á impacientarse, golpeando el suelo con sus sombrillas, las aguas salieron de pronto, elevándose á unos sesenta metros de altura durante diez minutos.

Todos manifiestan su entusiasmo con gritos de alegría; pero á los pocos instantes llama nuestra atención otro géyser, el *Espléndido;* montamos á caballo, porque es preciso atravesar el *Fire hole*, y gracias á esto podemos contemplar durante algunos minutos otro espectáculo imponente. La altura á que se elevan las aguas en ebullición iguala casi á la de las torres de Nuestra Señora de París; los vapores inmensos, teñidos por varios arcos iris á la hora de ponerse el sol, tienen un aspecto maravilloso, y los vemos subir hasta las nubes; pero al cabo de diez ó quince minutos todo vuelve á su tranquilidad normal; las aguas lanzadas se han diseminado en forma de arroyos; el cráter del géyser está vacío; percíbense sólo algunos murmullos subterráneos, y después reina el silencio más profundo.

El día se pasa así, corriendo de un géyser á otro; pero el *Viejo Fiel* es el más favorecido, le vemos á la luz de la luna y al salir el sol, porque en estos parajes los viajeros se olvidan de dormir. El croquis de la fig. 5 representa al *Viejo Fiel* en uno de sus mejores momentos; mas por desgracia no puedo dar una idea de la grandiosidad de los pinares que rodean este géyser y de las mesetas que le sirven de base. En el dibujo se verá también un rincón del *Fire hole river*, y en medio de los árboles un hotel recientemente construído, destinado para aquellos que no quieren acampar en el bosque al aire libre.

A la mañana siguiente nos es dado disfrutar de otro espectáculo bastante raro: el más hermoso géyser, el *Gigante*, ha comenzado su erupción delante de nosotros, siendo de advertir que ésta suele producirse sólo cada cuatro ó seis días. Si la altura de sus aguas hirvientes no es mayor que la del *Espléndido*, el espectáculo que ofrece es mucho más hermoso, porque dura más de hora y media, y á veces tres: la fig. 4 representa una de las fases de esta maravilla. Los vapores se elevan á más de trescientos metros, oscureciendo á veces el sol; y su admirable cráter, esculpido por los depósitos silíceos, desaparece en la masa enorme de las aguas precipitadas. Es fácil acercarse si se sigue la dirección del viento, evitándose de este modo una lluvia de gotas hirvientes que forman en el suelo un torrente de agua y de vapor.

Volvemos al hotel después de pasar por la cuenca inferior de los geysers y los *Gilbon* ó Geysers Norris: no son tan importantes como los otros, pero en cambio abundan las solfataras, que mezcladas con los manantiales forman una especie de valle y de lagos azulados y colinas humeantes de fantástico aspecto. Después pasamos á la región de los *painted pots*, ó manantiales cuyas orillas presentan diversos colores; aquí hay algunos volcanes de cieno muy notables; uno de ellos (fig. 2), de color gris perla, lanza á cada instante gruesas gotas de cieno á tres ó cuatro metros de altura. Muy cerca, otro volcán forma montones silíceos de un color blanco brillante, en figura de campanillas, que se funden en toda la anchura del cráter, constituyendo una especie de espesa crema. El hotel se halla en el centro de los inmensos manantiales, que muy abundantes, han formado hace siglos depósitos de sílice y de caliza, depósitos que acumulándose capa por capa, produjeron colinas. El agua en

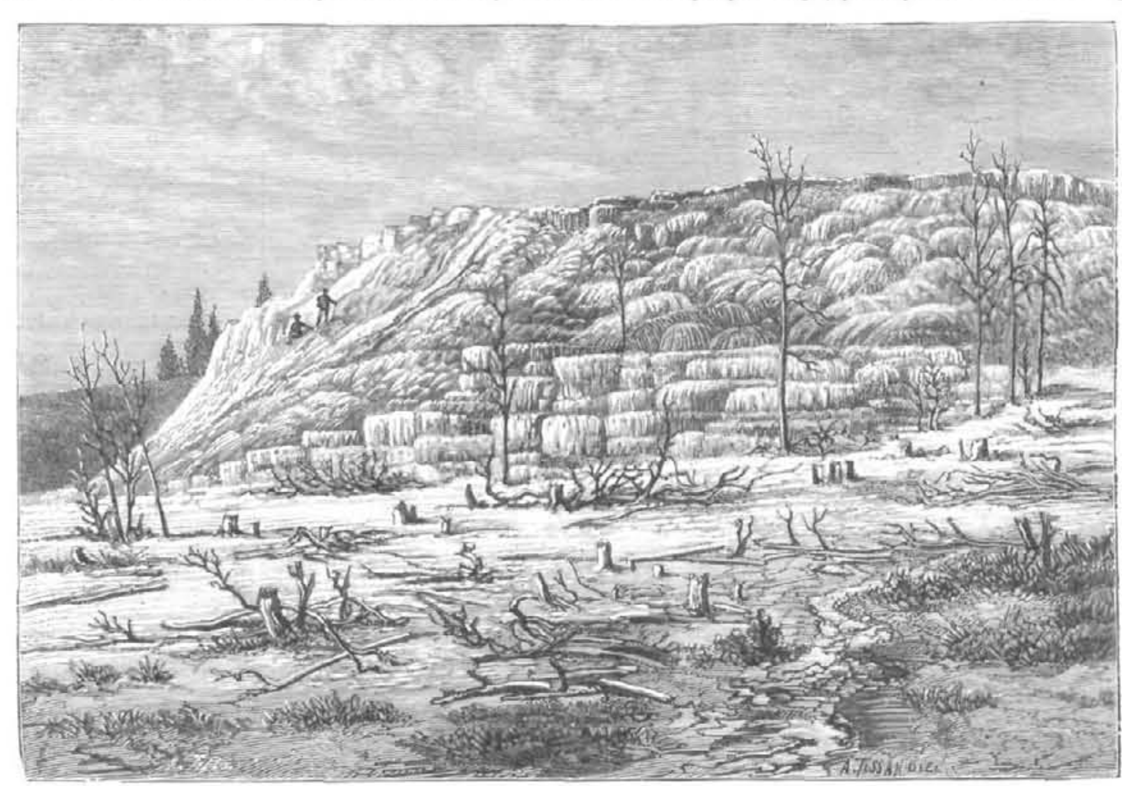


Fig. 6. – Cascada petrificada en el Parque Yellowstone

ebullición, escapándose siempre de las entrañas de la tierra, corre á lo largo de las paredes de esos montecillos artificiales, y vuelve á caer en forma de cascadas, de las cuales resultan después arroyos. Gracias á esto se pueden admirar las formas variadas y los colores maravillosos de las estalactitas, que presentan las más caprichosas figuras y adornos. El *Terrado del Púlpito* (fig. 6) es un ejemplo notable del aspecto de esos manantiales; mas por desgracia son cambiantes; de modo que este sitio, el más hermoso de todos, no será dentro de poco más que una ruina. Los depósitos de sílice se endurecen y conservan sin dificultad cuando están alimentados por las ligeras cascadas de agua hirviente; pero si el manantial no los baña se hacen friables y quedan destruídos por la acción de las lluvias y de la nieve. El *Terrado del Púlpito* se halla en este caso; el manantial muere, y las admirables formaciones esculpidas por el depósito contínuo de las aguas se reducen á polvo gradualmente.

Muy cerca del hotel se puede bajar al interior de uno de estos manantiales, agotado hace largo tiempo: la entrada es angosta al principio, pues sólo tiene unos dos metros de diámetro; y con ayuda de dos escaleras se llega á la profundidad de unas veinte varas, sobre un orificio, donde se puede penetrar aún, si el viajero se quiere atar con una cuerda. A los cincuenta metros de profundidad es preciso detenerse en esos negros abismos, porque los vapores sulfurosos sofocan. Mi guía es quien me da estos detalles, porque yo no he bajado: el interior de ese manantial es curioso (fig. 3), pues se ven distintamente las capas de caliza que se han sobrepuesto en el trascurso de los años; la humedad y el musgo que las cubren van destruyendo poco á poco su forma.

No deja de ser extraño que á pesar de la reputación universal de Yellowstone Park vayan tan pocos viajeros á visitarle; sólo unas dos mil personas ven todas estas maravillas cuando llega la estación. En cambio los Pirineos y los Alpes franceses son visitados por treinta mil personas todos los años, lo cual se explica por ser mucho más cómodos los medios de trasporte y más fácil el viaje.

ALBERTO TISSANDIER



Viaje á Filipinas.—Atas del volcán Apó (sud-este de Mindanao)

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Su carácter, por fortuna, es paciente; su temperamento linfático, resultado de una higiene deplorable, está muy desarrollado entre ellos, é indícase por flemones y úlceras, los cuales se producen bajo la influencia de las causas más ligeras, y sólo se curan lentamente.

En resumen, la constitución médica está dominada sobre todo por las influencias telúricas. Los europeos no pueden atribuir al medio meteorológico sino una afección, la anemia, y cuando ésta no es provocada por otra enfermedad, no sobreviene hasta después de una prolongada permanencia.

Estas observaciones sólo conciernen á los hombres adultos; lo mismo aquí que en otras partes, las mujeres y los niños de raza blanca soportan mal la influencia depresiva del centro tropical; los mismos hombres no se benefician de la benignidad relativa del clima si no pueden observar exactamente las reglas de una severa higiene, poco compatibles con los trabajos de nuestra misión. El doctor Rey sufre las consecuencias casi inevitables de nuestro régimen; hasta aquí sólo había experimentado algunas indisposiciones sin gravedad; pero hoy, su quebrantada salud no le permite proseguir sus trabajos, y le es necesario volver prontamente á Europa. Me separo con profundo sentimiento de mi excelente compañero, con quien viajo hace más de un año, sin que jamás se haya producido entre nosotros la más ligera diferencia, hecho bastante notable, debido á la amenidad de su carácter. Acompaño al señor Rey á bordo del *Pasig* donde nos estrechamos cordialmente la mano. ¡Ojalá que el mar sea favorable al amigo fiel y al hombre generoso que en Sandakán y en Joló me prodigó sus cuidados (1)!

En el mismo buque va el comandante D. Faustino Villabrille, gobernador de Davao, que acaba de resignar el mando en el comandante Rajal. Desde que estamos aquí, el gobernador nuevo y el antiguo se han mostrado muy benévolos con nosotros, valiéndose á cada instante de todos los recursos de su autoridad para facilitar nuestras investigaciones.

2 junio al 5 octubre.—Extiendo cada vez más el radio de mis excursiones alrededor de Davao, donde dejo mis bagajes. Las correrías por el sud del río van siempre precedidas de un preámbulo desagradable, pues las lluvias, impelidas por los vientos del sudoeste han aumentado mucho el caudal de aguas. Este río, ancho y profundo, es rápido en el punto en que la inclinación de las orillas permite poner el pié. Un enorme crocodilo ha establecido aquí su residencia, é inútilmente se le acecha; ya ha recibido varios balazos, sin que al parecer le hayan hecho mella; casi siempre anuncia su presencia apoderándose de alguna cabeza de ganado, y particularmente de los caballos que cruzan nadando, remolcados por las embarcaciones. Después de franquear este difícil paso, hállanse praderas y bosques, y paisajes magníficos; uno de ellos, en la desembocadura del río Matina, recuerda la decoración del cuarto acto de la *Africana*.

En las orillas mismas del río de Davao algunos infieles han construído sus casetas, y mantenidos en respeto por la inmediación de las bayonetas españolas, han modificado un poco sus costumbres violentas; pero en el fondo son siempre las de los salvajes del interior. A cada instante encuentro en estas casetas esclavos sin familia, que sólo necesitarían dar algunos pasos para conquistar su libertad, y que perseveran en la servidumbre, ya porque su extremada ignorancia les impide creer en la eficacia de la protección de la bandera española, ó bien porque son apáticos y temen un cambio cualquiera. Algunos colonos, indios bisayas, se han establecido entre estos indígenas; y es muy triste que hayan tomado sus costumbres; así como ellos, tienen esclavos, y al parecer les sorprenden mucho mis observaciones sobre este punto. «Pero señor, me dice uno de ellos, todos mis vecinos tienen esclavos; si yo no los tuviera ya no se me respetaría, y bien pronto lo sería yo mismo, quedando expuesto á que un día ú otro me vendieran á cambio de *platos* (2). Por otra parte, no podría cultivar mi plantación sin esclavos. Si concediera la libertad á esos hombres, probablemente rehusarían abandonarme, aunque negándose á trabajar; esto no les retraería de pedirme de comer lo mismo que antes, y no temiendo ya un bejuco, me hallaría á merced suya.»

Cuando se ha pasado algún tiempo en el grande Archipiélago de Asia, semejantes razonamientos no sorprenden ya.

Los Infieles de esta región, particularmente los Bagobos, se dedican á la cría caballar, con muy buenos resultados; todo el mundo monta en estas montañas, hombres, mujeres y niños; los caballos son aquí objeto de la misma solicitud que en Argel; mas á pesar de su reputación de centauros, los jinetes salvajes no son maestros en la equitación; no se sostienen por la presión de las rodillas, imposible á causa de la saliente lateral del arzón, sino por el equilibrio; la ruptura de la cincha y la inestabilidad del jinete ocasionan frecuentes caídas, y á menudo tuve ocasión de curar en el fondo de los bosques á infelices completamente magullados. El armamento de los salvajes complica tales accidentes de una manera grave, pues cuando montan llevan siempre la lanza en la mano, como los naturales de Joló. Ultimamente he cazado el ciervo y el jabalí con dos jefes vecinos de Davao. Nos hallábamos en el límite de una inmensa pradera circuída de una valla de bosques; y en derredor nuestro, una legión de esclavos ahuyentaba con sus gritos la caza hacia nosotros. Muy pronto saltó un ciervo, y al punto nos precipitamos á galope en su seguimiento, en medio de la compacta yerba. Los caballos del país tienen un olfato maravilloso, perfeccionado por la costumbre; con sus pezuñas reconocen bien la menor resistencia del terreno, que indica la inmediación del fango, y franquean el mal paso de un salto instintivo. Esta vez, uno de los caballos mide mal la distancia y cae; lanzado hacia adelante, el jinete describe la parabola obligada y clávase en su lanza, que por desgracia se ha hundido en el suelo, quedando la punta descubierta. Aunque la herida es penetrante, curada en el acto no es mortal; pero el infeliz no podrá en lo sucesivo respirar bien, lo cual le impedirá dedicarse á la caza.

Las tribus que ocupan los alrededores de Davao son muy diversas, y no se deben confundir.

Los Bisayas designan con el nombre de *Atas* á los Negritos que sólo he visto aun como esclavos, y también otras tribus que se hallan al noroeste del Apó. Estos últimos pertenecen á un tipo superior, y su civilización es bastante adelantada; son los únicos que no temen medirse con los moros, á los cuales profesan un odio hereditario: su audacia les hace triunfar á menudo.

Los *Tagabawas*, mezcla de *Bagobos* y de *Guiangas*, tienen las mismas costumbres; pero una de sus tribus, por lo menos, parece ser de un carácter más alegre y sociable. Los Tagabawas suelen vestir muy á la ligera, pero los días de fiesta, estos indígenas se sobrecargan de adornos; las hijas de los jefes, particularmente, parecen agobiadas bajo el peso de los collares. El grabado siguiente representa tres jóvenes princesas en traje de baile. A pesar del calor de un día tempestuoso, y del peso de sus adornos, he visto á estas princesas bailar horas enteras con una animación muy semejante á la del clásico can-can.



Viaje á Filipinas.—Hijas de un jefe tagabawa en traje de baile

Los Guiangas y los Bagobos, diseminados en la vertiente oriental del Apó, son notables por su aire afeminado; pero distínguense por lo ágiles, por su destreza y su robustez; su talla es de 1631 milímetros, por término medio, llegando á medir á veces 1715.

(Continuará)

(1) Mis deseos no dejaron de cumplirse en parte; el *Panay*, que conducía al señor Rey, sufrió en el mar de China un furioso huracán que rompió su hélice, y con mucho trabajo pudo navegar á vela hasta el puerto de Labuán, donde el gobernador, M. Treacher, nuestro compañero de viaje á bordo del *Realista*, le acogió favorablemente.

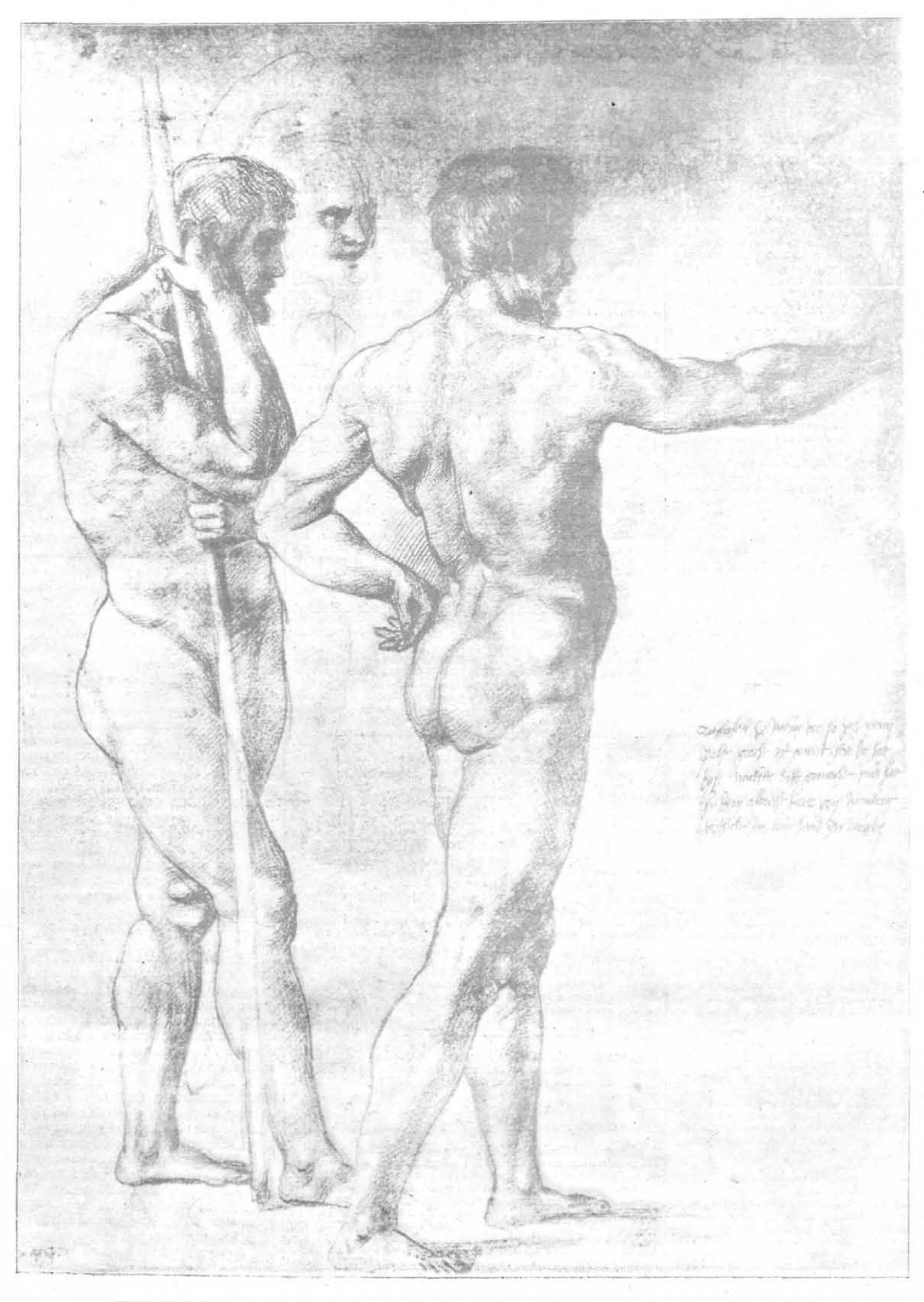
(2) Platos chinos de porcelana muy ordinarios, importados en gran número á las Filipinas; es uno de los principales artículos de cambio en el país.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V —BARCELONA 31 DE MAYO DE 1886— NUM. 231

NUMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTUDIO DE RAFAEL SANZIO, copiado del original, hecho con lápiz rojo, que se halla en el museo Albertina de Viena

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ESTUDIOS DE RAFAEL

El facsímile de un boceto es quizás uno de los medios más conducentes para estudiar á un artista: el boceto es producto espontáneo del genio, antes de que éste tenga que doblegarse á las exigencias de una composición obligada. El de mayor tamaño que publicamos, cuyo original se encuentra en el museo Albertino de Viena, debió ser tenido en mucho por su inmortal autor, cuando hizo presente de él á su amigo el célebre Alberto Durero, que tan competente voto era en la materia. El presente fué remitido en 1515 y consta del autógrafo que es de ver en el mismo facsímile. Por lo demás, tratándose de una obra de Rafael, nos parece ociosa toda alabanza.

MEMORIALISTA EN SEVILLA, cuadro de J. Jiménez Aranda

El memorialista es un tipo que se va, como tantos otros: en lugar del anciano que en otro tiempo interpretaba el pensamiento y redactaba las instancias de viudas y cesantes, ó ponía en comunicación semi-gramatical á las fámulas de la ciudad con sus rústicos progenitores; en lugar de aquel varón pacientísimo que, á guisa de los centauros, era mitad hombre y mitad silla, que por su aspecto podía ser confundido con el sacristán de las Descalzas y por sus estrecheces ser tomado por maestro de escuela; existe un chulo con más intención que un toro, secretario de amores no siempre platónicos, confeccionador de cuentas á gusto de cocineras y acomodador de doncellas dudosas que buscan con preferencia *señores solos* á quienes prestar toda suerte de servicios.

El personaje de Jiménez Aranda tiene todo el sabor de aquel tipo, no há mucho popular, y dentro de poco arqueológico.

EXPEDICIÓN MILITAR, cuadro de Isaac Israels

Este lienzo obtuvo el premio de la medalla de oro en la exposición de 1884 en Bruselas. Representa el embarque en Rotterdam de las tropas destinadas á las colonias holandesas de la India, de cuyo asunto, en sí poco artístico, ha sacado el autor el mayor partido posible. Para ello no ha tenido necesidad de apelar á medios rebuscados y poco naturales; antes bien hay en él una sola nota dominante, y esta nota es el militarismo. Apenas si en el centro del cuadro el artista ha llamado la atención hacia una buena mujer que se despide de su hijo.

Pero en esta nota uniforme hay una asombrosa variedad de tipos, á cuál más reales y bien estudiados. En un regimiento todo son soldados, es cierto; no todos, sin embargo, se parecen ni se dirigen á una expedición lejana dominados por un mismo sentimiento. Desde el veterano al recluta; desde el que camina á paso de reglamento hasta el que en su entusiasmo rompe la formación; desde el que parte sin consagrar un recuerdo á lo que deja, hasta el que se siente desgarrado por este recuerdo; hay una variedad de manifestaciones que sólo es dable exhibir á un artista de mérito indiscutible, como Israels.

TIPO DE SOLDADO Y MUJER POBRE DE ROMA, dibujos de Leopoldo Roca

Ejecutados con esmero y profundamente sentidos son los tipos de Roca. Nadie que atentamente los considere podrá suponer que sean meras copias de modelos alquilados á tanto por hora: los modelos acusan líneas, revelan formas, toman actitudes académicas; pero no imprimen calor, no producen vida en las composiciones artísticas. El calor lo comunica el genio, la vida la engendra algo superior á la materia inmóvil; y ese algo lo tiene Roca y lo ha inoculado en sus dibujos.

En la mujer *pobre de Roma* aparecen claramente los dolores físicos y morales de la desdichada criatura; el *tipo de soldado* es un recuerdo viviente de la corte de Enrique III. Quien así dibuja es un verdadero artista.

LA PROCESIÓN DE LAS HIJAS DE MARÍA, cuadro de Enrique Serra

Nuestro compatriota ha visto en Venecia algo más que puentes y góndolas, palacios y canales. Esto le ha permitido ejecutar el lienzo cuya copia publicamos y en el cual puede decirse que no existe la Venecia habitual. Pero en cambio existe Venecia en sus tipos, en sus costumbres, una Venecia vista con ojos habituados á la observación, dando por resultado un cuadro que se hace tanto más simpático cuanto más se analiza.

Las voces de todas esas figuras cantan las alabanzas de la Virgen; pero, ¡cuánta diversidad de impresiones, cuán distintos sentimientos, produce en ellas el sagrado cántico!... Ahí están las Hijas de María, modestas y fervorosas, prorrumpiendo en notas que salen del fondo del corazón; y junto á ellas otros cantores que, al parecer, cantan de oficio, maquinalmente, como pudieran cantarle á la luna ó á las estrellas.

El grupo está bien combinado, los detalles contribuyen al efecto del conjunto: es un cuadro en que hay como una especie de claro-oscuro de poesía y de prosa obtenido á fuerza de ejecución.

TREN DE ADMINISTRACIÓN MILITAR, cuadro de R. Balaca

El malogrado Balaca *pintaba en español.* Artista verdaderamente nacional, conocía de una manera profunda los tipos y costumbres de muchas de nuestras provincias; pero sobresalía de una manera especial en las escenas militares. Á la vista de sus composiciones de este género, pudiera creerse de él que, como á Neuville, el amor patrio le había puesto un fusil en las manos y que sus condiciones de artista tienen resabios de su vida de soldado.

Esas condiciones son apreciables en el dibujo que insertamos, en el cual una mano, tan hábil como perita en el asunto que trata, da perfecta idea de una de las fases de la vida de campaña, vida ruda, vida mal apreciada por el que tiene la costumbre de ver al soldado en guarnición y cree que el límite de sus penalidades está circunscrito al ejercicio y á la parada. Balaca demostró en este dibujo, como en muchos otros, cuánto compadecía al soldado, precisamente porque conocía á fondo las duras condiciones de la existencia militar.

IMPULSO DE AMOR

Reuniéronse los jóvenes de nuestro lienzo, por cita ó casualidad, en la entrada de un bosque. Dentro de ese bosque se guarecía una fiera. ¿Un león, acaso, una pantera, una serpiente de cascabel?.. Mucho peor que esto; un niño alado, es decir, una monstruosidad, porque los niños con alas, cuando no son ángeles, deben ser diablos. Sin duda la tierna pareja interrumpió el tranquilo reposo del monstruo, y el amor, que no es otra la fiera, se venga haciendo una de las suyas.

Esta graciosa composición está llena de vida: la mujer, en particular, es un modelo de expresión; el cupidillo tiene todas las trazas de un pícaro precoz. El semblante del mancebo es el menos feliz, pero en cambio en el de la doncella hay un acabado concierto de pasión y de candor, cual no puede ser producido sino por un maestro en vencer dificultades. A ese doble sentimiento obedece también la actitud de la joven, que es sin duda la mejor figura del cuadro.

¿A do va la nave?...-¡Quién sabe do va!... *(Espronceda)* cuadro de Luna

El autor del *Spoliarium* es uno de los pintores modernos de más aliento. Si el inmenso lienzo en que describió de manera tan gráfica y terrible las costumbres del pueblo romano, demuestra hasta dónde puede llegar Luna en la pintura de historia, el cuadro que hoy publicamos evidencia la profundidad de su pensamiento y la facilidad con que cambia de estilo, sin cambiar de condiciones.

Obra de menos impresión que el *Spoliarium*, su asunto es tal vez más trascendental y de más difícil ejecución. Esa lancha conduce á la juventud; ese mar no es sino el mundo: la síntesis del cuadro es la vida, en toda su energía, caminando hacia lo desconocido. El porvenir ignoto está representado por un horizonte que empieza á cargarse: la tempestad no se ha desencadenado aún, pero se está elaborando sobre la cabeza de esas hermosas criaturas, que arrostran el peligro indiferentes, neciamente confiadas en el seguro de un frágil esquife.

Y sin embargo, el triste ejemplo está á su vista: el mar ha hecho ya una presa; otra víctima se inclina inconsciente hacia el abismo... Pero, ¿cuándo se ha preocupado la juventad de los cadáveres que arrastra la corriente de la vida?... Espronceda lo dijo: «Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?...» Luna ha interpretado á nuestro gran poeta: si éste escribió una página inmortal á guisa de prólogo de un gran poema, Luna ha pintado esa página, y allá se van el uno y el otro por el camino de lo pensado, de lo sentido y de lo sublime.

EL HIJO PRÓDIGO, escultura de Llimona

Esta estatua fué modelada para las oposiciones á la pensión Fortuny. Su autor, que es hoy uno de nuestros distinguidos escultores, se hizo perfecto cargo del asunto y lo interpretó á conciencia. En este *Hijo pródigo* se personifica la juventud malograda, la antigua belleza decaída, la miseria que aniquila el cuerpo y el dolor que trastorna el alma. La anatomía es correcta y la actitud bien escogida y con naturalidad expresada.

DIBUJO Y APUNTES de Adolfo Federico Menzel

Menzel es conceptuado el dibujante más correcto y artista más concienzudo de Alemania. En sus cuadros no existe, bajo el punto de vista de la factura, principal y accesorio: todo lo trata con idéntico cariño y pinta con igual esmero. Estudioso hasta lo sumo y gran de observador de la naturaleza, nada deja al acaso ó á la engañosa inspiración del momento: así resultan sus obras, aun las menos importantes, de un acabado muy difícil de igualar.

En este concepto es notable el dibujo que publicamos; pero donde su conocimiento del natural se demuestra de una manera irreprochable, es en los apuntes que también incluímos en este número, posibles de comparar con los estudios de los más clásicos maestros. Sirvieron á Menzel esos apuntes para el tan celebrado cuadro titulado: *La Herrería*, que es tenido por el mejor de sus lienzos (1875), adquirido por el museo nacional de Berlín.

CABEZA DE ESTUDIO, de Alberto Durero

Viena posee en el museo Albertino el original de este dibujo, digno del gran maestro que, desde un humilde taller de Nuremberg, hizo célebre su nombre en toda Europa. En ese original existe una nota escrita de puño y letra de Durero, que dice: «Este hombre tenía noventa y tres años de edad y se conservaba robusto y sano.» Semejante longevidad raras veces se adquiere cuando al peso de los años hay que sumar el peso de la conciencia. Pero á la simple vista del anciano de Durero es de ver con cuánta energía, con cuánta riqueza de detalles representa el artista al varón dotado de *mens sana in corpore sano.*

No hay para qué detallar los primores de ejecución empleados en esa cabeza: las obras de los maestros se imponen por sí mismas. Cabe llamar la atención hacia el mérito relativo, pero de ningún modo hacia el mérito absoluto.

SAFFO, cuadro de Alma Tadema

Es una de las obras de este ilustre pintor que han llamado más poderosamente la atención pública. En ella ha ejecutado maravillas de contraste de luz y sombra, difíciles de apreciar por medio del grabado.

LAS HILANDERAS, cuadro de D. Diego Velázquez de Silva

El museo del Prado de Madrid, que es sin disputa el más rico del mundo, tiene un sitio de honor reservado para este cuadro, considerado quizás el más admirable de su autor, que tantas maravillas del arte produjo. Prodigio de dibujo y de color, es un modelo de los diversos términos de un cuadro: el grabado, como observa muy atinadamente un crítico extranjero, no puede dar idea de esa luz y de ese ambiente característicos de los grandes maestros españoles, entre los cuales D. Diego Velázquez no ha encontrado aún igual en la patria de Murillo, de Zurbarán y de Ribera. Y para que no pueda creerse que nuestro orgullo nacional nos ciega, oigamos lo que de este lienzo dice el insigne Mengs:

«Dió Velázquez, sin embargo, una idea más ajustada de la naturaleza en su cuadro: *Las Hilanderas*, que pertenece á su último estilo. En la ejecución de esta obra parece no haber tomado parte alguna la mano del artista; antes bien pudiera creérsela producto de un simple acto de su voluntad, engendradora de un cuadro único *en su género.*»

Imposta y Galería del Minarete de Delhi (India)

Tomado de la obra: *Historia general del Arte*

Delhi es la capital de una provincia del Indostán que se extiende al norte de Agra, desde el Ganges al Setledje, hasta las montañas de Sewalik y Kurraun. El nombre sanscrito de Delhi es *Indraprast'ha*, que quiere decir: *mansión de Indra.* La importancia, así en lo antiguo como en lo moderno, de Delhi, la demuestran sus monumentos, muchos de ellos en ruinas. Entre los templos, palacios, fortalezas y sepulcros, tantos en número que el espacio que ocupan se pierde de vista, es de notar el célebre minarete Kut-Ab ó Kutab, nombre derivado de Kutubudin (Estrella polar de la religión) nombre del primer soberano patan ó afgan. La base de este célebre monumento tiene cuarenta y cuatro metros de circunferencia; su altura debió ser de noventa y siete metros aproximadamente, antes de que su cúspide hubiera sido destruída por un rayo: en la actualidad tiene unos sesenta y cinco metros. Es una torre construída de piedra roja, cuyo ancho disminuye insensiblemente á partir de su base, dividida en cinco pisos, alrededor de los cuales corren unas galerías, ornadas de preciosas esculturas y colosales inscripciones árabes en relieve.

Es un bello ejemplar de esa originalísima arquitectura india, por la cual se viene en conocimiento del genio, riqueza y poder de ese pueblo, cuya magnificencia es aún proverbial en el mundo. La lámina que reproducimos es otra de las muchas que ilustran la *Historia general del Arte*, publicada por los editores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, quizás la obra más importante que ha dado á luz la España editorial moderna.

BUENA VOY Á PONERME

En el momento de ir á cruzar el arroyo donde indudablemente han de enfangarse sus lindos piececitos, la pulcra criatura titubea, mide la extensión del peligro y toma oportunas precauciones.

Bonito paisaje, bonita figura y admirable grabado.



APUNTE, del pintor alemán Pablo Thumanns

DOMENICO MORELLI Y SUS OBRAS

La escuela napolitana de pintura ha tenido en todas las épocas tradiciones distintas de las que existen en el resto de Italia, y tal vez hayan contribuído á esto la mezcla de sangre griega en la población, la vida independiente de los Abruzos y los poéticos paisajes de la Calabria. A decir verdad, esa escuela se ha distinguido siempre por cierto carácter de salvaje romanticismo, propio de la región del Sur, por su estilo ligero y alegre y por la viveza del colorido, de lo cual podrían dar fe Salvator Rosa, Luca Giordano y Ribera, esos altivos y audaces genios que antepusieron á la forma la imaginación y el tono. En los descendientes de estos ilustres artistas ha sobrevivido algo de su espíritu, y por eso el lugar en que el arte italiano se muestra hoy más vigoroso y activo es indudablemente la encantadora ciudad de Nápoles. Extravagante á menudo en su exuberante fantasía, nunca bien acabada en su impetuosidad creadora, esa escuela canta, baila y ríe, retratando la orgía con sus vivos colores y placeres, los resplandores de un sol siempre brillante, los encantos de un paisaje impregnado de perfumes, tan propio todo del país y sus alrededores. Caprichosas en sus formas, las obras napolitanas se distinguen siempre por los colores, el vigor y la verdad.

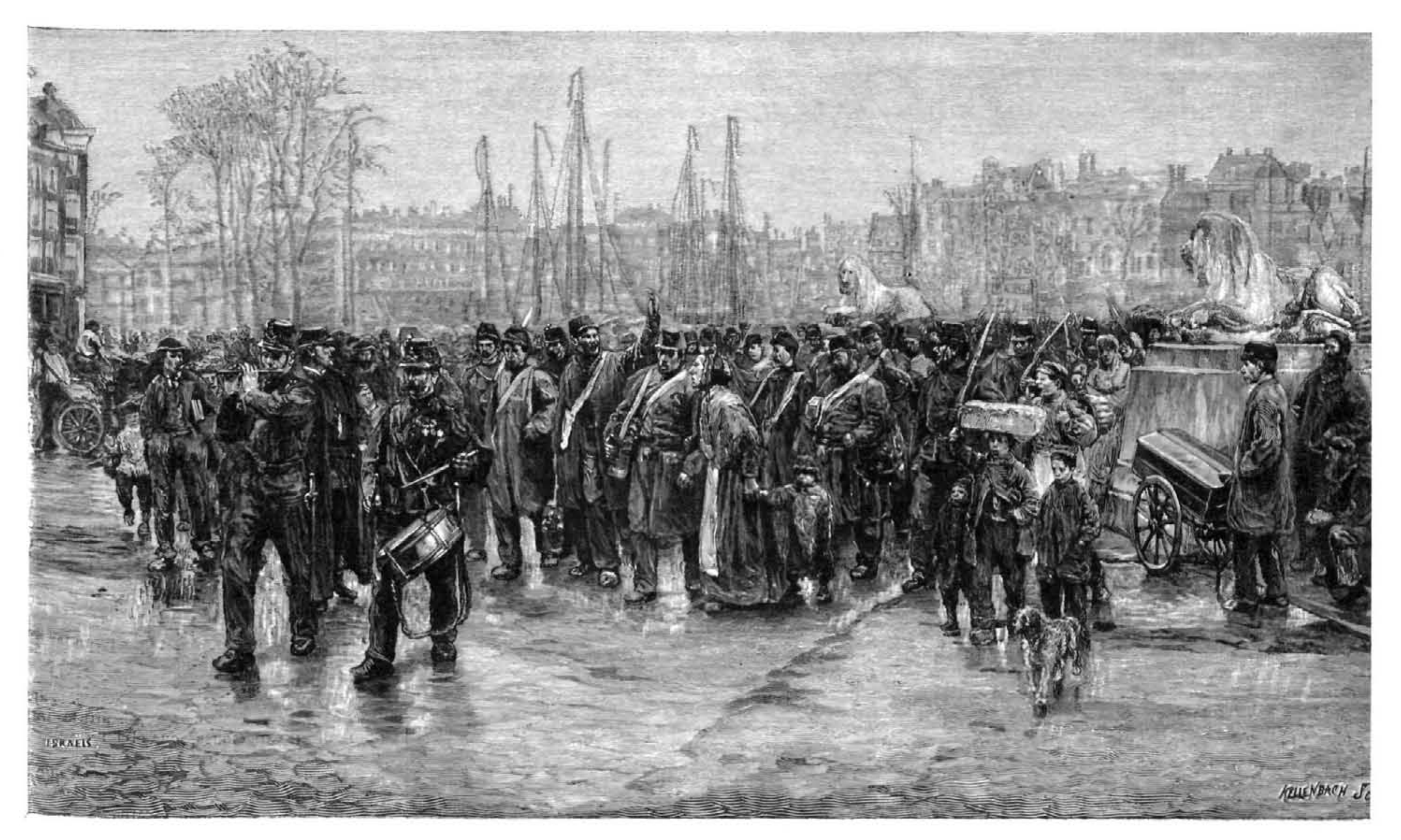
De las tres escuelas del arte que predominan en la Italia moderna, digámoslo así, la napolitana es la que tiene más influencia; Ussi y Pagliano están á la cabeza de dos de ellas; Domenico Morelli será elegido de común acuerdo, jefe de la del Sur. Este artista no es sólo el hombre que la imprimió su dirección, sino también el que ha modificado las demás escuelas italianas; y bien conocido en toda la península, tiene muchos prosélitos en favor de su arte, no faltándole tampoco adversarios que le critiquen, tanto, que sólo al oir pronunciar el nombre del pintor se muestran dispuestos á sostener acaloradas discusiones. Amigos y críticos esperan siempre una nueva obra del afamado artista con ansiosa curiosidad, y apenas aparece uno de sus lienzos, todos los diarios se ocupan de él, unos para enumerar sus defectos y censurar la obra con la mordacidad de que son susceptibles; otros para ensalzar su mérito y elogiarla en el más alto grado. Seguramente que pocos pintores modernos habrán dado lugar á que se escriba tanto sobre sus trabajos, y es porque, si Morelli tiene muchos entusiastas admiradores, y también no pocos imitadores, sus enemigos, en cambio, son numerosos. Sin embargo, no le arredra esto, guiándose por sus propias luces. Siempre se consagró al arte por su amor al arte, no para ganar un puñado de oro, y hasta se le ha oído decir á menudo que si llegase á pensar que el objeto de su trabajo era adquirir dinero, le sería imposible acabarlo. Siendo todavía muy joven, un negociante francés le ofreció señalarle una pensión, prometiendo enri-

quecerle después, como lo había hecho con otros artistas, si consentía en trabajar para él solo durante cierto número de años; pero ni las súplicas ni los ofrecimientos bastaron para convencer á Morelli, que no quería depender de nadie, ni ajustar tampoco su arte al estilo francés.

No es conocida la fecha del nacimiento de Morelli, ni tampoco el lugar en que vió la luz; hasta él mismo lo ignora, pero cree que fué en Nápoles hacia el año 1826. Sus padres, hijos del pueblo y muy pobres, ganaban el sustento con su trabajo diario, y dieron á su hijo una educación de carácter religioso, pues la madre, así como la generalidad de las campesinas italianas, deseaba que Domenico siguiese la carrera eclesiástica. Dotado el niño de un carácter esencialmente poético, el aparato artístico que continuamente veía en las iglesias influyó mucho en su ánimo, y por lo que á veces oía decir de algunos artistas, comenzó á experimentar un singular afecto hacia ellos. Imaginóse que eran hombres muy superiores á los que le rodeaban, y no perdonó esfuerzo para llegar á conocerlos. La repentina muerte de su padre puso término súbitamente á la educación que se le daba, y fué necesario que también trabajase para ganar la subsistencia. Optó por la mecánica y decidióse á ella con afán, pero al cabo de algún tiempo, diversas circunstancias le pusieron en contacto con varios artistas jóvenes, y venciendo al fin la resistencia de su madre, consiguió que se le permitiera estudiar en casa de un pintor, quien le recomendó para que ingresara en la Academia de Bellas Artes. Esta institución era una pobre cosa en la época de Fernando II de Borbón; en un período en que el despotismo político predominaba en el mundo, manifestándose en todas las cosas sin excepción, no era de extrañar que alcanzara también al arte, en el que tomó su forma exigiendo á los artistas como artículos de fe el amaneramiento académico, el servilismo y la rutina. Contra todo esto hubo de luchar Morelli, pobre y con escasas fuerzas. Las antiguas formas y convenciones le disgustaban, reconociendo que eran letra muerta y no podrían dar nuevo fruto; deseaba elevarse en alas de su genio, y si no lo consiguió tan pronto como quería, fué porque debía vencer antes á cuatro enemigos muy poderosos, la pobreza, la indiferencia pública, el absolutismo y la intriga, siempre en juego en aquella desaparecida corte; el mayor mérito del artista fué haber alcanzado el triunfo en esta lucha. Apenas ingresó en la Academia, parecióle imposible tomar por modelo sus estatuas, y por eso se creyó entonces que nunca llegaría á ser un gran pintor; pero Morelli estudió con afán, sostenido por su fe, infatigable en el trabajo, favorecido por la buena voluntad de los unos, y sufriendo con resignación las censuras de los otros; pero su método y su lenguaje entusiasta le hicieron en breve demasiado notable para que no se fijara la atención en él. Pronto trabó amistad con varios jóvenes literatos, pues Morelli es uno de los pocos artistas que han reconocido que el arte, para ser más verdadero y grandioso, debe darse la mano con la literatura, que alimenta el pensamiento y comunica buen gusto. Careciendo de medios para frecuentar las escuelas donde podría entregarse á este nuevo estudio, el artista quiso aprender por sí solo, y al efecto compró con los escasos recursos de que disponía las obras que juzgó necesarias.

Cierto día, hallándose en una exposición de pinturas, vió un paisaje que representaba la *Pia dei Tolomei*, cuadro que le produjo una impresión profunda, aunque ignoraba de qué poema se había tomado el asunto. Pocos días después fué casualmente á recorrer los puestos donde se venden libros de lance, para ver si hallaba algo que le conviniese, y cuál no sería su sorpresa al encontrar uno cuyo título era «Pia dei Tolomei.» El pobre joven no tenía los pocos sueldos necesarios para adquirir el libro, y le costó algunas horas reunir la cantidad; entonces volvió presuroso en busca del libro, temiendo que el poema se hubiera vendido ya, mas por fortuna hallólo en el mismo sitio, apoderóse de él, y se creyó entonces el hombre más dichoso del mundo. Aun hoy día se le oye decir que aquel momento fué uno de los más felices de su vida. Después de leer y estudiar este poema, que le produjo su primera impresión de la poesía romántica, obtuvo un ejemplar de las obras de Byron, cuya lectura devoró con ansia; las composiciones de este poeta, más que todas cuantas leyó después, abrieron á su vista vastos horizontes en aquel oscuro período de su carrera, y desde entonces fué el más apasionado amante de la literatura. Poco después de esto contrajo íntima amistad con Pasquale Villari, ahora eminente profesor, del cual se aconsejó para emprender futuros trabajos; y también se hizo muy amigo de jóvenes dedicados al estudio de las bellas artes, con quienes visitaba los alrededores de Nápoles para trabajar con ellos y explicarles sus teorías, tan opuestas á las que se enseñaban en las escuelas. Nadie comprende cómo pudo estudiar tanto en tan poco tiempo, pero el caso es que llegó á conocer perfectamente las literaturas inglesa, española y portuguesa. En cuanto á los esfuerzos que hizo para cultivar su arte, para adquirir los materiales que su estudio exigía, tales como papel, lienzo, pinceles y colores, son verdaderamente maravillosos por la perseverancia que necesitó. Para obtener algunos recursos, pintaba respaldos de sillas, representando batallas de Nápoles, adorno que estaba muy de moda en aquella época. Por entonces comenzó á bosquejar su primer lienzo; eligió por asunto «David consolando á Saul;» y en los detalles de la composición reprodujo muy aproximadamente lo que Browning había cantado

MEMORIALISTA EN SEVILLA, copia del cuadro de J. Jiménez Aranda



EMBARQUE EN ROTTERDAM DE TROPAS DESTINADAS Á LAS COLONIAS HOLANDESAS DE LA INDIA,

copia del celebrado cuadro de Isaac Israels premiado con la gran medalla de oro en Bruselas (1884)



Morelli. – LA ESCALERA DORADA

en su maravilloso poema; de modo que la analogía entre aquellas dos inteligencias para expresar una misma cosa por tan distintos medios no pudo menos de llamar la atención. Así como Browning, Morelli fué siempre profundo y filosófico; por eso no es posible que todos le comprendan; y nadie interpretará bien sus obras sin estudiarlas antes.

Cuando el novel artista juzgó que podía dar por terminada su segunda enseñanza, presentóse en un certamen de dibujo natural y obtuvo el premio, lo cual fué para sus maestros y compañeros la primera revelación de lo que podía esperarse de él. Desde aquella época no se le consideró ya como un discípulo caprichoso y atrasado, sino como un joven artista de gran porvenir. Su competencia para obtener la supremacía en los certámenes se renovaba todos los meses, y como entonces los premios consistían en dinero, la situación pecuniaria de Morelli cambió muy pronto, pues siempre alcanzaba una recompensa. Con la suma así adquirida emprendió un viaje á Roma, y sólo la vista de la ciudad eterna le confirmó en su opinión de que el arte de la pintura, tal como se enseñaba en la Academia de Nápoles, era falso y vicioso. Sus estudios literarios, sus visiones juveniles, que no correspondían á los axiomas de la retórica artística, indujéronle á rebelarse más aún contra la escuela académica, y al fin resolvió trabajar por su cuenta y á su modo.

Gastados sus recursos, Morelli volvió á Nápoles y estableciose en un mísero estudio, en Capodimonte, asociándose con un amigo. En aquella época estaba dominado por el romanticismo, que señaló hasta cierto punto el primer período determinado de su estilo; entonces fué cuando concibió la idea de pintar alguna cosa tomada de Byron, su poeta favorito, y al efecto eligió como asunto la despedida de Conrado y Medora, pues de todos los poemas del famoso vate, el «Corsario» era lo que más le agradaba. En medio de las tribulaciones y aventuras de aquel período de su vida le consoló mucho vivir en el mundo ideal, y la poesía ocupaba de tal modo su mente, que parecía olvidar las realidades del mundo que le rodeaba. Referir los apuros y las privaciones que sufrió para pintar su nuevo lienzo sería larga tarea, pues podría llenarse todo un volumen de anécdotas; y poco se imaginaba el artista el escándalo que iba á ocasionar la obra en que tanto se afanaba. Baste decir que la misma madre de Morelli abrió la campaña contra el cuadro, considerándole tan indecoroso, que sacrificó su mejor mantel para cubrir la pintura como con un velo, á fin de que no la vieran ojos profanos.

Morelli comía muy mal; jamás había conocido una buena mesa, y sólo gracias á su robusta salud no sucumbió entonces; pero las privaciones no eran suficientes para desterrar de su imaginación las queridas imágenes que la ocupaban. Poco después de haber terminado su último cuadro, Morelli hizo otro, esmerándose en él cuanto le fué posible; esta vez el asunto representaba una escena de corsarios griegos en la orilla del mar. La nueva obra, notable por su originalidad, distinguíase por un estilo inclinado al realismo, y le valió la medalla de oro, recompensándosele además con una pensión para ir á estudiar á Roma. Entretanto, su lienzo «La despedida,» conocido por otros con el título de «Il Bacio» (El beso), había puesto al artista muy en relieve, pues cuando le envió á la exposición, rehusóse admitirlo, porque durante el régimen de Bomba no se permitía exponer ciertos asuntos si se juzgaban demasiado libres, y la comisión temió el enojo del rey. Morelli manifestó de tal modo su sentimiento por semejante negativa, que uno de los individuos de la comisión, más atrevido que los otros, le dijo: «Si tanto pesar os causa retirar el cuadro, ¿por qué no vais á ver á Monseñor Scotti, el confesor del rey? Si él no se opone, nosotros lo aceptaremos.» Morelli hizo al punto lo que le aconsejaban, y después de vencer algunas dificultades, pudo ver á Scotti, á quien refirió el caso. «¿No es más que eso? – exclamó monseñor; – pues yo doy mi permiso para que se admita el cuadro.» Y el artista iba á retirarse ya, después de dar las gracias, cuando Su Eminencia añadió de pronto: «Pero, decidme... ¿estaban el hombre y la mujer que os sirvieron de modelo en la misma actitud en que los habéis representado?» Morelli, viendo su causa ganada, apresuróse á contestar con toda la gravedad que le fué posible: «¡Oh! no, monseñor; el hombre estaba solo; un busto de yeso me sirvió de modelo para la mujer.» El prelado hizo entonces seña al artista de que podía retirarse, aconsejándole, al salir, que en lo futuro eligiese asuntos más castos para sus lienzos. La pintura, pues, fué admitida, pero colocáronla en un rincón más oscuro, lo cual no impidió que llamara la atención y que muchas personas se detuviesen á contemplarla. Desgraciadamente el rey se presentó cuando menos esperado era, y un individuo del Comité, temeroso de que el *casto* monarca se escandalizara, arrojó la pintura por una ventana. Este incidente dió mucho que hablar, pues Morelli exigió una satisfacción, la cual obtuvo por completo.

De vuelta á Roma, el artista se entregó otra vez al más asiduo estudio; era entonces lastimosa su penuria, pero afortunadamente, no le faltaron amigos que le ofrecieron gustosos su protección, gracias á lo cual no sucumbió á sus esfuerzos. En aquella época fué cuando estudió bajo la dirección del pintor alemán Oberveck, cuya mística influencia indujo seguramente á Morelli á consagrarse á los asuntos sagrados; y es curioso observar los efectos de este cambio, comparando las pinturas religiosas del joven artista con las que hicieron en Alemania los imitadores de aquel rígido maestro. ¿Quién dirá después de semejante estudio que nada importan las influencias geográficas? Morelli permaneció con Overbeck poco más de un año, y entonces fué cuando dió la primera prueba de ese genio especial que se revela en sus pinturas religiosas: era un cuadro en que representaba una Madona meciendo su Niño en la cuna y arrullándole con su canto, mientras que una legión de serafines forman coro, acompañándose con sus instrumentos. La pintura produjo el mayor



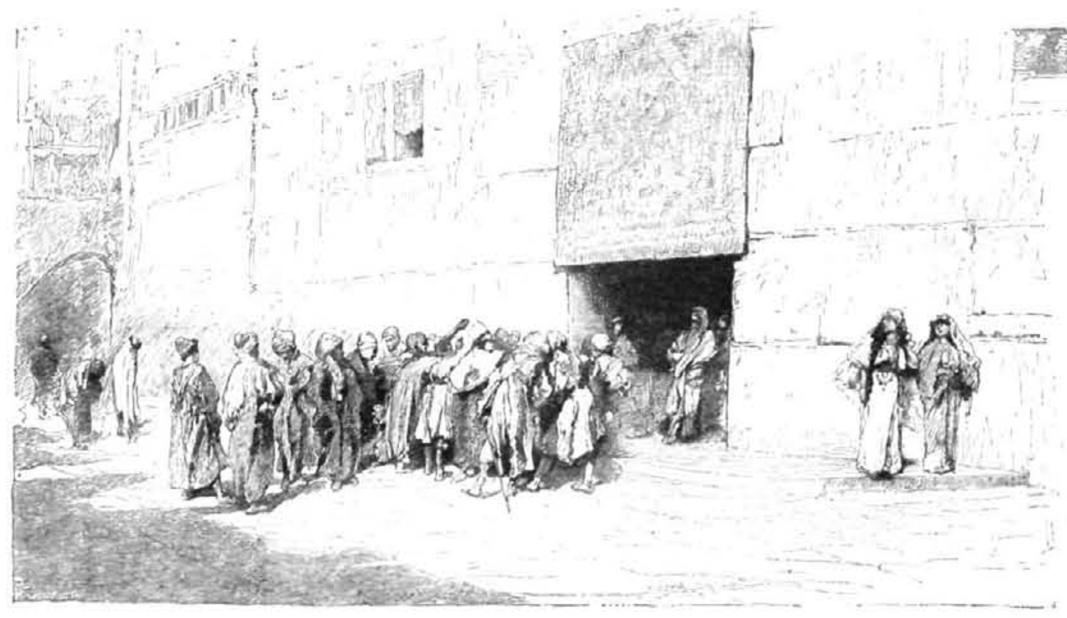
Morelli. – UN ESTUDIO, dibujo dedicado á Miss Alma Tadema

entusiasmo entre los artistas de Roma, que buscaron al autor desconocido; y no fué poco su asombro al reconocer en él á un pobre joven á quien habían visto varias veces recorriendo los museos. Esto bastó para que su nombre se diese á conocer, y también para demostrar de qué modo el estudiante se había emancipado al punto de los clásicos preceptos pedantescos de su maestro. Este cuadro se halla hoy en la capilla Real de Castiglione y constituye uno de sus más bellos adornos. De esa fecha son también el «Neófito en las Catacumbas,» «César Borgia en Capua,» y los «Iconoclastas,» pintura que llamó la atención casi tanto como la Madona. Estas últimas obras fueron las primeras en que la paciente investigación y el equilibrio corrían parejas con la impetuosidad del pensamiento y la fantasía; en esta última está la fuerza de Morelli; pero exagerada á veces, también constituye su debilidad. Hasta ahora, la exaltación de su alma no guarda proporción con su fuerza para producir, y por este concepto sus bosquejos son á menudo sus mejores obras.

Por esta causa igualmente, sus pinturas son con más frecuencia bosquejos que obras concluídas, ideas indicadas más bien que desarrolladas, y esto es porque antes de terminar una, su fértil imaginación ha creado ya otras. A esta clase pertenecen su «Episodio durante las Vísperas Sicilianas,» su «Reina Ginebra,» y «Paje y Dama.» En este último lienzo, el artista introdujo tantas variaciones, que al fin resultó un cuadro. Su verdadero vigor parece residir en la fuerza de su improvisación pictórica que seguramente llegó á su máximum en el «Cristo embalsamado» y «Cristo escarnecido,» obras que Rembrandt no hubiera tenido á menos firmar. El mismo Morelli confiesa que siempre se cuidó más de la concepción y del pensamiento



Morelli. – «TALITHA CUMI»



Morelli. – JESUCRISTO ESCARNECIDO

de sus obras que de la ejecución, y por eso se observa á menudo que cuando ha revelado su idea, la pintura queda sin concluir.

Esto es lo que suscita contra Morelli las iras del grupo pedantesco del mundo artístico; esto lo que le atrae el favor de los impresionables, y esto lo que induce á los severos académicos á decir que no puede dibujar. Tal vez haya en esto último algo de verdad, si se juzga bajo el punto de vista de la rigidez de las reglas y del compás; pero debe advertirse que Morelli no quiere la exactitud mecánica para el arte, y que busca, ante todo, figuras de carácter, principal objeto en su dibujo. Sentado esto, añadiremos que cuando él quiere, nadie dibuja con más exactitud. Sin embargo, el color y la luz son los dos auxiliares más poderosos de que se sirve para expresarse, y he aquí por qué sus obras se prestan tan difícilmente á ser reproducidas por el grabado.

Cuando Morelli trabajaba y soñaba así, lució la aurora de 1847, con sus ilusorias esperanzas de libertad para los italianos oprimidos. La arrebatada juventud creyó que se anunciaba una nueva era, y hasta el soñador Morelli no pudo permanecer sordo y ciego á las ardientes aspiraciones que surgían á su alrededor. Entonces volvió á Nápoles para encerrarse en su estudio, é hizo cuanto era posible para vivir solitario con su Madona; pero todo fué inútil, porque hasta en el aire se respiraba la perturbación. Cierto día, Morelli oyó hablar de barricadas y de una sangrienta lucha; salió á la calle, y encontró á sus amigos con las armas en la mano, resueltos á defenderse hasta la muerte; entonces, poseído de entusiasmo, armóse también y se batió valerosamente contra los emisarios del Borbón. No tardó en ver caer á sus compañeros uno tras otro, y al fin, herido él también gravemente, fué conducido á un hospital. Aun conserva en su mejilla la honrosa cicatriz que recuerda el día en que luchó por la defensa de su patria. La hora de la libertad no había sonado aún para Italia, y cuando Morelli se restableció y pudo salir del hospital tuvo el sentimiento de ver que el aborrecido monarca seguía ocupando su trono. Los espías del gobierno vigilaron al artista hasta que se convencieron de que no era un conspirador, pues Morelli volvió á encerrarse en su estudio para llorar á sus amigos, prosiguiendo sus trabajos. Sin embargo, el aire de Nápoles le parecía ya pernicioso, y aunque contaba con muy escasos recursos, halló medios para emprender un viaje, durante el cual proponíase visitar las escuelas de pintura de Londres, París, Alemania, Holanda y Bélgica, para inspirarse y explorar nuevos horizontes; de modo que durante algunos años trabajó poco para sí.

II

La escuela italiana halló la fuente de su inspiración en las Sagradas Escrituras, y algunos de sus lienzos fueron poderosos auxiliares para la religión. Cuando la fe se debilitó, también el arte entró en el período de su decadencia, y llegado á otra era, ha podido reconocer que los nuevos ideales de la humanidad no se prestan para expresar lo que siente. Por eso lamentamos, y no sin razón, verle vagar errante, sin objeto, sin ideas ni pensamientos. Morelli es el que en Italia ha hecho renacer la afición á los asuntos sagrados, pero al hacer esto, no ha seguido, como los pintores ingleses y franceses, una senda ya trillada, sino que, aprovechándose de las observaciones de la crítica moderna y de los conocimientos históricos, ha conseguido reproducir la Biblia bajo un nuevo aspecto. Y no se crea que trata los asuntos convencionalmente; para demostrar lo contrario, baste decir que Morelli es considerado como el Renán y el Strauss del arte sagrado. Siguiendo los pasos que la moderna literatura exegética indicó, se ha esforzado, no en desfigurar, sino en interpretar nuevamente los santos misterios, de una manera no menos poética y divina, permítasenos decirlo así, que la de sus ilustres predecesores, pero que tiene sus raíces en la vida moderna. Justo fuera que los artistas siguiesen la nueva vía que les abren la ciencia y la historia. Teófilo Gautier sienta como un axioma que «en el arte no hay progreso:» tal vez no le haya; pero seguramente es posible producir una condición tan buena como la antigua, y siendo el sentimiento de la época el que la reclama, debe esperarse que se apreciará mejor. ¿Quiere sentar Teófilo Gautier que sólo debería copiarse lo que ya está hecho, sometiéndonos á serviles imitaciones y á la reproducción de las concepciones del antiguo mundo?

Así como Byron era el ideal del joven Morelli, del mismo modo el Espíritu Santo fué el ideal del artista. Ha estudiado con prolija atención el Nuevo Testamento, y se ha instruído, digámoslo así, en la época y en la vida de Jesús. Desde el día en que comenzó este estudio, todas sus aspiraciones se redujeron á ilustrarlas con sus pinturas; pero pasó algún tiempo antes de que pudiera dominar bien el asunto.

Cuando Morelli presentó por primera vez la Madre del Redentor en forma humana, su pintura produjo una profunda sensación, no sólo en los críticos del arte sino también en los fieles. Al punto observaron que aquella Madona no era semejante á las de Rafael ó de Fra Bartolomeo; tenía poca afinidad con las Vírgenes alemanas ó bizantinas, y ninguna con Andrea del Sarto y otros célebres maestros italianos; sólo Morelli hubiera podido imaginar que aquella hermosa mujer hebrea, por cuyas venas corría la ardiente sangre del Sur, era una descendiente directa de su Madona de la Asunción. De un solo golpe el artista había roto las cadenas de la tradición, y esto porque quiso atenerse á la historia y no á la leyenda eclesiástica; de modo que su Virgen no era el ser macilento y descarnado de los *quattrocentiste* de la frígida escuela alemana moderna. Humanizada en el lienzo de Morelli, presentábase á la *rosa mística* del cielo como joven y cariñosa madre, con su niño en brazos; pero no del todo terrenal, sino con una mezcla divina y humana de indecible efecto. Aun hoy día, los críticos no han podido seguir el recóndito pensamiento de Morelli, ni tampoco hacer completa justicia á su concepción poética. Así, por ejemplo, en la «Salve Regina,» la Virgen, que oprime á su hijo contra el seno, cierra los ojos como en el éxtasis de la felicidad; el mundo exterior no tiene nada que revelar á su mirada; la alegría que siente está en su pecho, y procura disfrutar de ella sin que la perturben extrañas impresiones. La idea era tal vez demasiado sutil para la expresión pictórica, y propia solamente para la exposición literaria. A decir verdad, Morelli peca á menudo en este sentido, faltando á las leyes establecidas por Lessing.

Muchos críticos, incapaces de comprender, declararon que aquella Virgen se representaba dormida, y únicamente los de sentimientos más delicados reconocieron lo que el artista había querido expresar; pero todos se aunaron para elogiar en aquel cuadro la figura del Niño, en cuyos ojos parecen revelarse los destellos de esa divina caridad y amor sublime que es la eterna belleza en el tierno infante de la Madona de Rafael. Se ha dicho que muchas de las pinturas de Morelli se podrían poner en música en vez de describirlas, pues rayan en ese límite de lo indefinido que es del dominio de aquella, y escapan de los toques más pesados de la literatura y del arte. Como ejemplo de ello podría citarse el cuadro «Amores de los ángeles,» idea inspirada por el poema de Tomás Moore, que lleva el mismo título.



Morelli. – JESUCRISTO BEFADO

Una de las más hermosas obras de Morelli, así como también la más característica, es la «Asunción,» que pintó para el techo de la Real Capilla de Nápoles, y en la cual se pueden estudiar admirablemente su modo de pensar y su ejecución.

No era fácil tratar este asunto tan gastado ya, y sin embargo, cuando se contempla esa obra, no se puede recordar la de otra escuela anterior, ni representación alguna del mismo género. Antes de comenzar su trabajo, Morelli leyó detenidamente un gran número de escritos en los cuales se discutía con la mayor gravedad la importante cuestión teológica que tenía por objeto determinar cuál era el color del vestido usado por la Virgen; y preguntado por qué perdía el tiempo en aquello, contestó que era para impregnarse en la atmósfera mental, en el aire ambiente que necesitaba para inspirarse en su pintura. Este lienzo, el de mayores dimensiones que nuestro artista ha producido, es notable por sus principales figuras, de una mitad del tamaño natural, y por los pocos colores empleados para la composición, pues Morelli pensó que su obra tendría así un carácter más religioso; pero estos colores están distribuídos tan hábilmente, que en nada se observa la menor monotonía. En el centro de la pintura se ve la Virgen, cuyo semblante expresa el amor y la bondad; su vestido



Morelli. – LOS POSEÍDOS Ó ENDEMONIADOS

es azul; un velo blanco rodea su cabeza, y de los hombros pende una túnica del mismo color; varios ángeles la sostienen, y más allá se ven salir otros de una vaporosa nube, figurándose así admirablemente que su número es infinito. Debajo se ve un grupo de figuras que representan las principales virtudes de la Virgen, la Fe, la Humanidad, la Caridad, que estrecha un niño contra su seno, la Esperanza y la Resignación, á las cuales se figura bajando á la tierra para dispensar al mundo la paz y la alegría de que tan necesitado está. Esto es una alegoría pictórica, sublime en su composición, que exige las explicaciones del pintor para hacer completa justicia á su talento. Todo el conjunto se destaca en una especie de fondo cerúleo que parece traslúcido como el firmamento, y cuya ejecución es tan delicada como armónica y poética. La aérea perspectiva parece más maravillosa aún cuando se recuerda que la pintura carece por necesidad de ligeras sombras y de las condiciones de luz elegidas en particular para poner en relieve los efectos escénicos. Morelli dice que mientras pintó este lienzo procuró tener siempre presentes las invocaciones á Dios atribuídas por el Padre orientalista, San Juan de Damasco, á María de la Asunción. *Meum corpus tibi trado non terræ salvum fac à corruptione in quo tibi placuit habilitare.*

Cristo y la Virgen son los temas favoritos de Morelli, quien los presenta una y otra vez bajo diversas formas. Excepto en la «Asunción,» María es siempre la Madre que se distingue en todas las composiciones del artista por un correcto dibujo y bondadosa expresión.

En el cuadro «Mater amabilis,» contemplamos á Jesús en diferentes escenas de su vida terrenal: primeramente se le ve andando sobre las aguas; después entra en el espacioso atrio cuadrado donde la hija de Jairo yace muerta al parecer, rodeada de mujeres que la lloran; y más allá, Jesús, protegido por la sombra de un pórtico situado frente á un espacio abierto, que parece abrasado por los rayos de un sol deslumbrador, intima á la mujer adúltera á retirarse en paz, amonestándola á no reincidir en el pecado, y dice á los que le rodean que podrá arrojar la primera piedra aquel que se crea sin culpa. Aunque el asunto es tan gastado, este lienzo de Morelli no se asemeja en nada á las demás composiciones del mismo género, y no sólo es original la concepción, sino que bastaría para llevar al ánimo de todos el convencimiento de que la escena debió ser tal como la pinta el artista, y no de ningún otro modo. En último término, en fin, vemos á Jesús en la cruz, donde la multitud le escarnece, y después oímos sus postreras palabras de angustia y resignación. Una de las cualidades más notables de Morelli es su singular intuición de los lugares y de los tipos que jamás vió, intuición que asombra á cuantas personas han recorrido los países de que se toma el asunto. Así, por ejemplo, en la pintura «Jesús tentado por el demonio» represéntase la vasta y pedregosa llanura de Judea tal como hoy día existe, con sus moles erráticas y su aspecto desolado; en el fondo no se ve más que una pelada roca, donde algunos buitres parecen esperar su presa; y en primer término hállanse los protagonistas del grandioso drama, las fuerzas contendientes de Ahriman y de Ormuzd, del mal y del bien, que aun agitan al mundo, y que le agitarán hasta el último día de su existencia.



TIPO DE SOLDADO, dibujo de Leopoldo Roca

Esas dos figuras de Jesús y Satán representan dos contrastes, dos impresiones, dos principios; Jesús simboliza el del bien, y el Demonio es el principio mundano, semejante á un hediondo reptil, y que con siniestra expresión espía al Redentor á través de una profunda grieta del terreno. La pintura rebosa de poesía y originalidad; el asunto es muy antiguo, pero la concepción de Morelli es completamente nueva, y como suya, filosófica, pudiendo también considerarse como un nuevo estudio del efecto de luz. En el lienzo «Gli Ossessi» obsérvase el mismo carácter de tranquila dignidad y gráfica elocuencia: aquí también vemos una parte del desierto de Judea, donde la primitiva acción geológica ha desgastado las rocas, formando en ellas oscuras grutas, donde en remota época se depositaban los muertos, sirviendo también de refugio para los leprosos y todos aquellos á quienes la sociedad arrojaba de su seno. El Salvador recorre también aquella soledad; y como ya ha llegado hasta allí la fama de sus milagros, todos se prosternan al verle, salen de sus guaridas uno tras otro para contemplarle, escuchar su voz, besarle los pies y tocar su ropa. En último término divísase un grupo: son los acompañantes de Jesús, que, temerosos del contagio, no se atreven á penetrar en aquel lugar maldito.

En el último lienzo presentado por Morelli, con el título de «Buona Novella,» Matías Arnold hallaría seguramente la suavidad y la luz que tanto aprecia: representa un lago cuyas aguas opalescentes se hallan encerradas entre desnudas rocas abrasadas por los ardores del sol; Jesús está junto á la orilla entre flores y matorrales, y á su alrededor se ve una multitud de curiosos que quieren oirle predicar sus doctrinas; mientras que otros corren para examinar de cerca al nuevo profeta de Israel. Las palabras del Redentor atemorizan á los ricos, cuyas fisonomías revelan una mezcla de espanto y de incredulidad. Detrás de Jesús, una mujer trata de acercarse, llevando un niño enfermo en brazos, y la expresión de sus facciones indica la ciega fe que le inspira el Salvador. Si se examina detenidamente la pintura, obsérvase que todos los sitios por donde Jesús ha pasado se han cubierto de flores, mientras que aquellos á que no ha llegado aún están áridos y resecos por los ardores del sol. Esto comunica á la pintura cierto carácter místico y de gran significación, que es precisamente lo que Morelli busca, porque no es sólo artista notable, sino también pensador y poeta.

Pero ninguna pintura de Morelli ha impresionado tan profundamente como su «Tentación de San Antonio,» que al ser expuesta en Turín y París sirvió de asunto durante varias semanas á las discusiones de los ascetas. Es un lienzo cuya composición, tan maravillosa como complicada, parece casi incomprensible á primera vista. Nada tan sutil, tan original, y si puedo expresarme así, tan moderno como la manera el tratar el asunto, tan gastado ya, de la tentación del fundador del monasticismo, y digo original porque esta tentación proviene del hombre mismo y no se produce por la vista de objetos exteriores. Las tentaciones sufridas por San Antonio eran alucinaciones de su espíritu, despertadas en él por la abstinencia y la privación de todos los goces terrenales. Antonio, según la leyenda, fué asaltado á menudo por Satán, contra el cual luchó vigorosamente: así se decía en otro tiempo, pero nosotros, los que vivimos en pleno siglo XIX, debemos ver en su historia una alegoría, por la cual se quiere demostrar cómo la naturaleza castiga á los que alimentan doctrinas contrarias á sus leyes. Á un artista de ardiente imaginación, como es Morelli, que vive en una edad de positivismo, estábale reservado interpretar de nuevo la leyenda conforme á nuestra moderna composición. Las visiones de aquel monje se asemejan al famoso sueño de D. Rodrigo en la obra inmortal de Manzoni, y en este sentido se concibió y humanizó el asunto por Morelli. El santo, lívido, desencajado, casi cadavérico en su rigidez, está en un rincón de su celda; sus bra-



LA PROCESIÓN DE LAS HIJAS DE MARÍA EN VENECIA, cuadro de Enrique Serra

zos se oprimen convulsos sobre el pecho, tiene los puños crispados, y todo su vigor parece concentrarse en el esfuerzo que hace para vencer sus sensuales deseos por la voluntad y la energía. No fija la atención en las tentaciones que le rodean por todas partes en forma de cuerpos lascivos, cabezas, brazos, pechos y piernas, y todo aquello que puede excitar el apetito carnal; no ve el cuerpo macerado que se incorpora en el mísero jergón que sirve de lecho al asceta; no ve con sus ojos corpóreos, digámoslo así, pero lo distingue todo; y es porque lo que el cuadro representa sólo es el reflejo de la fantasmagoría del sueño: San Antonio sueña con los ojos abiertos. El artista ha querido mostrarnos el progreso de la alucinación, traspasando una vez más los límites pictóricos, puesto que en esta parte resulta lo indefinible; pero lo ha hecho expresamente para indicar la vaguedad de las formas que los objetos presentan en los sueños. También ha suprimido intencionadamente toda la figura completa de una mujer hermosa para expresar la tentación, poniendo en su lugar cabezas, brazos y piernas, que parecen flotar en todo el lienzo, mezcladas con mariposas, emblema de las ideas ligeras. No es la mujer en particular, sino los sentidos en general los que se conjuran contra el santo varón, destinado á inaugurar la era de la completa esclavitud de aquéllos. Aquí tenemos la lucha entre los ideales del antiguo y del nuevo mundo; aquí la antítesis en el drama de la vida, tal como lo representan la materia y el espíritu, la voluptuosidad y el misticismo, la carne y la religión. Después de exponer esta obra tan acabada, Morelli hizo un boceto sobre el mismo asunto, y en cierto modo, algunos le preferirían al cuadro: se representa al santo retrocediendo con horror hacia la pelada roca de su celda, á la cual se coge cual si quisiera invocar auxilio de la helada piedra. La figura del hombre tiene aquí una expresión más digna. En las dos obras se critica que las cabezas de las mujeres no sean hermosas ni los cuerpos perfectos; pero Morelli lo hizo así expresamente, teniendo en cuenta que en la alucinación no se ven los séres perfectos.

Como para formar contraste con este monje primitivo, Morelli ha pintado uno moderno en su «Viernes Santo,» ó *Vexilla regis prodeunt*, que se puede considerar como la sonrisa desdeñosa del Arte moderno ante la gastada fe, cuyo primer vigor nos ha dado á conocer también el artista. ¡Qué abismo separa á este mofletudo, sonrosado y risueño discípulo del Nazareno de aquel asceta del desierto Tebano! Apenas se puede creer que pertenezca á la misma religión ese cantante de salmos, ese hombre vulgar que va en procesión con un cirio en la mano, y cuya expresión apática revela que no piensa en nada, simplemente porque nada tiene que hacer ni que pensar.

Vemos, pues, como dijo muy bien un crítico italiano, que Morelli ha recorrido toda la gama de la historia de la cristiandad, representándonos la Madre y el Hijo, el Maestro y el Salvador. En su «Conversión de San Pablo» nos recuerda cómo el cristianismo tomó forma doctrinal en la persona de este apóstol, y de qué modo el Antiguo Testamento, la antigua civilización, retrocedió ante la nueva. En el «San Antonio» vemos que la fe ha llegado á las más sublimes alturas del sacrificio y que está á punto de caer y perderse por perniciosas influencias.



MUJER POBRE DE ROMA, dibujo de Leopoldo Roca

Toda la colección de las obras de Morelli presenta una serie razonada. ¿A dónde nos conducirá después? ¿Irá más lejos aún, mostrándonos la osificación de la fe, ó retrocederá ahora para continuar su narración de la «dulce historia de las antiguas edades?» Ya lo veremos.

Tal es el pintor italiano que, moderado en el gusto, sencillo en sus deseos, é indiferente al mundo que le rodea, vive y trabaja tranquilo en su estudio de Nápoles, tan absorto y feliz en su arte, que nunca experimenta el deseo de distinguirse ni de descansar.

H. ZIMMERN

EL DESCAMISADO

POR D. JOSÉ SELGAS (1)

I

Si hubiésemos de buscar el origen del tipo moderno que se nos viene á las manos, pidiéndonos los rasgos más salientes de su fisonomía, tendríamos que remontarnos al momento, ya bastante lejano, en que el hombre apareció sobre la tierra; más aun, al momento en que se encontró dueño del Paraíso, porque en esa ocasión es cuando por primera vez se nos presenta el hombre sin camisa.

¡Y véase qué caprichos suelen tener los idiomas puestos en bocas humanas! Llama el diccionario descamisado, en su sentido propio, al que es tan pobre que no tiene sobre qué caerse muerto, y cabalmente nadie más rico que el primer hombre, que poseyó él solo los pingües beneficios del Paraíso, mejorado en tercio y quinto con toda la extensión de la tierra.

Y aconteció, como la cosa más natural del mundo, que desde el momento en que, por razones que no son de este sitio, aunque en verdad caben en todas partes, perdió el perpetuo usufructo de lo que podemos llamar la casa solariega del linaje humano, fué cuando, advirtiendo su completa desnudez, comenzó á sentir que no le llegaba la camisa al cuerpo.

Parece cosa averiguada que ese paño menor, tan íntimamente unido á la parte externa de la personalidad humana, fué el primer movimiento, tímido si se quiere, pero al fin el primer movimiento del pudor, bella vergüenza en que el alma luego que deja de ser inocente intenta ocultarse y no hace más que descubrirse, porque, bien mirado todo, el pudor es á la malicia lo que el remordimiento al delito.

No es cosa, ciertamente, de poner la camisa sobre la cabeza en señal de homenaje, pero tampoco sería conveniente echársela á la espalda como cosa de poco más ó menos. Quiero decir, que la camisa empieza en una hoja de parra, y que en buena filosofía no es un mero detalle suntuario, sino más bien un sentimiento y hasta un consuelo, como si dijésemos el paño de lágrimas de las flaquezas humanas. Existe, pues, cierta relacion psicológica entre la camisa y el alma. Y aquí recomiendo al lector que conserve en la memoria la última observación hecha, porque sospecho que más adelante ha de convenir tenerla presente.

Adan es el primer descamisado que la historia nos presenta, como si desde el principio se nos hubiese querido advertir, que ese debía ser, figuradamente hablando, el destino del hombre sobre la tierra. Y, ¡válgame Dios! qué esfuerzos hace el ingenio humano por ocultar la humildad de su persona hasta á sus propios ojos. No obstante la antigüedad del caso, el tipo auténtico de la nueva especie, que mueve á escribir estos renglones, no aparece hasta el último tercio del siglo próximo pasado, que aso-

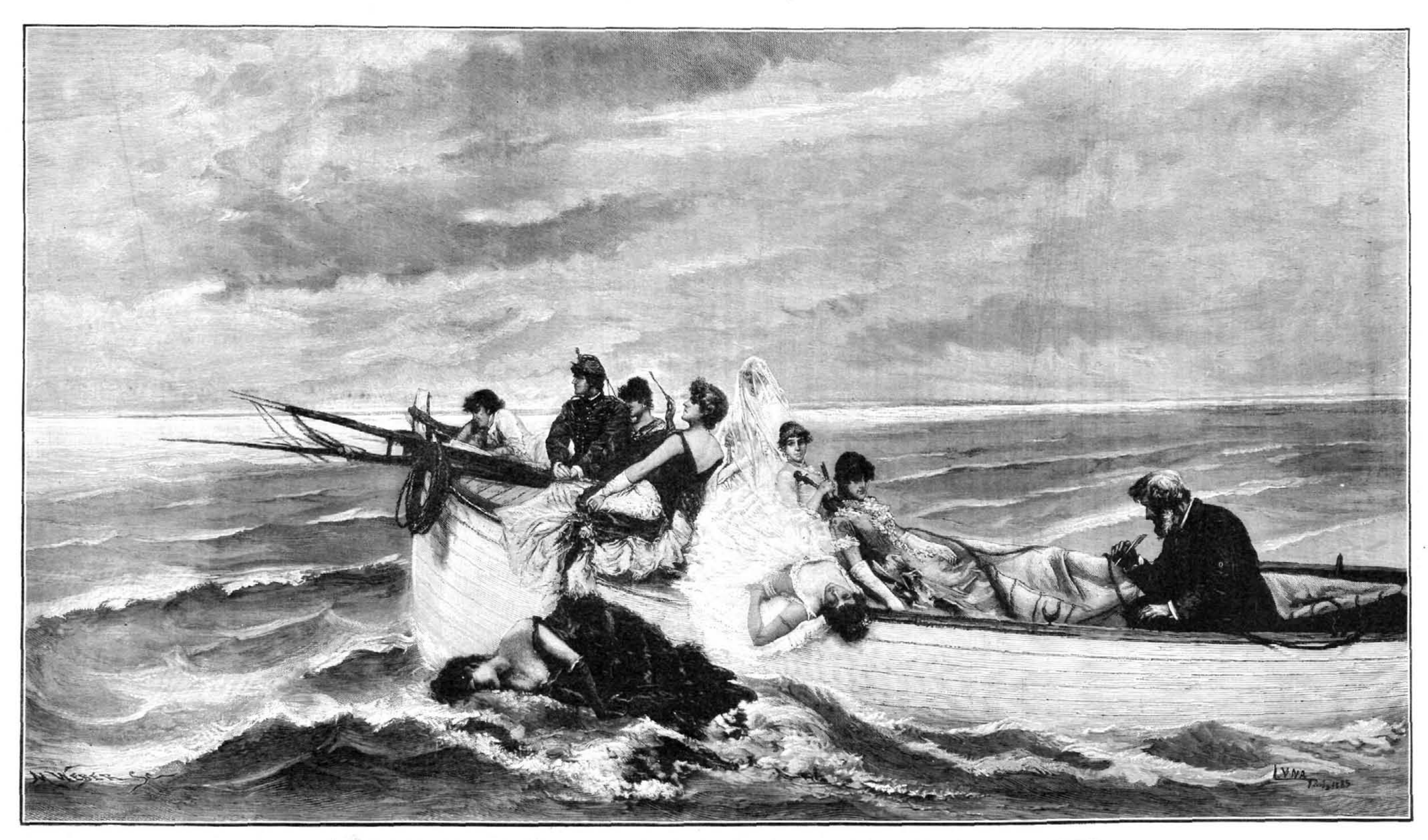
(1) Artículo tomado de la obra *Españoles, Americanos y Lusitanos*, obra publicada por D. Juan Pons en 1881, cuya segunda edición, ilustrada con cromos, se ha puesto á la venta.



TREN DE ADMINISTRACIÓN MILITAR ESPAÑOLA, cuadro del malogrado pintor español D. Ricardo Balaca



IMPULSO DE AMOR



¿Á DO VA LA NAVE?.....—¡QUIÉN SABE DO VA!.... cuadro de Juan Luna, según fotografía directa, grabado por M. Weber



¡CUIDADITO! Apunte de Marco Stone

mó la cabeza en Francia bajo el nombre de *sans-culotte*, sin calzones, traduciendo al pié de la letra; *descamisado*, haciendo la traducción más completa, que es la generalmente admitida.

Eso sí, Robespierre no fué indiferente á cierta pulcritud esmerada en la compostura de su *toilette*, ni Saint Just se desdeñó de dar al aspecto suntuario de su persona el elegante abandono de estudiada *negligée;* ni en fin, Danton, hombre de grande estómago, hizo nunca ascos á las apetitosas sugestiones del *menu*. Puede decirse que aquella generación descamisada no tenía al *confort* por enemigo de la patria; pues el mismo Marat, asta humana de la bandera de los harapos, se entregaba con frecuencia á las sensualidades del baño, si no en agua rosada, á lo menos en agua enrojecida por la sangre que hacia correr de la guillotina.

Cierto; mas fuera de esas genialidades particulares de aquellos *sans-culotte*, los pingajos triunfaron en principio, la miseria externa, como dando testimonio de las miserias interiores, se puso en moda y los *descamisados hicieron furor*. No hay para qué juzgarlos, puesto que ellos, que debieron conocerse bien, se condenaron á muerte sin apelación y sucesivamente se fueron decapitando unos á otros.

A los noventa años, poco más ó menos, el tipo se encuentra perfeccionado, y sería un error de señas ir á buscarlo á esas regiones donde la escasez ó la completa ausencia de los bienes de fortuna, ponen al hombre en la cumbre de aquel magisterio desde el cual se enseñan los codos. Las palabras, que al fin y al cabo no han hecho juramento solemne de conservar perpetuamente su sentido propio, gracias á la confusión de ideas, que reina y gobierna, experimentan desviaciones que las apartan de su significación verdadera; y las hay que, rompiendo completamente con la tradición, que en materia de lenguaje es la etimología, parece que se complacen en representar la idea contraria de lo que, según las leyes de la lengua, significan.

De esta especie de sentido contrapuesto participa como ninguna la voz *descamisado*, y es tal la fuerza de su concepto, permítaseme decirlo así, neológico, que ya no se usa como designación de un estado individual de material desnudez, sino como expresión de un desahogo particular del espíritu. No expresa la situación externa del cuerpo, sino más bien el aspecto interior del alma.

No son ociosas estas explicaciones si hemos de comprender bien el tipo, que no de muy antiguo ha obtenido carta de naturaleza entre nosotros. Por eso han sido necesarias algunas palabras acerca de su origen, y alguna indicación aclaratoria acerca del sentido de su nombre.

II

Nace el *Descamisado* ni más ni menos que el resto de los simples mortales, porque la naturaleza, más democrática que los hombres, no le ha concedido privilegio ninguno. No preguntéis en qué cuna se mecieron los primeros años de su vida, pues humilde ó excelso, según las vanidades del mundo, el linaje no ejerce influencia alguna en su naturaleza.

Tampoco es fácil reconocerlo á primera vista en el movimiento continuo de la vida, porque su apariencia más bien descubre al hombre entregado á la sabrosa indolencia de los goces materiales que al espíritu sombrío que busca en la destrucción universal los *ideales*, como ahora ridículamente se dice, de una creación enteramente nueva.

Si en efecto la curiosidad de conocerlo nos mueve á buscarlo, no hay que perder el tiempo registrando los talleres, indagando en las fábricas, descendiendo á esas últimas regiones de la sociedad en que el hombre compra el sustento de su vida ignorada con el sudor de su frente, porque á este tipo que bosquejamos jamás se le encuentra oculto bajo el polvo del trabajo.

No llaméis á las puertas desvencijadas de esas viviendas reducidas á la estrechez de cuatro paredes desnudas, donde la familia tiembla de frío, se ahoga de calor ó se muere de hambre, porque el *descamisado* de nuestros días entiende la vida de otra manera, y la penuria de la escasez y la dureza de la miseria son cosas que no le hacen maldita la gracia.

Si hemos de tropezar con él, hay que penetrar ya en este, ya en el otro círculo de recreo, con tal de que el aspecto de la casa revele cierta opulencia y ofrezca aquellas confortables comodidades que se han hecho indispensables para convertir en paraíso de delicias este mundo incorregible, empeñado en llamarse valle de lágrimas.

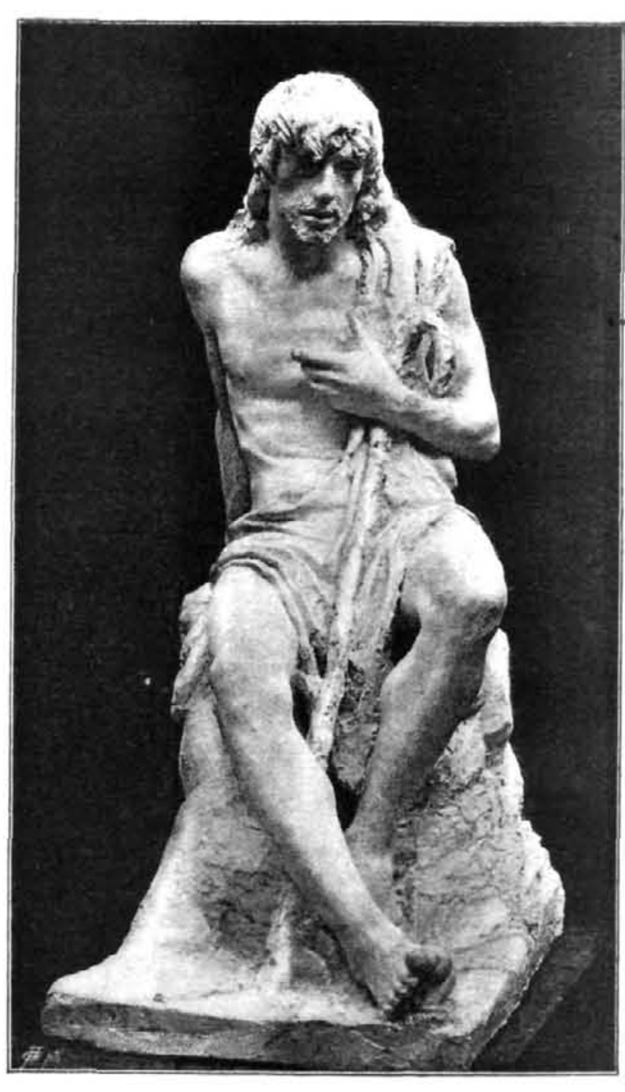
Si como es cosa corriente en las interioridades del edificio, adonde, dicho sea de paso, concurren también gentes, digámoslo así, sencillas, á quienes nadie señala con el dedo, hay una habitación algo separada de las demás, y dispuesta de modo que los aficionados á las eventualidades de la suerte, busquen en los caprichos de la fortuna las satisfacciones de la vida, seguramente allí encontraremos el tipo de una de las ramas de la familia; quizá al embrión de la especie.

Juega, ya por placer, ya por costumbre, ya por necesidad, y en cualquiera de los tres casos es capaz de jugarse hasta la camisa que lleva puesta, contingencia que no lo pone nunca en el caso de quedarse sin ella, pues la circunstancia más característica del *Descamisado* que describimos, es cabalmente, no sólo la camisa, sino la camisa limpia, inmaculada, exquisita.

Allí se le encuentra, bajo ese exterior que descubre el desahogo del bienestar y la posición fácilmente adquirida de los goces materiales, empeñados en ser el único destino del hombre sobre la tierra.

Exteriormente, si no es siempre la opulencia deslumbradora de todas las vanidades satisfechas, es cuando ménos el aspecto de esa holgura, ya que no envidiable, envidiada, con que cuentan los hombres felices que pueden decir: «Para mí se ha hecho el mundo.»

Interiormente es un espíritu completamente desnudo, un alma, que, si me es permitido decirlo así, enseña por todas partes los codos, que atestiguan la desolada miseria en que vive.



EL HIJO PRÓDIGO, escultura de Llimona

Dios, entre las cuatro paredes de su entendimiento, no viene á ser más que una mera abstracción, una antigualla, buena sin duda para dormir á los niños en la infancia del mundo.

La sociedad ya es otra cosa, por lo menos desde que Juan Jacobo Rousseau descubrió el contrato social. Es una compañía, hasta cierto punto anónima, representada por acciones de bancos y por acciones de guerra, donde se cotizan y negocian, con la prima que permita el estado de los mercados, cuantas malas acciones se presenten al cambio. La empresa tiene por objeto definitivo la gran obra del siglo, la de vivir lo mejor posible.

El hombre no es á los ojos de este *Descamisado*, equívoco si se quiere, pero realmente auténtico, más que uno de aquellos hermosos cuadrúpedos que, según Horacio, formaban la piara de Epicuro.

Chevalier es un economista que ha dicho: «Nuestra civilización se ve obligada á hacer una triste confesión: en nuestros estados libres, que tanto se glorían de sus progresos, hay una clase de hombres cuya condición es víctima de la abyección, y esta clase parece que tiende á propagarse más de lo que se había visto en la mayor parte de las ciudades antiguas.»

Otro economista de cuyo nombre no me acuerdo, observa que la miseria crece en la misma proporción que el lujo.

Pues bien, el *Descamisado* ha venido á ser por el movimiento natural de las cosas el ejemplo personal de las averiguaciones hechas por la ciencia económica en el conjunto total de los pueblos civilizados.

Los economistas no se han fijado más que en la multitud, y han separado lo que al mismo tiempo consideran inseparable, á saber, la miseria y el lujo, y han visto la miseria en unos y el lujo en otros, sin caer en la cuenta de que existe una nueva especie que facilita la realización del fenómeno económico dentro de cada individuo.

La miseria escondida en el fondo del alma, el lujo colgado, digámoslo así, por toda la exterioridad



ESTUDIO Á LA PLUMA, de C. E. Wilson

de la persona como una corte suntuosa en un día de gala. Tal es el nuevo *Descamisado*, conforme al sentido, si no etimológico, filosófico sin duda alguna.

Mr. Chevalier tiene mucha razón al asegurar que esta clase tiende á propagarse más de lo que se había visto en la mayor parte de las ciudades antiguas.

Pero el sabio economista no ha visto más allá de sus narices (defecto de que suelen adolecer los sabios), pues no ha encontrado por una parte más que la desnudez de los *descamisados* originarios, de los *descamisados* tradicionales, y por otra parte la opulencia deslumbradora á que han aspirado los hombres de todos los tiempos; mas no ha advertido que uno y otro extremo, por la ley de misteriosas atracciones, se hallan ya confundidos en un mismo individuo.

El *Descamisado*, resulta que viene á ser el gran fenómeno económico de nuestros tiempos, y como la síntesis del estado moral económico del mundo moderno.

Decir *descamisado*, es lo mismo que decir lujo y miseria.

III

De la sala de juego al salón de buen tono hay tan poca distancia que el *Descamisado* puede sin grande esfuerzo salvarla de un solo salto. No digo yo que se levante para recibirlo el arco de Tito, pero todas las manos se le tienden, todas las bocas le sonríen, y si como el destructor de Jerusalén no es precisamente la delicia del género humano, la gente que se viste tres veces al día no tiene inconveniente, ya que no en abrirle los brazos, por lo ménos en abrirle de par en par las puertas del gran mundo.



TIPO DE OFICIAL DE FEDERICO EL GRANDE, dibujo de Adolfo Federico Menzel

En rigor el *Descamisado* se presenta de una manera irreprochable; están perfectamente tomadas todas las precauciones que la *toilette*, digámoslo así, oficial, exige; la camisa es blanca como la nieve, la corbata compite en blancura con la camisa, el frac incorregible, esto es, correcto; el aire suelto y desenfadado como corresponde al hombre que sabe perfectamente que ha nacido en su tiempo. En todo aquello que entra por los ojos nada hay que pedirle.

Su erudición en punto á *menus* es realmente amena. No hay plato ni por nuevo ni por exquisito que no se halle anotado en el registro suculento de su paladar. Saborea las delicias de la mesa como quien sabe hacer los honores debidos á la digestión, y puede decirse, fuera de toda lisonja, que es un estómago sublime.

Príncipe ó duque, potentado ó simple particular, porque de todas clases se dan ejemplares, sigue sin rebozo las corrientes de su siglo, con tal de que la mesa sea apetitosa, el salón confortable, la vida muelle y regalada.

¿Qué hay que sacrificar á la realidad continua de esas satisfacciones?... Pedidle sacrificios, en la inteligencia de que no ha de escasearlos; lustre de la familia, amistad, favores alcanzados, respetos debidos... todo está pronto á sacrificarlo. Socialista activo en el fondo de su manera de ser, huye de todo trabajo útil y se declara individualmente en perfecta huelga.

Y es razonable. Separa con bastante acierto las debilidades de la materia,' de las fortalezas del espíritu; deja al cuerpo que satisfaga todos los caprichos de sus apetitos, y echa sobre los hombros desnudos de su inteligencia la balumba de los grandes problemas. Es... lo diré en francés para mayor claridad, es lo que llamamos un *esprit fort*; pero téngase en cuenta que los *espíritus fuertes* son cabalmente los que tienen la carne más flaca; ¡y eso que se dan tan buena vida!

Allí, en el casino, por ejemplo, junto á la chimenea, abandonado al muelle regazo de la butaca, exhalando en repetidas bocanadas de humo el jugoso perfume de suculento tabaco, con los pies casi á la altura de la cabeza, mediante la silla sobre la que los tiene colocados para mayor delicia, discute con énfasis trascendental los puntos más salientes de las cuestiones sociales, puestas á la orden del día por el furor inagotable de la controversia.

La libertad humana, los derechos del hombre, los títulos de las clases desheredadas á la posesión del mayorazgo universal, la ignominia del trabajo, las oscuridades de la propiedad... todo lo examina, lo expone y lo resuelve de plano, merced á la abundancia de lugares comunes con que la ignorancia invencible de que hablan los teólogos ha enriquecido el lenguaje de los sabios. Porque nuestro tipo es casi orador, semi-filósofo y hasta medio literato. ¿Por qué no? Cabalmente el *Descamisado* de que tratamos posee como única virtud, la cualidad intrínseca de ser co-partícipe privilegiado en la herencia del mundo; quiero decir, de serlo todo á medias.

¡La libertad humana!... ¿Quién—pregunta,—puede

Estudios para el renombrado cuadro: LA HERRERIA, pintado por Adolfo F. Menzel, existente en el museo nacional de Berlín



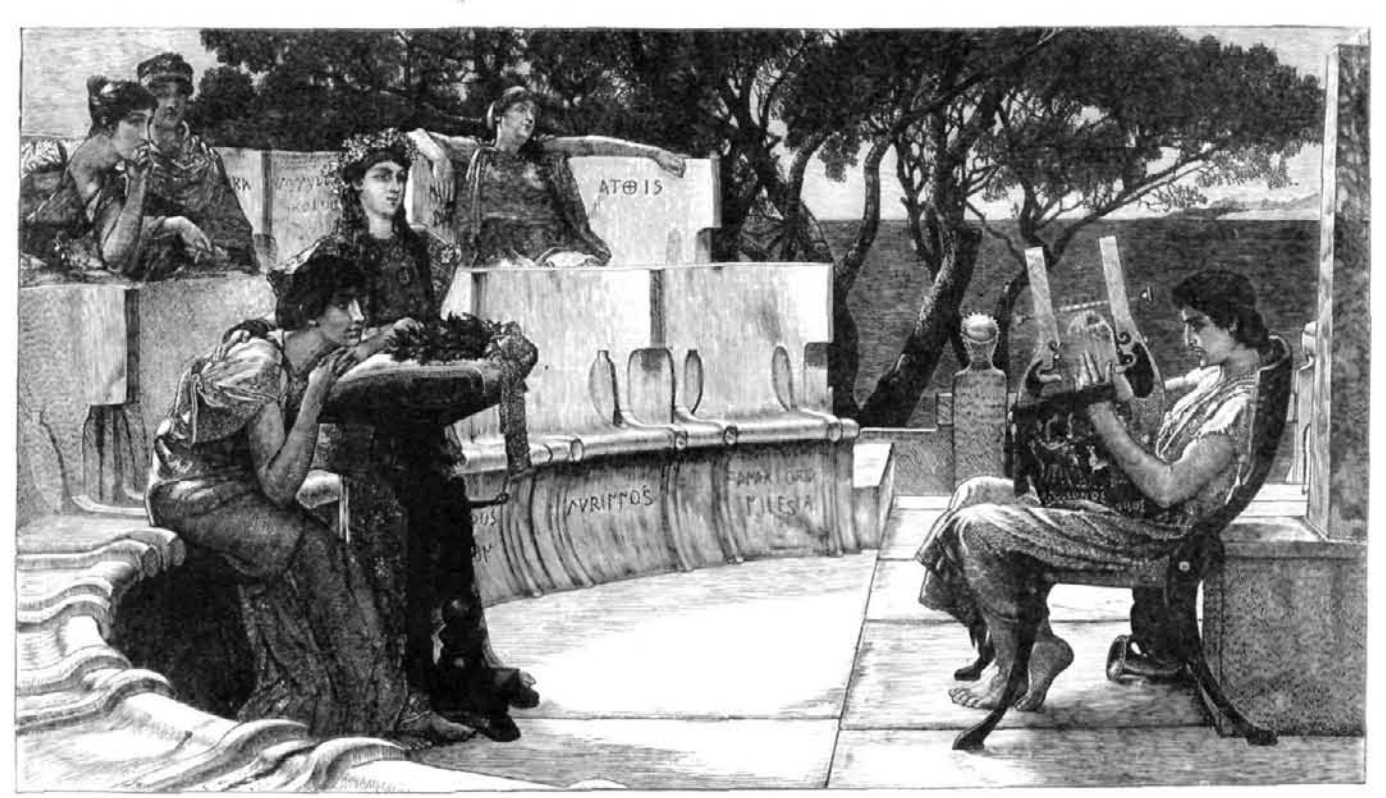
CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de Alberto Durero

ponerle límites?... ¿Acaso la bestia salvaje ha de ser más libre que nuestra especie? ¡Los derechos del hombre! Eso es definitivo. Todavía las leyes pretenden limitar el ejercicio ilegislable, imprescindible del *Yo* humano; pero la ciencia, señores, no hay que darle vueltas, acabará con la ley. En vano los escrúpulos supersticiosos de una moral añeja se obstinan en condenar el suicidio. ¡Qué aberración! Cuando se le ha dicho al hombre que puede disponer libremente de su alma entregándola, ya á esta creencia, ya á la otra, ya á ninguna, se quiere impedir que disponga de su vida. ¡Las clases desheredadas! No puedo volver los ojos hacia esa parte de la sociedad sin que se aflija mi alma, y me refugio indignado en el fondo de las mayores comodidades como una protesta viva. ¡El trabajo! ¡Ah! ¡Todavía existe esa palabra en el diccionario de las lenguas cultas! Yo pregunto: ¿Por qué la pobreza ha de ser un delito que se condene á la pena de trabajos forzados? ¡La propiedad! Sí, cierto, cuestión delicada, porque al fin beato el que posee, pero también tendrá su término esa beatería, y entretanto, convengamos en principio en que todo es de todos.

Tal es el *Descamisado* por dentro en las grandes cuestiones del día.

En los salones del buen tono sus tesis no participan de menor desnudez. El amor libre no le parece más que una fórmula nueva, á la cual no hemos acostumbrado todavía el oído, y reclama en su apoyo todos los derechos de la naturaleza. No sabe por qué no ha de ser libre la afición más espontánea de que es capaz el mecanismo humano. La mujer,—dice con exquisita galantería,—no merece ser engañada nunca; permítasenos la libertad de dejar una por otra y no nos veremos en la necesidad de engañarlas. El amor no se puede tomar como la vida, que ha de durar necesariamente hasta la muerte; y sin embargo, ¡quién no cambia de vida!... ¿Es por ventura el amor una obligación? Si lo fuese, ¿qué mujer sería amada?

Por lo que hace á las costumbres es el defensor asiduo de cuantas debilidades caen en el platillo de las conversaciones.



SAFFO, cuadro de Alma Tadema

Una infidelidad... ¡Phs! ¡Mire usted qué arco de iglesia! El mundo está aún lleno de preocupaciones. Ya no hay más infieles que los moros. La mujer propia no es una esclava: y después de todo, un marido que encuentre quien le ayude á llevar la cruz del matrimonio no tiene por qué quejarse.

Una traición... ¡Bah!... El mundo está muy adelantado para que semejante cosa escandalice á nadie. El éxito es el juez definitivo: el fin justifica los medios.

En cuanto á los diferentes modos de vivir á que el hombre puede apelar, sostiene que no hay más que uno, á saber: vivir bien, vivir lo mejor posible; buena casa, buena mesa, todas las comodidades del bienestar, un lujo desahogado, razonable. Su tesis económica es ésta: que el dinero, sea el que quiera el origen de que proceda, vale siempre lo mismo, que es absolutamente necesario para la vida, y que hay que buscarlo donde se halle, ó convertirse en monedero falso, sistema hasta cierto punto desacreditado.

En resumen: el *Descamisado* es ese gran perdido, ese perdido fastuoso que nos encontramos en todas partes.

IV

Acaso se crea que son demasiado vagos los contornos en que hemos diluído el bosquejo de este tipo, que en último resultado se confunde con la especie, conocida en todos los tiempos, de esos hombres que echan el cuerpo adelante al mismo tiempo que se echan el alma á la espalda. No me opongo á la fuerza de tan juiciosa observación, pero téngase en cuenta que el nuevo sentido de la voz *descamisado* se ha hecho para designar en la presente época á esa especie de todos los tiempos.

Mas si se quieren líneas más precisas que determinen bien el tipo original que la palabra por filosófica ampliación determina, ahí está la historia que no nos dejará mentir, y que sin andarse con rodeos inútiles y con vanas salvedades retóricas, nos presenta de golpe y de cuerpo entero en su doble naturaleza jerárquica y descamisada el ejemplar auténtico del género verdaderamente descamisado.

A manera de anuncio del ser compuesto que, andando el tiempo había de circular en el mundo como moneda corriente, aparecen á nuestros ojos unidos en una misma persona, en un solo individuo, el duque de Orleans y *Felipe Igualdad*. Marat no fué en sustancia más que el embrión, el conato, la intuición imperfecta, incompleta del tipo, la cuna de la especie. Tomó la natural desnudez con que todo nace por forma auténtica y definitiva de la regeneración social, y elevó los harapos á la jerarquía de las ideas. Fué, si no hay inconveniente en que así se diga, el tipo inconsciente, espontáneo, la infancia del arte, el pedazo de mármol de que había de salir después la verdadera estatua, esto es, el *Descamisado* suntuoso, el que se codea en los salones con las más altas jerarquías, el que viste soberbios uniformes, el que habita en palacios, tal vez el que ciñe corona.

La corrección no se detuvo mucho tiempo y la idea desnudamente expuesta por Marat encarnó bien pronto en *Felipe Igualdad*, ¡ohpudor! conservando la camisa, no así como se quiera, sino exquisita, pulcra, intachable, dos por lo menos cada día, una, si es preciso, para cada hora.

El infeliz que por las adversidades de la suerte se encuentra condenado á no tener camisa, ¿qué ha de hacer más que apetecerla? ¿Se resigna nadie á vivir sujeto á la triste condición de que no le llegue nunca la camisa al cuerpo? Ese es el *descamisado* involuntario. Si al niño recién nacido por su desnudez originaria no se le puede llamar propiamente *descamisado*, por la misma razón no debe designarse con ese nombre al que no lleva camisa, sencillamente porque no la tiene.

No, ese no es un tipo moral que forme especie, y cuyos ejemplares obedezcan á leyes comunes; son casos aisla-

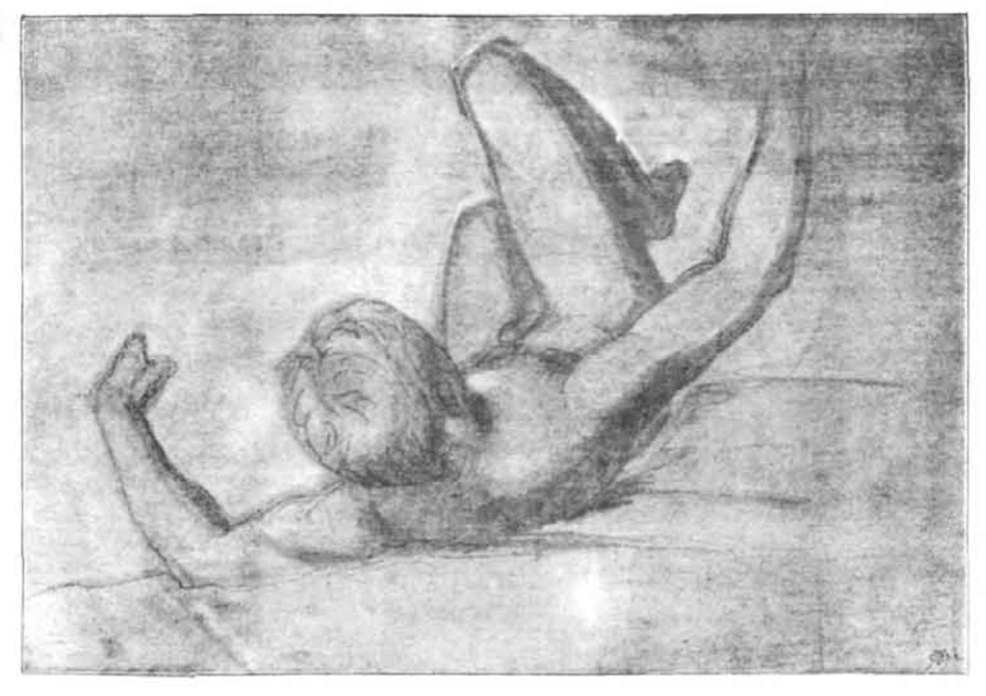
dos, fortuitos. La palabra no ha hecho fortuna, merced á tan mezquina significación, porque entonces, ¿qué palabra no sería célebre? Su valor consiste en la perspicacia con que su sentido designa, no la desnudez material del cuerpo, sino la desnudez moral del alma. A un cadáver no se le llama desalmado, á pesar de que no tiene alma, porque desalmado no es el que no la tiene, sino el que no quiere tenerla.

Del mismo modo cuando nos valemos de la palabra *descamisado*, más que un orden de hechos pretendemos expresar un orden, digámoslo así, de ideas; más que una clase de pobres desventurados, se nos presenta una especie de dichosos aventureros. Así resulta que no es el desorden externo de la persona lo que determina y caracteriza el tipo, sino el desorden interno que se descubre al través de las galas del vestido.

Para determinar más esta diferencia que salta á la vista, basta observar dos hechos constantes, que el movimiento agitado de la vida que traemos, nos pone de continuo ante los ojos. Son dos hechos al parecer contradictorios y que en el fondo se corresponden. Obsérvese cuán penosamente, si llegan á conseguirlo, salen de pobres los que no tienen camisa, y véase de paso con cuánta facilidad prosperan los *descamisados*. A la vez que los primeros se ahogan en la estrechez de la miseria, los segundos se mueven en la holgura de la comodidad y del regalo.

No es el *sans-culotte* inculto, de aspecto patibulario, de semblante sombrío, que ha tomado su descontento por opinión, su fuerza por ley y su cólera por potestad. Nada de eso. Es el *sans-culotte*, sí, pero culto, limpio, risueño, hasta afable... ¡qué digo!... tolerante, que toma las cosas como vienen, que vive arriba y piensa abajo, que medita hondamente en las necesidades de los pueblos porque en la descendencia corriente de las palabras, popularidad viene de pueblo; que adivina los caprichos de las multitudes para anticiparse á propagarlos; que profesa los errores más halagüeños á la ignorancia del vulgo como gracia que concede ó como lisonja que tributa.

Por último, si es simple particular desdeña en principio las jerarquías, pero tiene su asiento en la mesa de los potentados.



ESTUDIO, en el álbum de Arturo Fitger

Si es marqués, conde, duque, príncipe, desprecia sus títulos, pero los lleva.

No es posible describirlo con todos sus pormenores, porque en la mayor parte de ellos se confunde con el resto de los hombres; pero, no importa, porque es imposible desconocerlo.

LOS CANDELEROS DE PLATA

POR D. PEDRO M.ª BARRERA

(Continuación)

Después de pronunciar estas palabras se volvió hacia la pared y guardó tenaz silencio, á pesar de que la vieja le hizo varias preguntas en que á vueltas de calificaciones lisonjeras para la huérfana se traslucía el despecho de no adivinar todo el alcance de lo que acababa de oir, con el prurito de conocer los planes de Cosme y los medios de que disponía para darles cima.

No tardaron en regresar del valle de Mondariz Ourogue y Socorro, muy ajenos de cuanto había sucedido en su ausencia. Cuando pasaron por la Ramallosa y Savarís, la muchacha creyó notar que sus conocidos volvían la cabeza aparentando que no los veían; al llegar al riachuelo del Burgo, se persuadió de que las lavanderas, amigas suyas, evitaban el hablarle; al entrar en la villa, observó que hombres y mujeres la miraban con extraña curiosidad, cuchicheando misteriosamente; y cuando, preocupada por aquellos inequívocos indicios de desvío, pasó los umbrales de la casa de su protector, la preocupación tomó forma de angustioso presentimiento, porque la mujer del señor Liberato, abrazándola y besándola repetidas veces, y derramando abundantes lágrimas, no cesaba de exclamar: – ¡Hija mía!... ¡hija mía!

– ¿Qué demonios ocurre? – gritó amostazado el anciano, que desde la Ramallosa había ido haciendo las mismas observaciones que su compañera de viaje, y no pudo ocultar más tiempo la agitación de su espíritu.

La interpelada, sorprendida por aquella pregunta tan natural, después de un momento de vacilación contestó:

– Cosme ha estado muy malito... no ha salido al mar desde que os fuisteis; pero ya ha echado fuera la ruinera, según dice el médico.

Conoció Ourogue que su costilla buscaba el modo de llegar por el camino más largo y tortuoso á algo que quería y no quería decir, y que debía ser la clave de cuanto él había visto y observado desde su paso por la Ramallosa. Socorro, olvidándose de sí misma al saber lo ocurrido á su novio, como si toda su sensibilidad y todos sus pensamientos y toda su vida no tuvieran más razón de ser ni más raíz que el solo sentimiento, la idea única y el exclusivo objeto de su amor al elegido de su corazón, fijó sus hermosos ojos en el antiguo pescador y entreabrió la boca para traducir en palabras lo que con claridad y elocuencia estaba diciendo su mirada; pero arrebolando sus mejillas el santo carmín del pudor, bajó la cabeza y apenas se atrevió á balbucear esta frase: – Y si ya está bueno, ¿cómo es que no va á la pesca?

LAS HILANDERAS cuadro de Velázquez



UNA DE LAS SIBILAS DE SANTA MARÍA *della Pace*
Facsímile de un estudio de Rafael, imitando á las famosas Sibilas de Miguel Angel

– Pronto lo sabremos, – replicó el señor Liberato. – Desde aquí á su casa no hay mucho que andar, y allá me planto sin quitarme el polvo del camino.

– Espera, – dijo la mujer; – que si á tí te ven sucio pensarán que yo he dejado de ser limpia. Ven, te pasaré un cepillo por esa ropa.

Llevóse á su marido lo más lejos que pudo, y bajando la voz y con pocas palabras, le contó muy apurada que Socorro estaba perdida. Cuando concluyó, el anciano, tan sereno entonces como alterado momentos antes, exclamó:

– ¡Qué peso me has quitado de encima! Yo te prometo que muy pronto los mismos que han inventado esa calumnia proclamarán á voz en grito la inocencia de Socorro.

– ¿No me engañas?

– ¿Te he engañado alguna vez? Pero háblame de Cosme: ¿es verdad que está enfermo?

– Lo ha estado. Su abuela dice que hoy está tolo; pero el médico asegura que tiene mejor salud que nunca.

– Voy, voy á escape á verlo. ¡Ah!.. reza por el alma de nuestro pariente el señor abad de Mondariz. Ha muerto en mis brazos con la tranquilidad de un justo: ya te contaré...

– Dios le tenga en su santa gloria.

Abrió Ourogue un armario del que sacó unos papeles, y se echó á la calle, no sin decir antes á la huérfana: – Mal rato hemos pasado desde la Ramallosa á Bayona; pero el timón está en mi mano y llegaremos á puerto: no te amilanes.

Poco tardó aquel honrado hijo del mar en estar junto al no menos honrado Mourelo, que, tendido sobre el jergón de hojas de maíz, oía á la sazón, como el que oye llover, el cotorreo que en la misma estancia sostenía la señora Decorosa con algunas vecinas.

Al ver á su amigo, Cosme, incorporándose, dijo: – ¡Gracias á Dios que ha vuelto! ahora podré abandonar esta cama, de la que ya estoy harto.

Las mujeres, que habían cerrado el pico al tomar la palabra Cosme, no perdieron ni una sola de las que mediaron entre los dos pescadores, y regocijadas las más y asombradas todas, se fueron enterando de que el señor Liberato tenía en su poder una factura y una carta de un platero de Vigo; de que la factura se refería al coste de los candeleros del altar de Santa Rosa; de que la carta expresaba que á la chapa de plata del pie de cada candelero llevarían éstos, como se pedía, en la parte interior adherida otra chapa con esta leyenda: «Socorro Patiño á Santa Rosa de Lima por haber salvado la víspera de un domingo de Ramos de una horrorosa borrasca al marinero Cosme Mourelo;» de que la noche del robo la huérfana faltó al rosario del convento porque estuvo ocupada en hacer los preparativos del viaje á Mondariz; y por último, de que el señor Liberato, no sólo pensaba enseñar á todo bicho viviente la carta y la factura, y conseguir, aunque tuviera para ello que acudir á la justicia, que las monjas dejasen despegar ante testigos la chapa del pie del candelero que no había sido robado, á fin de poner tan claro como la luz del sol, el hecho de que se achacaba el robo precisamente á quien menos podía caer en la tentación de cometerlo, sino que además se dedicaría con tal ahinco á descubrir al ladrón que esperaba lograr con sus pesquisas lo que no habían conseguido las del juzgado.



ESTUDIOS DE RAFAEL SANZIO

No fué mayor el asombro de las mujeres que el inefable júbilo con que oyó Cosme al anciano: reía como un niño al saber que la demostración de la inocencia de su amada era cosa fácil, inmediata y de innegable evidencia: lloraba de contento, de gratitud y de ternura al enterarse del origen de los candeleros, de que nunca le había hablado Socorro. Sin embargo, al terminar Ourogue la relación de lo que podía y pensaba hacer, el nieto de la señora Decorosa quedó silencioso y grave; y aunque no tardó en mostrarse de nuevo alegre y expansivo, claro revelaba su semblante que aquella alegría no estaba exenta de tristeza.

– ¡Bueno, bueno! – dijo: – Dios me libra de tener que tomar cartas en este juego. ¡Qué bien he hecho en esperar á que regresaran de su viaje!... ¡Bueno, bueno!... Mi abuela, ahí queda libre el jergón: múllalo ahora todas las veces que quiera. Y yo necesito andar: y yo necesito respirar el aire de la playa... Vámonos, señor Liberato; tenemos todavía mucho que hablar.

Salieron los dos pescadores. Las vecinas, muertecitas de curiosidad, porque para ellas era indescifrable charada lo que sobre Dios y el jergón había dicho Cosme, y porque sospechaban que no sería menos sustancioso lo que aun hablasen aquellos dos hombres que lo que en la casa habían hablado, aceptaron el único partido que les quedaba disponible, que fué ir á visitar comadres con el objeto de ser trompetas vocingleras del inesperado sesgo que tomaba el asunto del robo, y deshacerse en elogios de la huérfana, acaso para dar á entender que no figuraban entre las que sin piedad le habían roído los huesos.

Mientras tanto, Cosme confiaba á Ourogue que apenas viese á Socorro pensaba tomar el camino de Vigo, decidido á venderse por nueve onzas y media para servir en barco de rey cuatro años, y le encargaba que recogiese el bote del Panjón y lo matriculase como de la propiedad de la huérfana, poniéndole el nombre de ésta y manejando para ella tanto lo que produjese la pesca como las nueve onzas y media que le enviaría en cuanto las cobrase. El anciano opuso á Cosme mil reparos: pintóle á su modo todas las felicidades que disfrutaría uniéndose sin demora á la mujer que tanto amaba y de quien tanto era amado: hizo minuciosa y exagerada relación de todas las penalidades que le esperaban en la marina de guerra; pero ¡que si quieres!... El joven lanzaba cada suspiro capaz de derribar á un buey; juraba que por un solo cabello de su novia se dejaría cortar las dos orejas; y por último, con un acento que tenía más de rugido que de voz humana, hacía punto diciendo: – Mi resolución es y debe ser irrevocable. No hablemos más de esto.

La entrevista con Socorro fué breve. La mujer de Ourogue, segura de que la verdad quedaría en su lugar, había referido *ce* por *be* á la pobre muchacha el milagro que le colgaban. Lágrimas como puños lloraban una y otra cuando entraron en la casa los dos pescadores.

– ¿Ya sabes lo que pasa? – dijo Cosme: – pues sobra el llanto. Si el señor Liberato no tuviera, como tiene, pruebas para hacer callar á los calumniadores, yo lo arreglaría todo en cinco minutos.

La muchacha, con la grandeza de un espíritu verdaderamente superior, se limitó á contestar: – ¿Y qué me importa eso á mí? Siendo yo como Dios manda; no dudándolo tú ni los que me recogieron compadecidos de mi orfandad; que los demás digan lo que quieran ¿qué me importa? Pero yo sé por qué lloro.

– Es que los demás, – replicó la mujer del anciano, – nos hubieran hecho pasar muchas amarguras á quedar las cosas como estaban. Ahora es distinto: descubrirán al ladrón y no faltará quien venga á decirnos su nombre.

– Lo que nos interesa, – exclamó el señor Liberato, – es saber quién ha inventado la calumnia, y no tardaremos en averiguarlo. ¡Vaya si lo averiguaremos!

– No quiero saberlo, – dijo Socorro: – le odiaría y no quiero odiar á nadie; desearía su mal, y no quiero desear el mal de nadie.

Aquel mismo día salió Cosme para Vigo. Podía ahogársele con una hebra de seda y tenía el corazón angustiado y dolorido.

Avanzando por las ásperas cuestas de Nigrán encontró á una cuadrilla de hombres y mujeres ocupados en partir piedra junto á la cuneta del camino real, que para él fué entonces camino de la gloria porque aquella gente hablaba de la huérfana poniéndola á dos dedos de la inmaculada madre del Redentor. ¡Con tal rapidez habían arrojado á los cuatro vientos las vecinas de la señora Decorosa las importantes nuevas de que por casualidad eran sabedoras!

El señor Liberato enseñó la carta y la factura del platero á todo el que quiso verlas: en el convento quitaron la chapa del pie del candelero no robado, para que por medio del sacristán pudiera andar de mano en mano: y el juez municipal, sincerándose de habladurías, hizo público que si durante la sumaria puso especial empeño en salvar á Socorro, fué porque la priora del convento, persona incapaz de mentir, le había manifestado que toda la comunidad sabía á ciencia cierta que no era la huérfana quien tendría que dar cuenta á Dios del sacrílego robo.

– Eso de que las monjas sabían que Socorro no había atrapado el candelero, no lo veo yo muy claro, – decía á una mandadera del convento un calafate enemigo de pensar bien del prójimo.

Y la mandadera le contestaba: – Pues lo sabían porque la madre tornera la conoció cuando fué á dejar en el torno los dos candeleros con una papeleta que decía: «Para el altar de Santa Rosa.»

– ¿Y por qué lo han callado hasta ahora?

– Porque los llevó recatándose para que no le vieran la cara, y comprendieron que deseaba que no se supiese quién hacía la ofrenda.

– ¿Y por qué lo han contado después?

– No lo han contado: sólo han dicho que la comunidad sabía que la huérfana era ajena al robo.

– ¿Y por qué lo cuentas tú en vez de guardar el secreto?

– Porque yo no soy monja y porque me da la gana.

Todas estas cosas reunidas cambiaron de tal modo las corrientes de la opinión que cuando cualquier marido estaba poco satisfecho del entendimiento, de la rectitud ó de la laboriosidad de su consorte, lamentaba que no se pareciese á Socorro; cuando dos amantes andaban de monos por si tú me quieres poco ó si á mí me quieres menos, no faltaba alguna indirecta de la parte masculina hacia los votos que la mujer que ama de veras suele hacer á los santos de su devoción para que libren de peligros á la persona querida; y cuando se trataba de aplicar á una joven la mayor alabanza posible, se decía sencillamente: es otra Patiño. *Item más:* después de que varones y hembras adquirieron la persuasión de que habían sido sin quererlo cómplices de una villanía, entró á todos deseo irresistible de descargar la conciencia, poniendo cada cual por su parte un poco para descubrir al ladrón verdadero y el origen del lamentable error en que el pueblo en masa había incurrido. Y el resultado fué que de unos en otros, diciendo éste «á mí me lo contó Pérez,» aquél «á mí López,» el de más allá «á mí Fernández,» etc., etcé-

tera, llegó rodando la pelota al punto de partida, y quedó demostrado que al salir del rosario la señora Decorosa la noche del robo, dijo al hojalatero que la señora Agueda y otras, habían visto á Socorro apoderarse de la alhaja, y la señora Agueda, poniendo por testigos á Dios y á toda la corte celestial, aseguró por su parte, que la señora Decorosa, durante el rosario, había sido la que á ella misma le había dicho que acababa de ver robar el candelero. Por igual procedimiento se supo que la señora Decorosa había inventado la poco caritativa especie de los dares y tomares del castillo de tablones del muelle: y atando con estos cabos el de que la vieja era enemiga declarada de que su nieto se casase, y el de que los muebles comprados por Socorro y el bote encargado por Cosme en el Panjón, estaban oliendo á boda como á yodo la brisa marina, formóse un cable capaz de sostener por los siglos de los siglos las siguientes afirmaciones: Primera: – Que la abuela de Mourelo era una vieja hipócrita, borrachona, infame y bruja, cuya última hora esperaban impacientes todos los demonios del infierno para empezar á darle el pago de sus fechorías. Segunda: – Que nadie más que aquella vieja, bruja, infame, hipócrita y borrachona, podía ser la ladrona del candelero.

A todo esto, Socorro seguía llorando á lágrima viva. Y ¿cómo no, si enterada por Ourogue de la ausencia y planes de Cosme, y de los encargos que le había hecho, veía en todo ello que dos almas abrasadas en mutuo y purísimo amor, nuncio de venturas celestiales, pueden por culpas ajenas hallar el germen de torturas infinitas en lo que debía serlo de placeres y alegrías inefables?

Causó general extrañeza que después de acreditada la inocencia de su novia, Mourelo hubiera abandonado los barcos pescadores para servir en los de la marina de guerra. Bueno, decían, que tomara tal determinación cuando era creencia general que la moza no temía á las leyes divinas ni á las humanas; pero pasado el chubasco, ¿había cosa más natural que casarse con aquel pico de oro y retorcer el pescuezo á la señora Decorosa? Poco, en verdad, hubiera perdido ésta con sufrir el *retorcido* de que la juzgaban digna sus convecinos. Abandonada por Cosme, quiso sacar partido de ello pidiendo limosna de puerta en puerta, para lo cual se preparó hilvanando una relación sobre la ingratitud de los hijos, los alifafes de la vejez, y lo horrible de la pobreza cuando toca en la linde de la miseria; pero no contaba con la huéspeda, y la huéspeda fué que desde las personas más caritativas hasta las de peores entrañas, vieron en lo que pasaba algo como un castigo de Dios, á quien no debían enmendar la plana metiéndose á practicar las obras de misericordia. No faltó quien tuviera que resistir generosos impulsos de amor al prójimo para oir con oídos de mercader las lamentaciones de la vieja; pero desgraciadamente para ella, hilaban tan delgado las preocupaciones y los escrúpulos de conciencia, que los menos inclinados á rechazarla se contentaron con formar el propósito de someter al confesor la duda de si á una mujer tan mala, tan mala, tan mala, podía dársele agua cuando tuviera sed y pan cuando tuviera hambre; y los que veían en la pordiosera una víbora con forma humana, que eran los más, interrumpían sus clamores con palabras tan iracundas como éstas: – ¡Largo de aquí! ¡pronto, pronto! no hay limosna: no hay más que maldiciones para las ladronazas, quitahonras y malas madres! ¡largo!

La situación moral y física de la vieja era horrorosa. Con esa tenacidad que sólo puede ser engendro de supina ignorancia y refinado egoísmo, sin ceder ni vacilar por nada ni ante nada, había trabajado para evitar que nuevos lazos y obligaciones de su nieto la relegaran á un lugar secundario en la casa donde otras veces fué ley su voluntad y pudo hacer mangas y capirotes de cuanto la pesca producía; y en vez de conseguir su objeto se veía completamente abandonada, y aborrecida acaso del mismo que deseaba dominar y retener para ella sola. Por otra parte, el cuerpo le reclamaba alimento imperiosamente. Rechazada al pedir limosna, entró por borona en la panadería y le dijeron que allí no se fiaba cuando sabían de antemano que no habían de cobrar: trató de vender los pobres trastos de su vivienda, y le contestaron:

(Continuará)

PLANICIDAD Y REDONDEZ DE LA TIERRA

La geografía empieza por una época de tinieblas y de error que ahora ni siquiera nos es dado comprender.

Homero, el admirable autor del más antiguo poema existente de los griegos, consideraba el mundo como un disco; chato, rodeado, cual el borde rodea al escudo, por el Río Océano, padre de todas las aguas, aunque de todas ellas diferente. La bóveda de los cielos se apoyaba en los bordes del gran disco: la parte superior de la Tierra era la morada de los hombres, y la inferior el Tártaro, mansión de los castigados. Hellas, por de contado, era el centro del universo.

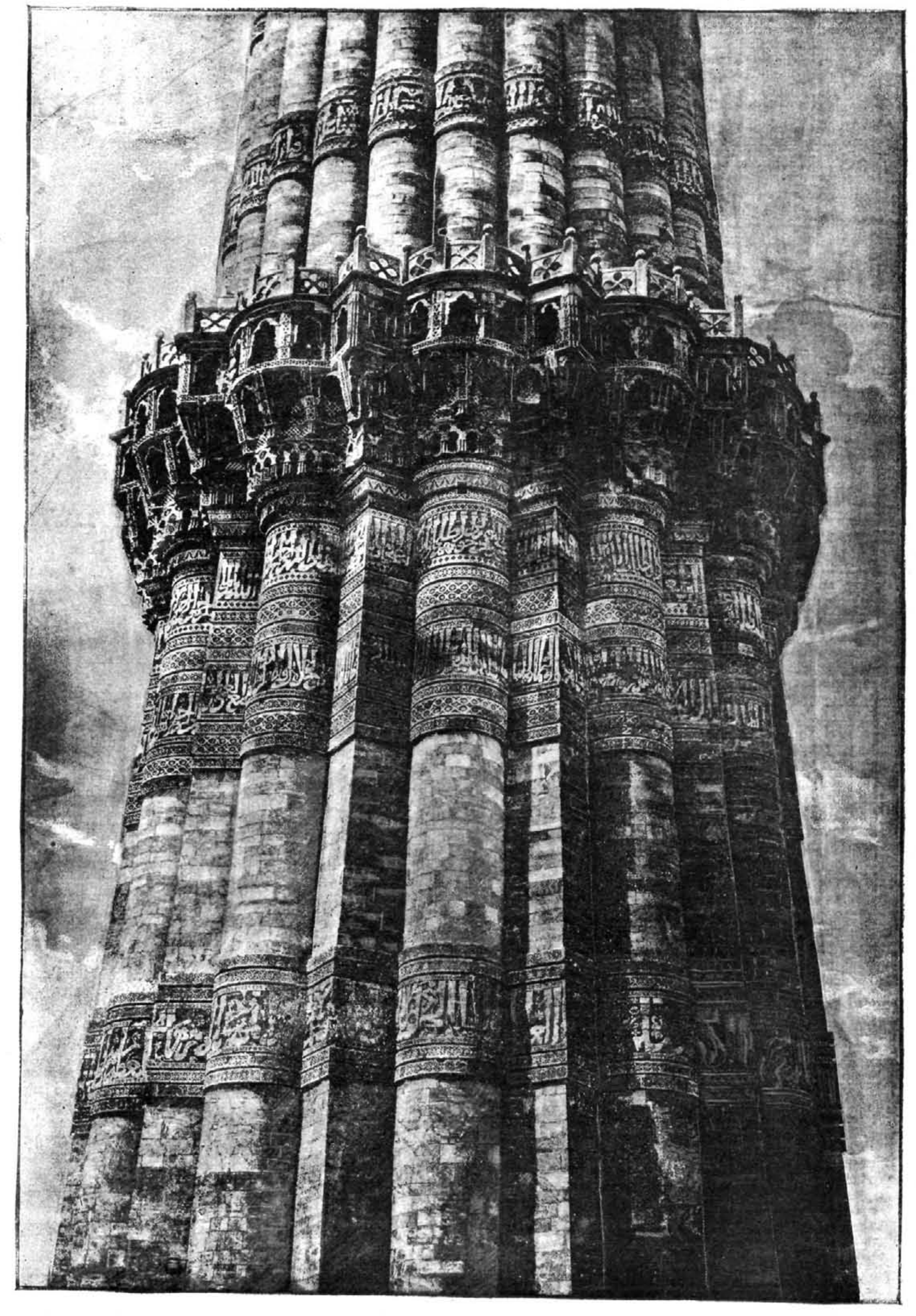
Y aun no está claro que para Homero fuese la Tierra un disco circular. Quizá para él era más bien oblonga; ó, acaso, rectangular con los ángulos redondeados, como el escudo de la época; con un diámetro más corto que otro, pero no el de E. á O. sino el de N. á S. Los Etíopes se hallaban á Oriente y Occidente; y, aunque se habla de la tierra de Egipto, el Nilo no se menciona.

Ya en tiempos de Hesiodo (800 antes de J. C. y como 400 años después de la destrucción de Troya) los conocimientos geográficos se habían ensanchado: el Nilo se conoce por su nombre, y el Sur de Libia es ya la mansión de los Etíopes. Pero todavía para Esquilo (525 – 456 (?)) que á los lauros militares ganados de joven en Maratón y Salamina agregó de adulto (á los 41 años) los del primer triunfo en la escena, seguido de otros que le constituyeron en el padre de la tragedia griega, todavía para Esquilo el mundo está rodeado por el Océano, no ya río, sino mar. Hay tres continentes. El río Phasis separa á Asia de Europa, y el Estrecho de Hércules se interpone entre ésta y la Libia. El N. y el S., el E. y el O. se distinguen; pero el mundo es todavía un disco cuyo centro se halla en Delfos.

Epoca entonces de tinieblas, no hay que extrañar ninguna clase de suposiciones.

Unos cuentan que Anaximandro (610 – 547) enseñaba que la tierra era un cilindro tres veces más alto que su diámetro, y otros dicen que él fué quien primero construyó un mapa geográfico, y enseñó que la Tierra era redonda y que la Luna recibía su luz del Sol. Pero, sea de ello lo que quiera, hay quienes dicen que Anaximenes, su discípulo, todavía en 550 antes de J. C. enseñaba que la Tierra era plana, lo mismo que el Sol.

∴



IMPOSTA Y GALERÍA DEL MINARETE DE DELHI (India) lámina tomada de la *Historia general del Arte*

No se crea por este errar *respecto de lo general* que en los primitivos tiempos de nuestra civilización fuera escaso el caudal de conocimientos geográficos *concretos*. Homero estaba muy bien informado de la geografía de Grecia y del Norte del archipiélago helénico, lo que no sería de extrañar, si el autor de la *Iliada* y la *Odisea*, y los de los antiguos himnos que se les atribuyen en honor de los dioses, llevaron una vida errante, como la de los trovadores que, hasta fines del siglo XIV, recorrían los castillos y dominios feudales, cantando las proezas de los héroes, las hazañas de las antiguas tradiciones, y, á veces, sus mismos amores y propias aventuras.

La navegación había hecho grandes progresos y descubrimientos muy notables. Tarsis (que se supone existente junto á la antigua Carteia, en el fondo de la bahía de Algeciras y Gibraltar, y donde se han encontrado monedas con la cabeza del Hércules Tirio) se halla citada á menudo en los libros del Antiguo Testamento, como íntimamente ligada con el comercio de los Hebreos y de los Fenicios. Ofir era ya conocido de los Hebreos desde los mismos tiempos de Job (1700 a. J. C.). Salomón (1033-975), en unión con Hiram, rey de Tiro, envió á Ofir una armada desde Eziongeber, en el mar Rojo, la cual volvió con 420 talentos en oro para Salomón, con mucho sándalo y con multitud de piedras preciosas, según el libro de los Reyes; y con 450 talentos, según el de las Crónicas. Además, Salomón tenía otra flota que, cada tres años iba á Tarsis, y volvía con oro y plata, marfil, simios, y pavos reales.

El bronce es conocido desde la antigüedad más remota, pues no parece probable que desde la edad de la piedra pulimentada se pasase sin transición á la del bronce. Pero el estaño, que no se encuentra tan repartido como el cobre, supone un comercio antiquísimo y una navegación regular, sostenida y muy adelantada hace 4000 años por lo menos, si no 5000, ó acaso más. El comercio de los Fenicios y Cartagineses parece que debió extenderse desde la India hasta el Níger y las islas Casitérides, cuya situación ocultaban los últimos como un secreto nacional y que con toda probabilidad eran las Sorlingas ó pequeñas islas Scilly, al Sur de Cornualles, y acaso el Cornualles mismo. El comercio de Tiro y de Cartago era inmenso: Tiro cambiaba sus mercancías por perlas, bordados, lanas y sedería, marfil, ébano, resinas, aceites, vinos, hierro labrado, oro, plata, cobre, estaño, plomo, caballos, carneros, cabras, y cuanto exigía el lujo, más bien que las necesidades de la vida oriental, según la magnífica enumeración del profeta Ezequiel. Cartago sacaba del interior del Africa, oro, piedras preciosas, esclavos negros, y elefantes; de Sicilia, aceite y vinos, de Malta lienzos y paños, del Elba hierro, de Inglaterra estaño, y del Báltico ámbar. *Hasta hay quienes crean* que los Cartagineses visitaron las Azores.

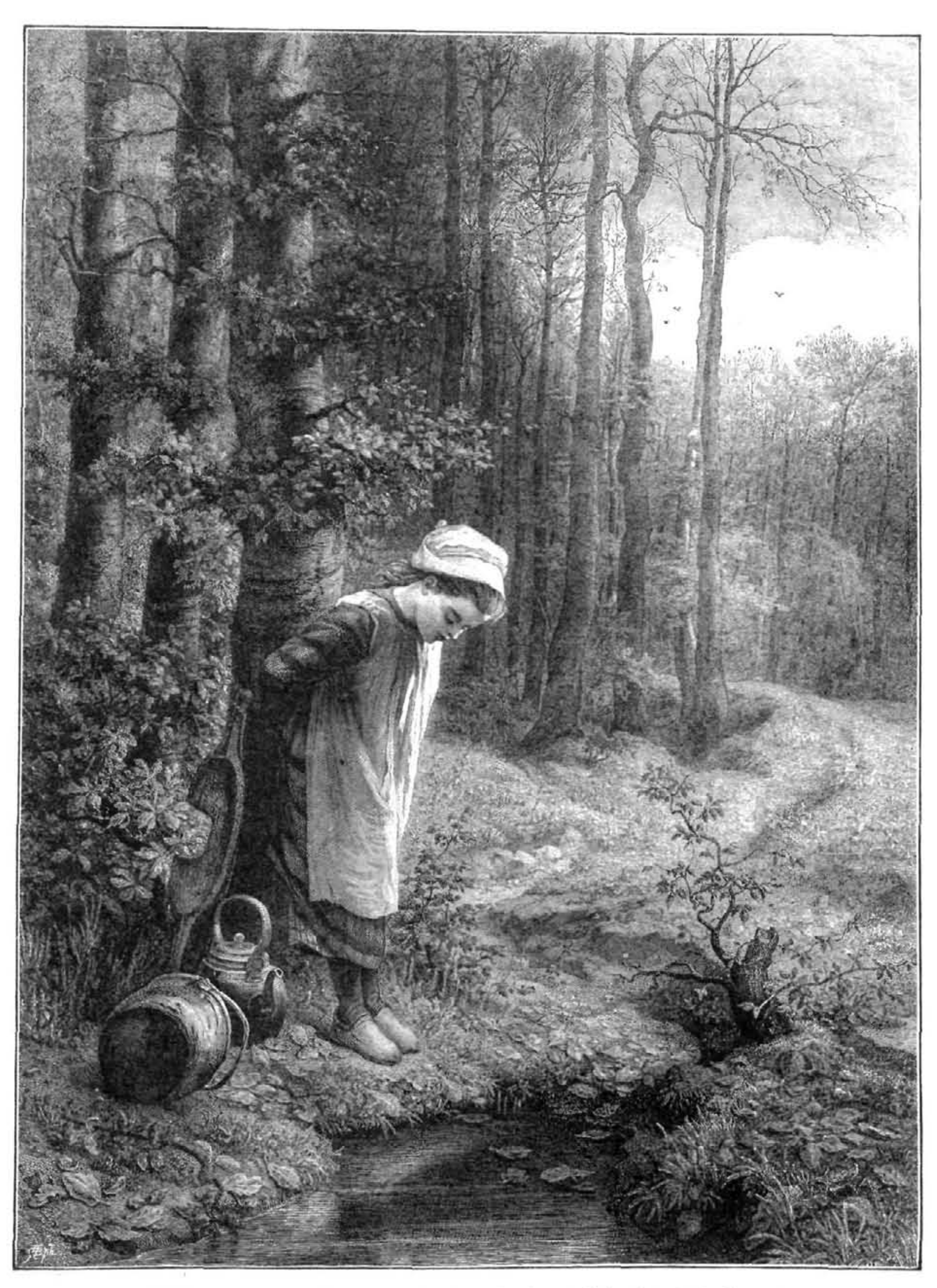
Navegantes tan intrépidos, que desde el Oriente del Mediterráneo atravesaban las columnas de Hércules para ir por el Atlántico hacia el Norte hasta las Casitérides y la lejana Tule (las islas Shetland, ó tal vez el Jutland) y hacia el Sur quizá hasta el Senegal, y que por el mar Rojo bajaban hasta el Golfo Pérsico y la India, NO PODÍAN tener el concepto de que la Tierra fuese PLANA, según las *nociones que en el mundo griego vemos todavía* en los tiempos relativamente modernos del trágico Esquilo.

* * *

Pero era necesario para elevarse á la noción de la REDONDEZ de la tierra, el pueblo de eminentes pensadores que dotó á la Humanidad con la ciencia de la extensión. La geometría es esencialmente griega. Que Babilonia y Egipto tenían conocimientos geométricos, lo evidencian sus pirámides, obeliscos, y templos, hoy en ruinas. Pero los conocimientos aislados no son ciencia, y de los unos á la otra va un abismo. Tanto valdría decir que los Egipcios de la dinastía XVIII, hace treinta y seis siglos, profesaban nuestra química actual, porque usaban colores capaces de resistir indefinidamente la acción de los siglos, ó que los actuales japoneses la conocen, porque saben preparar barnices exquisitos, ó que han estudiado astronomía las caravanas árabes que atraviesan el desierto guiándose por las estrellas. La geografía astronómica es, de consiguiente, esencialmente helénica, por lo mismo que lo fué la geometría. Sin Eratóstenes y sin Hiparco habría sido imposible la geografía real.

* * *

Eratóstenes de Cirene (276 antes de J. C.), geómetra, astrónomo, geógrafo, filósofo, gramático y poeta, contemporáneo del prodigioso Arquímedes, y superintendente de la Biblioteca de Alejandría, donde se archivaba el saber de la Fenicia, la Caldea, el Egipto y la Grecia, Eratóstenes que, habiendo perdido la vista, se dejó morir de hambre (según cuentan) por no poder seguir dedicándose al estudio, fué el primero que determinó la distancia entre los trópicos y que se atrevió, no sólo á demostrar la redondez de la Tierra, sino á intentar su medición por un método excelente. De los datos de su evaluación del *arco entre Alejandría y Siena (hoy Assouan), que él creía* situados en el mismo meridiano, dió á la total circunferencia la longitud de 25000 estadios. Eratóstenes halló el arco de meridiano entre trópicos $= \frac{11}{83}$ de la circunferencia $= 47°42'39''$ (!). La Academia francesa, veinte siglos después, lo encontró $= 47°40'$. Eratóstenes también fué quien primero determinó la oblicuidad de la eclíptica, inventó la esfera armilar, fundó un observatorio, construyó una carta general geográfica, y fijó el lugar de muchas ciudades importantes, en gran parte desconocidas á los Europeos; y, aunque muchos de sus datos son conjeturales, su mapa fué un prodigio para la época.



¡BUENA VOY Á PONERME!... reproducción fotográfica de un grabado sobre plancha de acero

Hiparco dió medios de medir todos los triángulos planos y esféricos; descubrió la precesión de los equinoccios; confirmó el movimiento del Polo, descubierto por Piteas; marcó la posición de las poblaciones y de los puntos notables del globo por círculos tirados desde los polos perpendicularmente al Ecuador, esto es, por longitudes y latitudes como ahora (!); determinó la longitud geográfica por la observación de los eclipses, único recurso científico que podía utilizarse en aquel tiempo; y, por medio de la proyección de que Hiparco es autor, formamos todavía nuestros mapas. Ptolomeo, en fin, compiló los trabajos de estos grandes hombres y de sus tablas geográficas se deduce que el conocimiento del mundo antiguo era ya bastante extenso para la escuela de Alejandría.

Por las tablas de Ptolomeo se ve que conocía las islas Afortunadas (Canarias), pues desde ellas cuenta las longitudes hacia Oriente, y que las costas Occidentales de Africa se conocían hasta el grado 11, latitud N.

* * *

Pero tanto Eratóstenes como Hiparco habrían sido á su vez imposibles sin los grandes geómetras que los precedieron: sin Pitágoras (584 según unos, 608 según otros), feliz demostrador de la igualdad de los cuadrados sobre los catetos con el construído sobre la hipotenusa: sin Tales de Mileto (639 ó 640 antes de J. C.), descendiente de Fenicios, uno de los siete sabios, de salud tan vigorosa que á los noventa años pudo asistir á la batalla de Pterio entre Creso y Ciro (547 ó 546) y vivir todavía hasta contar un siglo (lo mismo que sus colegas Colon y Pítaco, según cuenta Luciano), el primero en prever un eclipse (el ocurrido en 585 cuando los ejércitos de Ciaxares, rey de Media, y Alyattes, rey de Lidia, estaban empeñados en dudosa batalla), el primero también de los griegos que descubrió el paso de trópico á trópico, y midió la altura de la gran pirámide de Egipto por la sombra de un gnomón cuando era igual á su altura: sin Anaxágoras (500), maestro de Pericles, Eurípides y acaso Sócrates, y condenado, según Montucla, por haber intentado explicar la causa de los eclipses, aunque más probablemente por enseñar que no había generación ni aniquilación, sino simplemente unión temporal de las cosas, y que la Luna no era diosa, sino simplemente un cuerpo que reflejaba luz, lo mismo que Iris era la luz del Sol reflejada de las nubes: sin Hipócrates de Chío que inventó la cuadratura de las lúnulas: sin Archytas, filósofo, diplomático y general, que acometía problemas como el de la duplicación del cubo, y fabricaba palomas de madera que podían volar algunos instantes, y lograba inventar la polea y hasta el tornillo (?): sin Eudoxio de Cnido (Caria, Asia menor), que introdujo la esfera en Grecia, fijó el año solar en 365 ¼ días, construyó un observatorio en Cnido en lo alto de un monte, excitó los celos de Platón, con quien había estado trece años en Egipto, y dejó obras numerosas de las cuales tomó largamente el inmortal Euclides: sin Platón, el gran generalizador de los estudios geométricos, y cuyo nombre solamente basta á su historia: sin Euclides, nuestro maestro aun, – de nosotros los geómetras del siglo XIX, – *maestro de Eratóstenes* y de Arquímedes, de Apolonio y de los más eminentes de la escuela de Alejandría: sin la legión, en fin, de pensadores que se dió al estudio de las secciones cónicas, á la invención de curvas de doble curvatura, á la cuadratura de los espacios circulares, á la trisección del ángulo y la duplicación del cubo... ¡oh! sin tales hombres y sin tales estudios, no habría podido caer en ruinas la noción de la planicidad de la Tierra, ni siquiera demostrarse, como una primera aproximación, su redondez, ya vislumbrada por los Pitagóricos y admitida como cosa corriente en los tiempos de Platón.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN